

Manuel Mejía Vallejo



# El día señalado

Premio Eugenio Nadal  
1963



## Annotation

El día señalado tiene lugar en el pueblo ficticio de Tambo, azotado por la violencia, el cual se convierte en una alegórica representación de Colombia; representando el espacio donde los personajes se enfrentan violentamente no sólo entre ellos, sino también con su propio interior.

Según la crítica, ésta, junto con La casa de las dos palmas (1988), constituyen las dos obras más logradas del autor.

---

- [MANUEL MEJIA VALLEJO](#)
  - [Sinopsis](#)
  - [MANUEL MEJÍA VALLEJO](#)
    - [PRIMERA PARTE](#)
    - [SEGUNDA PARTE](#)
    - [TERCERA PARTE](#)
-

**MANUEL MEJIA VALLEJO**

*El día señalado*

*Destino*

## Sinopsis

El día señalado tiene lugar en el pueblo ficticio de Tambo, azotado por la violencia, el cual se convierte en una alegórica representación de Colombia; representando el espacio donde los personajes se enfrentan violentamente no sólo entre ellos, sino también con su propio interior.

Según la crítica, ésta, junto con *La casa de las dos palmas* (1988), constituyen las dos obras más logradas del autor.

Autor: Mejia Vallejo, Manuel

©1964, Destino

ISBN: 978845705547533428

Generado con: QualityEbook v0.73

# MANUEL MEJÍA VALLEJO

## EL DÍA SEÑALADO

*PREMIO EUGENIO NADAL 1963*



EDICIONES DESTINO

TALLERS, 62 — BARCELONA

Manuel Mejía Vallejo nació en Jericó, ciudad del sudoeste antioqueño, el 23 de abril de 1923. Desde muy pequeño se trasladó a Medellín con su familia. Cursó estudios secundarios en la Universidad Pontificia Bolivariana de esta ciudad y durante su permanencia en el exterior estudió periodismo en Venezuela y Guatemala. Ha visitado todos los países de Centroamérica y allí obtuvo iniciales triunfos literarios con varios cuentos. Fue redactor y editorialista de “El diario de hoy” en la ciudad de San Salvador, y también actuó como asiduo colaborador de “Diario de Occidente” en la ciudad venezolana de Maracaibo. Colaboró con cierta asiduidad en “El colombiano” de Medellín, así como en “El tiempo” y “El espectador” de Bogotá y otros periódicos del país. Ha sido profesor de literatura en la Universidad de Antioquía y editor en la imprenta del mismo claustro medellinense. Hasta ahora su labor literaria se ha visto galardonada con varios e importantes premios a los que se les añade hoy el Nadal 1963. “El día señalado” es una novela violenta, llena de poesía y amor, cuya acción transcurre en el ambiente rural de un pequeño pueblo colombiano.

Primera edición: febrero 1964

Depósito legal: B. 2512 – 1964

Número de registro: 372 – 64

© EDICIONES DESTINO

## PRIMERA PARTE

### PRÓLOGO

LOS brazos de la cruz señalan este letrero: *José Miguel Pérez. Diciembre de 1936 — Enero de 1960.*

Entre las dos fechas hubo una vida sin importancia. Nació porque un hombre dijo a una mujer que lavaba ropa en el río:

—¿Te irías conmigo a cualquier parte?

Y porque la mujer bajó los ojos jugando nerviosa con los dedos. Su resistencia fue apenas una invitación a que el otro la venciera.

Para José Miguel Pérez los días se hicieron estrechos como el camino del vientre al mundo. A toda hora tuvo que nacer y que morir un poco, sin darse cuenta. De niño dijo las palabras de los niños, de hombre hizo lo que los hombres hacen cuando no tienen más remedio.

Cada mañana, su madre —el forastero que la invitara años atrás no volvió—, le enseñaba:

—Aprenderás a leer. No ruedes por allí que no hay más calzones.

—Me gusta rodar falda abajo y revolcarme en la arena.

Ella lavaba para gentes del pueblo, él ayudaba a tender la ropa sobre las piedras.

Y aprendió a leer y elevó cometas de papel impreso. Cuando llegaron los gitanos y lo dejaron montar un caballo alazán, le sonaron bien los cascos en el pedrero y el rumor del viento en las crines.

—Hay que ser alguna cosa en la vida —le decía su madre al verlo cuidando gallos de riña. Él no entendía eso. Alguna cosa era cada uno de los que pasaban el río, que recorrían las calles del pueblo, que morían bajo los techos o al aire libre. El deseaba un caballo alazán y galopar en los caminos.

—No quiero hacer mandados a don Jacinto el de la tienda. Paga poco y acosa mucho. Así nunca podré comprar un caballo.

—Ser alguna cosa es más importante que un caballo.

—Más importante es un caballo alazán.

Fue una de sus escasas rebeldías. Al comprenderla empezó a maliciar qué traducía eso de *ser alguien*: saber responder *no* algunas veces y desear algo con toda la gana.

A José Miguel lo entretenía acariciar las plumas de los gallos, mirar lagartijas bajo las piedras, tirar cascajos a los árboles, humedecer los pies en el agua de los arroyos, mandar gritos desde cualquier altura. Poco lo cambió el servicio militar. En el cuartel se las ingenió para hacerse palafrenero, y le fue corta la reclusión entre el olor de bestias recién bañadas y el ambiente de los establos. Ya de regreso, por las tardes se entretenía con el ondular de su sombra, por las noches con el rodar de la luna tras las nubes. Un día, también, se enamoró.

—Iré a trabajar en la carretera —le dijo a la muchacha—. Para fin de año nos podremos casar, y me sobrará con qué comprar un caballo.

En la carretera aprendió con un amigo a tocar la guitarra para disimular el cansancio de las tardes, y a tomar aguardiente los días de fiesta.

—¿Y qué vas a hacer cuando acabemos de abrir la carretera?  
—preguntó su amigo.

—Tal vez me case.

Partió en dos un ramujo.

—... Marta es buena y bonita.

Arrojó el ramujo en un arroyo. Las aguas se lo llevaron.

—Además, compraré un caballo alazán.

—Yo iré a otra carretera —dijo su amigo—, amansaré potros o seguiré andando. —Con arco de brazo señaló la cordillera lejana, todas las cordilleras posibles—. Además conseguiré un potro manchado.

José Miguel tuvo ganas de seguirlo pero se quedó solo, viendo el polvo que levantaban los pasos vagabundos.

El amigo le dejó la guitarra y con ella volvió al pueblo. Sobre las piedras del río continuaba secándose la ropa.

—Vinieron los gitanos —dijo a su madre—. Veré si tienen un buen alazán.

Ella se quedó mirándolo, más cansados los ojos. Nada dijo sobre ser alguna cosa, sobre matrimonio.

—Ya compré la silla y los aperos —añadió él—; si no encuentro el caballo, me casaré con Marta.

Ella siguió golpeando ropa contra las piedras hasta el regreso de José Miguel.

—Son ladrones estos gitanos: pintan los caballos viejos y les liman los dientes y los ponen briosos por unas horas. Pero no me dejé engañar. Iré a las fincas a buscar el mío.

—Cuidado con las fincas —previno la madre—. Es peligroso andar por esos sitios altos, en el Páramo hay guerrilleros.

Él volvió a pensar en los caminos y en las canciones de su amigo de la carretera. Cuando tuviera un caballo... Aún dudó entre si se casaba o compraba un alazán.

—Es brioso —le dijo a Marta.

—Si quieres conseguirlo...

—Para fines de año nos casaremos. Tiene un lucero en la frente.

—Podrás recorrer mucha tierra al galope.

—Mí madre dice que tú... Es blanca una de las patas delanteras.

Marta cogió de un cajón una brazada de mangos. Dos rodaron al suelo. En ellos se clavó la mirada.

Y José Miguel compró el alazán, con buen golpe de herraduras contra el cascajo y largas crines. El pueblo y las veredas cercanas fueron testigos. Fueron testigos la mirada resignada de la muchacha y la ropa sobre las piedras del río. Y bajo los cascos se fueron los días y las noches, y vientos de montaña zumbaron en las crines color de humo. Le importaba poco no ser alguna cosa según pensaba su madre. Era él mismo, a sus anchas, y con eso tenía. Por las noches, también parecía murmurar el viento en las cuerdas de su guitarra.

Hasta que llegaron al pueblo unos soldados sudorosos en son de nuevo ataque a los guerrilleros. José Miguel se escondió pues andaban reclutando reservistas y sabía que no se debe matar.

Mientras escurría sus trapos, ella respondió a los soldados:

—¿Mi hijo? Se fue a jornalear en otra carretera, lejos.

Ellos se miraron, miraron el alazán que ramoneaba a la orilla del rastrojo.

—¿El caballo es de él? —preguntaron—. Estamos escasos de bestias y hay que andar muchas leguas tras los guerrilleros.

—Es lo único que tiene.

—¿De qué puede servirle si ahora trabaja lejos, en la carretera?

Por la noche José Miguel no aguardó a que la madre terminara la historia de cómo se habían llevado el caballo. Se terció un machete y siguió las huellas de los soldados que trepaban la montaña.

—Fueron por los rodaderos del Páramo —le señaló alguien—. Cuidado, van a matar.

A José Miguel no le gustaba matar. No le gustaría que lo mataran. No le gustó que robaran su caballo.

—“Lo recuperaré”, pensó.

Algunos disparos distantes contaban sus horas. Al amanecer reencontró los rastros, su fatiga llegó a la tarde, amaneció en otro día, volvió a otro anochecer. En un recodo halló un caballo muerto. Cerca, un guerrillero mutilado. Cuando la barba oscureció más su rostro, alcanzó a ver el campamento.

Podría reconocer entre la noche el espacio de su animal, el olor del sudor en sus ijares, el rumor del viento en sus crines. Dos. Cinco. Nueve disparos seguían contándole los minutos de espera. Cuando se apagaron los vivaques, volvió a caminar entre las ramas, hacia los relinchos.

Al olor de pólvora y sangre sintió tristeza por los soldados muertos, por los guerrilleros mutilados. Nada paga la muerte violenta de un hombre. Vivir era amable, trabajar, montar un caballo, querer a una muchacha, estrujar viejas canciones contra una guitarra...

Ya estaba junto a los animales. Lo reconoció el suyo cuando le hizo cabezal, entre las voces distantes de la soldadesca. Al traspasar el linde del corral le gritaron: “¡Alto!” Alcanzó a montar y a completar los primeros galopes, que se detuvieron en una descarga. No soltó el lazo al caer al suelo del lado de la muerte.

Desde entonces se hicieron un poco mortaja las ropas tendidas, que tardaron para secarse en las piedras. Fue más retorcido el

escurrir, más sigilosa el agua de los esteros. Dos ojos húmedos creían ver manchas de sangre en los trapos. Y de unas manos adolescentes cayeron al suelo tres mangos verdes.

En el pueblo cundieron los rumores, susurros de contrabando pasaron de oído en oído al silenciarse las calles con la expedición de regreso.

—Trajeron a José Miguel con cuatro más.

—Desarmaron los cadáveres.

—Cayeron contra las piedras de la Alcaldía.

—Van a enterrarlos en el muladar.

—Ya están cavando los huecos.

La madre volvió con otras mujeres donde el señor Cura, donde el señor Alcalde. El Alcalde vestía de blanco impecable, hablaba condescendentemente mientras el cigarro cambiaba de sitio en su boca; tenía ademanes de una cansada dignidad. El sacerdote conservaba un aire de aburrimiento, de no merecer las culpas ajenas. Le dolían también sus afirmaciones, perdidas en los pliegues de un pañuelo para el verano.

—Él sólo fue a buscar su caballo.

—Era un *chusmero* peligroso.

—Estaba con las guerrillas.

—Estaba contra Dios.

—Para nada malo se metió con Dios.

—Luchaba contra el Gobierno.

—Iba contra la Ley.

—Iba con los chusmeros.

—Era un buen muchacho...

La madre regresó con las otras viejas. Vagamente pensaba su angustia que era alguien su hijo ya muerto, pero no tan importante para que el Gobierno temiera, para que Dios se intranquilizara.

—Es inútil, María —dijo un hombre manco, de pica al hombro—. ¡Hasta que Antonio Roble llegue! —Su quijada señaló el Páramo distante.

Algunos hombres del pueblo se encerraron para recordar al José Miguel de las cometas y de los gitanos, al que montaba un alazán y decía canciones con una guitarra. Cuando estuvieron borrachos, a escondidas fueron al muladar, desenterraron el

cadáver y lo trasladaron al cementerio. Después clavaron una cruz y en los brazos escribieron: *José Miguel Pérez. Diciembre de 1936 — Enero de 1960.*

En la alta noche, un caballo sin jinete arrastraba el cabezal por las calles del pueblo.

Dos manos cansadas siguieron golpeando ropa contra las piedras del río.

## 1

EL enterrador oyó ruido de cascos contra los filones de lava. Después vio una mula, y sobre la mula un hombre. El hombre era un sacerdote.

La figura del nuevo párroco de Tambo lo dejó indiferente, excepto su mirada fija en el armazón de la iglesia. Por ella parecía orientar sus pensamientos aquella tarde de su llegada.

—¿Hay algún muerto? —preguntó el sacerdote al detener la mula.

—Aquí no vive nadie —dijo el enterrador mostrándole el muñón de un brazo.

—¿Entonces por qué llevas la pica al hombro?

—Costumbre, pues.

Sobre un canto de lava dormía una iguana, el verano había cambiado su color verde por un gris de cascajo. Cuando el sepulturero le arrojó un pedrusco, la iguana huyó por los arenales.

—Las únicas manos callosas de Tambo son las del enterrador —dijo mostrando los brazos—. *Ellos* creen que me mataron ésta, pero la siento vivita para enterrarlos a todos.

Escupió, y la saliva se hizo una bola de polvo.

—¿No encontró soldados? Todos los días arrastran dos o tres cadáveres de guerrilleros.

Pisó la saliva como si se tratara de un insecto venenoso.

—Pero ni el sargento Mataya ni el cojo Chútez quieren morir, y mi pica los está esperando.

Del pueblo rodaba una rara canción. — “La cantará un pecador que no quiere arrepentirse”, reflexionó el Cura—. “De aquel cráter parece salir el cielo. Cualquiera día una erupción...”

—Morir no es agradable —dijo.

—¿Es agradable vivir? —El sepulturero echó otro salivazo y meneó la cabeza. El sacerdote observó el cementerio hasta detener las pupilas en las manos de un niño pegadas a la reja.

—Es irremediable.

En los ojos del niño lo asustó una mirada de viejo, la de alguien que sabe o espera lo peor de los hombres.

—Es mi hijo Daniel —dijo el sepulturero—. A él no lo mataron.

Y enjugándose la frente con el muñón:

—No le dieron el mejor sitio para su apostolado.

El sacerdote cerró los párpados al sol. Aclimatarse era su destino.

—Nunca he pedido el mejor sitio.

Repasó las cruces torcidas, las burdas inscripciones.

—Los caminos de Dios no son caminos de tierra.

El sepulturero contempló una lagartija que entraba por la ranura de una lápida, y volvió a menear la cabeza. Enterró una punta de la pica. El impacto ahuyentó un moscardón.

—Es malo el calor en este pueblo —volvió. Enfrentó los ojos al sol hasta que lloraron. Cuando los cerró, en esa oscuridad artificial otro sol negro siguió clavado en la retina—. Todo es malo: la tierra, las personas... Ya conocerá al Cojo Chútez. Ya conocerá al Sargento Mataya.

Sobre el tapial entejado el sacerdote vio una ringlera de gallinazos, algunos con las alas extendidas. Detuvo sus ojos fatigados en una tumba reciente, con flores frescas y un letrero dispar.

—Es de José Miguel Pérez —dijo el enterrador—. José Miguel tocaba la guitarra.

—La gente puede ablandarse.

—Padre, no sabe dónde se ha metido.

El sacerdote oteó los cerros cercanos a las nubes. Debería hacer frío sedante. —“Como una tranquilidad de conciencia.”

El sepulturero se quedó mirando la estrecha frente, el color indio, la inclinación hacia adelante como si la cabeza le pesara demasiado. De lejos sus párpados caídos remedaban gafas, pues el círculo se completaba con arrugas profundas bajo los ojos. Tenía la

expresión del que vive hacia atrás o del que sufre los acontecimientos. Cuando acercaba sus gruesas manos al rostro parecía tener dos cabezas.

—¿Allá están los guerrilleros? —preguntó llevando un pañuelo a su frente. Y volviendo al hombre, dijo con aire agotado:

—No debería haber callos en las manos de un enterrador.

Cuatro herraduras sonaron otra vez. Las sombras de la mula y del jinete subían jadeantes. El agudo estridular de los grillos era el mismo sonido del calor entrándose por las orejas. Alguien aporreaba unos cueros de res que se tostaban como ajusticiados contra dos armatostes. — “Acompañarán la canción del pecador.”

—¡Desde la madrugada lo está esperando el padre Azuaje! —gritó el de la pica.

“Azuaje...” —pensó el sacerdote sin resentimiento y sin afecto. De su misma edad sería, fuerte y mandarín como un mayordomo de Dios: este era para él una especie de finquero bravucón que a veces exigía cepo y látigo en la doma. Pero lo veneraba a su manera y a su manera aplicaba y seguía sus leyes. Tal vez aquel apasionamiento cerril por Dios agotó las energías de sus afectos: le quedó poco amor para aplicar al prójimo.

Llevó el pañuelo a la frente para borrarle la imagen del párroco y enjugar el sudor.

El camino de lava se fue volviendo calle, en la calle había sol y palabras de personas invisibles.

—Hoy llega el cura nuevo.

—¿Caerá un tris de agua siquiera?

—Tal vez candela del volcán.

El sepulturero se terció la pica y siguió el camino de la mula, a rastras la sombra que el sol tiraba al cascajero. La de la pica remedaba una guadaña.

Las primeras casuchas, medio destruidas, hicieron calle al sacerdote y a la mula. Dos gallinas escarbaban en las fisuras del empedrado, un perro flaco gruñía lastimeramente al rascarse las pulgas, un niño sentado en una piedra, un grito detrás de una tapia sin alero. El sofoco parecía venir no de la presencia del sol sino de la ausencia de árboles.

“*La Casa de los Faroles*”. Leyó sin pronunciar las letras. “Tan importante como la casa del Señor en estos pueblos miserables.” Al pasar junto a ella susurraron entre los ruidos de un traganíqueles, dos postigos se abrieron y entrecerraron, unos pies descalzos corrieron en el interior. “¡El curita nuevo!”, oyó que dijo una voz aguardentosa. El sacerdote sintió que lo vigilaban mil ojos invisibles.

“*El Gallo Rojo*”, siguió leyendo. “Es la fonda de los galleros.” Dentro, unos hombres de rostro agresivo jugaban a los dados en cubiletes de cuero, con vasos de licor y cabos de cigarrillos en los bordes de los labios y de la mesa. Uno de bigotes ahumados codeó a los otros, sin levantarse, barajando un mazo de cartas. Alzaron la cabeza y continuaron jugando.

Otro parado enfrente, gordo y de vestido blanco, al paso del sacerdote echó atrás el sombrero con el dorso de una mano. La sombra de la pica se grabó en el piso de entrada.

—Una lima grande, don Jacinto —pidió el enterrador. Dos mulatos avanzaron cuatro pasos.

—¿Para qué la quieres grande? —preguntó el tendero.

—Para amolar mi pica.

Sobó el filo con el muñón, aguzó el oído a la marcha de un pelotón de soldados.

—... Buenos muertos acaban de llegar.

—¿Muertos?

—No importa si todavía están vivitos.

—Si es para eso yo la pago —dijo uno de los mulatos antes de desocupar el establecimiento, y tiró un billete. A una seña del de bigotes ahumados, alguien salió furtivamente detrás de los mulatos.

Afuera se oyó el taconeado acompasado de los soldados, y un “¡Alto!”. El que los mandaba entró.

—Para servirle, Sargento Mataya.

El Sargento miró con frialdad. ¿Hasta cuándo ese distintivo? Varios años llevó las insignias de Sargento. Después le dieron las de Teniente, en la Policía. La palabra le sonaba decorativa, y él era hombre de campaña. Prefirió regresar al Ejército y que lo siguieran llamando “Sargento”, pero ya no era joven. Si volviera a la Policía, si lo ascendieran, la pelea sería de Capitán contra Capitán. “El Capitán

Mataya contra el Capitán Canales.” Más que el grado le importaría la sonoridad.

—Un paquete de cigarrillos —dijo. Y para sí: “¿Qué diablos estarán pensando en La Brigada?” El tono de su voz era mucho más agudo que el que debería corresponder a su estatura roblesca.

Los de la mesa de juego saludaron. Él los miró con frialdad porque en el exterminio eran desorganizados y actuaban sin respaldo marcial. De la amenaza y la muerte que aquellos representaban, al sargento le molestaba la ausencia de valor y aparato, de disciplina e informes sellados, acerca de órdenes cumplidas.

El enterrador casi rozó a los soldados con la pica. Giró el cuello, hizo chocar la lima en el metal y prosiguió con gárgaras de risa. El Sargento masculló:

—Si lo vuelve a hacer, lo mato.

—Es un pobre diablo —medió el tendero.

—Hay odio hasta en su caminar —dijo el Sargento, y recibió los cigarrillos—. Como que llegó el cura nuevo —agregó viendo a distancia los flancos de la mula—. ¡Este maldito pueblo! Al amanecer, de día, de noche. Calor a toda hora.

Contrajo los ojos desteñidos. Al acabarse la voz, recuperaron su amarillo verdoso, pero las pequeñas arrugas de la contracción permanecieron porque eran huellas de órdenes dadas cara al sol y de la búsqueda de algún detalle desarreglado en la tropa: ellas formaban parte del temor que infundían.

Volvió a oírse el taconeo del pelotón. Al perderse tras una esquina, el ruido de las botas se cambió por el de los cascos herrados de la mula. Las gallinas se rebulleron, el perro cojeó desganadamente, el niño de la piedra alzó dos ojos sin vida en una cara llena de polvo.

—¿Quieres una medalla? —preguntó el sacerdote frenando la mula. El niño retrocedió con amedrentada lentitud, entró en una pocilga y cerró la puerta, que crujió al esfuerzo—. “¿De dónde vendrá tanto humo? Cómo chillan los grillos de verano.”

La calle apareció más larga ante el sacerdote. Al fondo la iglesia, y encima dos cruces cansadas de tener abiertos los brazos.

Le habían dicho que Tambo era un pueblo olvidado de Dios. Los que quedaban eran indigentes con odio y terror, sin ganas de vivir ni de morir. Deber suyo era mostrarles el camino del cielo, los caminos transitables de la tierra. Para eso había llegado.

—“Como que nos castigó la Jerarquía”, le dijo la víspera el clérigo que lo reemplazó en su anterior parroquia. Acusaciones de políticos, de militares, de señoras...

Al avanzar lo desanimó el promontorio de la iglesia, que no pasó del techo necesario para guarecer la interesada piedad de algunos feligreses. Le dolió como algo suyo roto definitivamente. Ni un remedo de parque, ni una fuente. Sólo un árbol en la plaza.

Dos mendigos alzaban la voz en el atrio; uno escondía un envoltorio, el otro lo amenazaba con su muleta. El del envoltorio tenía cara de cólicos, la cabeza del otro se crecía con una mata de pelo que le chorreaba hasta los ojos; visto a distancia parecía tener una gorra de paja negra.

El enterrador asomó cuando los cascos sonaron junto a la casa cural. Y mientras se enjugaba con la sangría del codo vio al padre Barrios apearse en la puerta falsa al tiempo que el viejo párroco, enzamarrado ya, sacaba de cabestro su cabalgadura y saludaba con sequedad.

Desde su sitio no podía escuchar, pero creía adivinar el diálogo por su conocimiento del párroco saliente, que estaría diciendo:

—Desde el balcón estuve vigilando su llegada, padre Barrios. Nadie se demoró tanto para avanzar cien metros.

—Si el afán es el que mide las cosas, padre Azuaje —podría haber respondido el padre Barrios—. Me detuvo esa mole.

—¿Se refiere a la iglesia? No hubo modo de terminarla. En Tambo son malos cristianos.

—Malos párrocos les habrán destinado, padre Azuaje —respondería el otro.

Y entusiasmado el enterrador con ese imaginario cambio de impresiones, siguió su camino.

—Adiós, Manco —le dijeron tres hombres indolentemente sentados en sillas de baqueta—. ¿Cuándo te entierras tú?

Sin detener el paso los amenazó con el muñón y con una torva mirada. Ya alcanzaba a oír, entre las risas de la esquina, al clérigo

que se apeaba de la mula y al que montaba en su caballo.

—Ojalá pueda colocar una torre, padre Barrios.

—¿Un edificio pretensioso contará para el Dios de los humildes?

—Nuestra misión, que es la del alma...

Fue zumbona la mirada del padre Barrios cuando calculó la cantidad de alma disponible en las exuberantes carnes del padre Azuaje. Alto, fuerte, de movimientos ordinarios pero con cierto porte cardenalicio en rezago de viejas ambiciones que se tragaron las aldeas. Su quijada sobresalía como un altoparlante de sermones impresionantes que nunca llegó a pronunciar.

—Sí, el alma... Pero mientras el hombre vive, ¿el alma no se alimentará de su cuerpo mortal?

Ojeó las ventanas desbarrotadas, las paredes con huecos, el techo de la gallera. La gallera y la iglesia eran los únicos edificios importantes de Tambo. “Religión y vicio... El que peca y reza, empata”, pensó con vergüenza el padre Barrios. Y las mejores viviendas eran la Casa Cural, la Cárcel, la Casa de los Faroles, sacadas al temor del cielo y al amor de la carne.

—La majestad del culto... —empezó el otro. Las cejas del padre Barrios aletearon al envión de esas grandes palabras que tuvieron sentido antes de que las mellara la rutina de mil sermones recitados sin empaparse en la sangre de los profetas. Al notarlo, su colega se limitó a informar:

—Allá están las cosas que encontré a mi llegada. El Ama le mostrará el rodaje.

Y como viera al recién venido observar la soledad, aclaró:

—Poca gente, es verdad. Viven en la gallera, en las cantinas o encerrados de miedo.

El padre Barrios aprobó silenciosamente: el mismo fenómeno de otros sitios. En un principio fue el miedo concreto al matón, a la pandilla, al Ejército, a los guerrilleros. Pero cuando estas cosas dejaron de ser ellas mismas por haberse multifurcado, el miedo se convirtió en angustia: era ya el temor ante cosas cuya causa desconocían y cuyo remedio no estaba en sus manos.

Al comienzo aquel miedo despertó cierta desesperada vitalidad que se manifestó en la lucha; después el sentimiento de la derrota

convirtió el terror en indiferencia hasta llegar al cinismo. Y la violencia que de ahí siguió no fue otra cosa que la extrema manifestación del miedo, de parte y parte.

—... Se ha reventado la moral.

La voz se le fue derritiendo. El sonido llegaba como sudor.

—Bueno, padre Barrios, si no salgo perderé el tren de las cuatro en Balandú.

Echó a lo alto la cabeza para calcular la hora, señaló con la quijada el Páramo.

—Endemoniados esos guerrilleros, intentaron robarse el párroco de Balandú.

Se despidió del Ama —una mujer con figura de pájaro, despechugada, que bregaba por derramar dos lágrimas—, alzó el brazo derecho a cinco señoras agrupadas en el atrio, sacudió las bridas y salió con la expresión de quien se descarga.

El padre Barrios se quedó mirándolo... A medida que se alejaba el ruido de los cascos, le llegaban, sin viento, vahos de largo verano, un olor de cosas en descomposición, de pantanos que se desecan, de animales muertos, de cañas fermentadas, de peces en algún cauce sin agua. Y las voces de los mendigos, que en el atrio continuaban disputándose el envoltorio.

Cogió del ronzal la mula y desapareció por la puerta falsa de la casa cural, como quien empieza a morir.

El enterrador levantó el muñón al corrillo de mujeres y blandiéndolo se perdió también por el portón.

Los goznes rechinaron tras el decaimiento de las cosas.

2

-EN Tambo se reunirán los mejores galleros.

—En Tambo lo encontrará.

A veces trataba de olvidar que buscaba a un hombre para matarlo. Sin embargo, seguía de pueblo en pueblo, de hacienda en hacienda, con un odio que ya, me cansaba los ojos.

—Se necesita querer a una persona para buscarla tanto — opinó alguien.

—Tal vez odiarla mucho —dudó otro. Y a mi pregunta respondían:

—¿Un gallero de cuarenta y cinco años? Hay tantos galleros de cuarenta y cinco años.

Miraban mi alta estatura, se miraban ellos.

—En algún cruce lo encontrará.

—La vida tiene más vueltas que un cuerno.

—Y en una de ellas...

¡La vida y sus vueltas! Por eso trillaba caminos de pueblo en pueblo, de finca en finca, recogiendo sensaciones que me hicieron más hombre. O menos hombre, según se mire. Algunas se pegaban dentro, sin maltratar, otras me incomodaban, se hacían cuerpos extraños pero de nadie más, como remordimientos.

—A las Ferias de Tambo irán los mejores galleros —dijo alguien. Y cuando tuve la seguridad de que allí encontraría al que debería morir, con la yema de un pulgar probé largo rato la punta de mi cuchillo.

—“... Los mejores galleros”.

Desde pequeño me despertaban los cantos de los gallos. Entre ellos crecí, ellos me fueron enseñando el camino del hombre. Mi madre les echaba maíz como si alimentara recuerdos.

Días. Meses. Años.

—Deberías venderlos —le dije por decir. Terca en la fidelidad a su pobre historia, respondió:

—Él vendrá por sus gallos cualquier día. *Aguilán* sigue cantando.

Toda ella parecía irse al mirar por la ventana.

—“Mañana volveré. No hay uno igual”, le dijo el desconocido años atrás. A veces yo hablaba a solas para adivinar aquella voz, apretaba los ojos para adivinar los pasos del regreso.

Pero nunca regresó por su gallo. Nunca regresó por ella.

Y se arrastró el tiempo, y *Aguilán* no atacó más su sombra, y se mellaron las espuelas, y perdió las plumas negras de su cola roja, y una mañana el pico amaneció clavado en el polvo. Mi madre lloró, cortó las espuelas y las clavó en la pared, junto a las del desconocido.

Pero otros gallos hijos de *Aguilán* cantaron en los corrales y mi madre los crió empecinada:

—Algún día vendrá por ellos.

—No vendrá.

—¿Crees que iba a dejar olvidado su mejor animal de pelea?

—Madre, ya murió. *Aguilán* está muerto.

—Qué sabe uno...

Ese hombre le había dañado su destino, había dañado el mío. Desde que oí por primera vez el canto de los gallos, desde que una voz empezó a contestar dentro como si aquel canto me perteneciera. Tardes y tardes pasó en los corrales espantando la voz, pero el camino estaba marcado: también yo sería gallero.

De ahí en adelante la vida fue espuelas, crestas, picos, plumas. Plumas de rojo quemado. Plumas jaspeadas. Plumas saraviadas. Plumas de gallo peleador. Y seleccionaba los que a picotazos destruían su imagen en los charcos, los que atacaban su sombra y curvaban cuatro plumas negras en su cola roja. Al verme adiestrándolos mi madre pronunciaba un “¡Igual al otro!”, con vaivén de cabeza. Ignoré si se refería a mí o al gallo de turno.

Por instinto sabía volverlos más combativos. Al enterarse de que era el ganador en el vecindario, ella decía palabras que formaban parte de su mismo silencio:

—“Tenía que ser así.”

Porque yo estaba marcado. Como los gallos que nacen para matar o para morir peleando. Y no reclamaba. Sabía que alguien torció nuestro camino, que nosotros torceríamos el de alguien, con o sin culpa.

Aunque la vida era amable al tender la soga a las reses en estampida, al oír el viento en la crin de los caballos, al sentir el olor de la madera, no dejaba de transferir mi odio; por eso al lidiar toros y muleros duplicaba mi fuerza imaginando que dominaba al desconocido.

Hasta los picotazos de mis gallos me vengaban; era él quien los sufría.

—“El día señalado nos veremos frente a frente, y morirá”, juré, niño todavía. Y amolaba despaciosamente espolones y cuchillo mientras miraba a cualquier punto.

Días. Meses. Años...

Aún creo recordar el brillante sonar de las espuelas de mi padre sin figura, las de los vaqueros, las corvas espuelas de *Aguilán*. Cuando en las noches me tendía sobre la hierba, fijaba en dos estrellas los ojos porque las estrellas se me hacían rodajas metálicas. Entonces rayaba la hierba con los talones, vengativo. Sin embargo, en ocasiones luchaba por resignarme a oír a mi madre hablar de cuando el forastero le entregó el gallo y le dijo: “Es de la mejor cuerda, volveré...”

Pero detrás mi sombra decía: “Hay que encontrarlo”. Porque al formarme en el odio tuve que aceptar el engranaje y vivir en mí como en casa ajena. Por lo menos esto había llegado a comprender: debía recorrer mi pesadilla, hundirme en cada hora como en el barro, llenar este espacio para el grito.

Y lo llené con odio desde que oí cantar los gallos, desde que vi a mi madre echarles maíz como si se desgranara, desde que me hice vaquero. Por eso cuando dijeron: “Irán los grandes apostadores a las Ferias de Tambo”, con una alegría cansada agarré camino, el gallo bajo mi poncho veranero, entre el cinturón y mi piel el cuchillo para el que un día prometió mentirosamente:

—“Dejo el Cuatroplumas en prueba de que volveré.”

Porque desde esa promesa mi madre no tuvo otra vida que la de *Aguilán*. Meses, años de diálogo sin objeto:

—¿No oyes zumban la candela?

—Sí, madre, zumban los leños en el fogón.

—¿No te lo dije? Es señal de que vendrá. —Y descolgaba las espuelas del muro. Yo alzaba la voz al verla tan ingenua:

—Nadie llegará, madre. Estamos solos. ¡Solos!

Y nadie llegaría.

Comíamos pan duro, comíamos silencios duros con la sopa sobre un mantel de cuadros amarillos y rojos, remendado una y cien veces junto a la ventana. Nunca la ausencia de aquel hombre dejó de llenar el rancho, nunca una alegría sin mancha llegó a nuestra mesa gris.

Y cuando las afueras del pueblo se hicieron pequeñas, salí lejos a ganar dinero con que apostar a mi gallo. Amansaba potros y muletos, arreaba ganado, organizaba tandas de cartas y dados, no

perdía carnavales ni ferias, para decir cuando encontrara al desconocido:

—“Lo juego todo a mi gallo.”

En *Aguilán* habría de jugarme esa cosa amarga que era mi vida.

### 3

-SARGENTO —dijo el Ama de Llaves—. Un hombre del Páramo visitó al cura. No pude localizarlo a usted.

El Sargento Mataya apretó el látigo; en él, simbólicamente, reaccionaba contra su descuido, contra sus soldados que dejaron salir y entrar a un guerrillero, contra la soplona que lo inculpaba veladamente.

—Ya estaba enterado, señorita Dolores —dijo. El Ama se ofendió por la mentira.

—Perdone entonces, Sargento.

E intentó salir. El otro la detuvo, con ira, pues la mujer quería darse importancia. Porque sabía que la posesión de un secreto resaltaba al más desteñido.

—Sin embargo, necesito detalles.

El Ama regresó a la actitud de antes. Que el Sargento dependiera de sus informes era un modo de situarse encima de él.

—No pude oír mucho —siguió con falsa modestia—. Que en el Páramo necesitan sacerdote, que tienen montones de heridos, que la revolución se extiende. Hablaron de usted, Sargento.

El látigo daba golpecillos en la mano entreabierta. El Sargento no sabía si era la nariz corva, los ojos volados y redondos, la ausencia de barbilla, el largo cuello, los pigmentos de la blusa lo que hacía al Ama semejante a un pavo. En su presencia tenía que dominar los deseos de alzar la voz para oírla graznar a la manera de aquellos animales cuando se les grita.

—Visitaré al Cura —dijo él, levantándose.

—Hay más, Sargento —agregó el Ama—. El enterrador...

Frunció los arcos de parca ceja extraviada. Se odiaban ella y el enterrador, y se temían. Algunas mañanas encontraba ratones en su

cuarto, severamente trancado para darse la ilusión de estar defendiendo sus virtudes carnales.

El Sargento miró la cabeza de pájaro de la mujer. Pensó que si usara cofia le quedaría de cresta; pensó en jaulas, en rejas, en graznidos, en latigazos. Pensó en soldados muertos, en guerrilleros heridos.

—¿Qué pasa con el enterrador?

—Lo veo sospechoso.

Le disgustaron los labios delgados del Ama, apretados con vergüenza de pertenecer a la boca. Presumió que el temor de que alguien la juzgara por un aspecto suyo descuidado la había hecho de verticalidad forzada, de una rigidez interior que se traducía en su postura.

—Lo estamos vigilando.

—Sí, lo están vigilando...

Las palabras salieron estrechas. El sargento cortó la frase con un latigazo en una bocapierna. Y al ver a don Heraclio cruzar la plaza, atravesó la calle para acompañarlo a la casa cural.

El Ama salió como si volara.

Al seguir sin comentarios al Sargento, el Cojo Chútez hubiera querido buenas piernas para marcar el paso con desenfado igual. Más que nunca se fijó en esos dientes poderosos, en esas mandíbulas de agresivo ajustarse, en esos ojos sin cejas, en esos pómulos que sobresalían para templar la piel de cobre antiguo.

A su vez, el Sargento, oyendo los tres pasos de su acompañante —la bota normal, la de triple tacón, el bastón herrado—, lo definió en su irradiación de poder, en sus piernas largas y musculosas, aun la encogida pues la cojera formaba parte del mismo vigor, le infundía una insolente superioridad física, hacía pensar a quien lo viera: “Cosa importante sucederá de un momento a otro”.

Cuando atravesaba la plaza, al padre Barrios le dieron la impresión de ser dos nudos tensos.

—El Cojo pasa junto al tamarindo —dijo el enterrador—, bajo la rama donde ahorcó a Juancho Lopera.

Y ante el ceño del sacerdote:

—Esa voz corre desde hace veinte años.

También el sacerdote había escuchado los rumores: años antes don Heraclio apareció con la rodilla desgarrada y con un tigre herido. “¡Hizo caminar al tigre por la calle!” Al otro día el cadáver de Juancho Lopera amaneció colgado del tamarindo. Ni lazo, ni sogas, sino unos metros de alambre de púas...

—Aquí mientan “El Cementerio del Sargento Mataya” y “El Pueblo del Cojo Chútez” —agregó el enterrador cuando vio acercarse a los dos hombres—. El Sargento dispara, el Cojo se enriquece con sus fechorías. También el Cojo se volvió malo.

Por eso sonaron falsos el saludo y la introducción. Que era necesario ser implacables con los asesinos, que la autoridad legítimamente constituida...

—Los del otro bando se han insolentado —dijo don Heraclio. El sacerdote observó el bastón de punta herrada.

—¿Quiénes son los del otro bando?

El Cojo echó a un lado la respuesta:

—Los enemigos del orden.

—¿De cuál orden, señores?

Para el Cojo la réplica fue redundante:

—Los enemigos del Gobierno.

Le molestó el silencio del sacerdote. Y el latiguillo del Sargento Mataya, y la nueva pregunta:

—Dígame, don Heraclio, ¿es amigo del Gobierno?

El bastón trazó una parábola.

—¡Qué ocurrencias, señor Cura!

—¿Es amigo del orden?

La acidez en la faz del Cojo se resumió en la nariz, que parecía cerca de malos olores. Quiso responder con un insulto pero lo detuvo una duda:

—¿Y usted, padre Barrios?

Cansada salió la voz:

—Soy un curita de misa y olla.

El Cojo y el militar cambiaron miradas.

—Padre —comenzó el sargento; sólo el látigo se movía en él—. Sabemos que lo visitó un guerrillero.

—Vino un hombre de la montaña.

Trazó con el índice dos círculos en el escritorio, empuñó el crucifijo.

—Un acorralado.

—Le daría información importante, su Reverencia.

—Que ustedes lo matarán. Y a su familia y a sus vecinos. A él le cortaron un brazo.

—Están fuera de la Ley —dijo el Cojo—. Capturarlos es nuestra obligación.

—¿Por qué suya, don Heraclio?

—Colaboro en el mantenimiento del orden.

—Había orden en el cementerio a mi llegada. Visité la tumba de José Miguel.

Los otros se colocaron un par de miradas agresivas. “Como si se tratara de lentes inadecuados.”

—José Miguel era *chusmero*.

—Iba contra la Ley.

—Me dijeron que tocaba la guitarra.

El enterrador sembraba cerca. Retozaban los reflejos de la pica al sol y sus manos al desmalezar la era.

—Usted podría ayudarnos, señor Cura —dijo el Sargento con expresión cautelosa.

—¿En qué forma?

—Debió darle información el guerrillero de anoche.

—Vino a confesarse porque sabe que va a morir. En cuanto a información me dijo que don Heraclio Chútez quería comprar su finquita.

El sepulturero sonrió. Los otros volvieron a mirarse.

—Es deber colaborar con las autoridades.

—Yo sé cuál es mi deber. Ojalá ustedes acierten al cumplir el suyo.

—Las órdenes son acabar con los guerrilleros —dijo el Sargento.

El sacerdote creyó notarlo contento de que el cumplimiento del deber fuera ligado al delito: ya no se trataba del frío acatar órdenes sino del apasionamiento en la destrucción. Quizá fuera elemento peligroso cuando luchaba por causas que merecían una virtud acorde con el crimen, que autorizaran el daño sin afectar la

conciencia. El fanático seguidor de órdenes en las cuales el delito apareciera como cauterio sin que la conciencia interviniera en el balance final.

—Padre —dijo; se aclaró la garganta—. Ellos tienen muchos heridos graves. ¿No le pidieron que fuera a confesarlos? Trataron de raptar al párroco de Balandú.

—Por fortuna —terció don Heraclio—, ese párroco es de los nuestros.

El sacerdote arrugó el entrecejo. El Sargento siguió:

—Usted podría conducirnos a las guaridas.

Los puños del enterrador se inmovilizaron. En cuclillas contra la era abrió más los ojos, como si escuchara por ellos. La voz del sacerdote se volvió acerada.

—Les hablaré si es posible, intentaré convencerlos, pero...

—¿No quiere colaborar, padre Barrios?

Los reflejos del sol en la pica se proyectaron contra la pared, cruzaron los rostros del Sargento y de don Heraclio. Éstos se fijaron en el enterrador, que había dejado de escarbar las eras para acariciar la herramienta, deleitosamente. “Es sospechoso”, había advertido el Ama. Y cuando el Sargento lo vio sacar la lima del bolsillo trasero, requirió con voz de mando:

—¿Qué hace, enterrador?

—Mantener afilada la pica, mi Coronel.

Echó a los labios su taimada sonrisa.

—... Cuando menos piense me llegarán buenos muertos... — Levantó con la pica una cascabel muerta—. Hay mucho bicho que matar...

El sacerdote ordenó:

—Ve a cuidar a la mula, tendré que salir más tarde.

El enterrador salió cojeando ligeramente para compensar la falta de la mano. Cuando desapareció tras la puerta de la pesebrera, el Sargento dijo observando cómo la pica había sido colgada del montante:

—De todas maneras lo seguiremos a usted, padre. Acabaremos con los alzados.

—¿Le atrae la sangre de los rebeldes?

—No me atrae ver la de mis soldados.

—Cristo sangra en los soldados y en los guerrilleros.

El Sargento hizo buches de aire, luego prensó las mandíbulas hasta que los maseteros formaron un relieve iracundo. Eso de amar al enemigo se le antojaba una frase retórica de sermones o una excusa para temerosos. Tal vez sus soldados prefirieran la vida rutinaria del cuartel pero mataban animosos aunque después se sintieran levemente culpables. Mas, el sentimiento de culpa se diluía al reflexionar que en matar consistía el cumplimiento del deber, que de ahí precisamente provenían los ditirambos oficiales porque el exterminio se había convertido en virtud patriótica.

Su látigo redobló en el barandal.

—Somos fuertes, padre Barrios.

El sacerdote se oyó con desaliento al caer en su vicio de la sentencia:

—Únicamente los espíritus superiores saben sentirse fuertes y permanecer mansos.

—Muy elocuente, pero le seguiremos si va en auxilio de los moribundos del Páramo.

—Con permiso, señores. En el confesonario me aguardan.

Sus suelas pisaron la faja de sol. El Sargento entrechocó las botas.

—Lo vigilaremos día y noche, padre Barrios. Si va, aniquilaremos a los rebeldes.

Tras una sonrisa petulante añadió:

—Dejo ese problema a su conciencia.

El sacerdote oyó el golpe de la puerta hasta que en la calle se apagó el ruido de las botas y del bastón herrado. Sus dedos estrujaron el crucifijo.

—Gracias, padre Barrios —dijo el enterrador saliendo de improviso—. ¿Quiere que lo acompañe al Páramo? Ellos lo perseguirán, ellos nunca perdonan.

Volvieron los destellos de la pica. La serpiente colgaba del herrón.

—Algún día los enterraré.

Al sacerdote le dolía todo en derredor, tenía la sensación de ser un muro viejo condenado a sostener pesos que no eran suyos.

—¿Por qué te dedicaste a enterrador? —preguntó con voz ajena.

El otro se recogió en sí mismo, evasivo.

—Mi primo era sepulturero. Cuando lo mataron vine yo a enterrarlo... Es el único oficio con clientela en este pueblo.

Mostró su mano y su muñón callosos.

—¿Qué hacías antes?

—Era agricultor. La violencia me echó de la tierra.

Un varijón cayó al tejado.

—Antes sembraba papas y maíz.

Alzó la cabeza hacia el Páramo, volvió a bajarla.

—... Los cadáveres no retoñan.

Se puso la sonrisa falsa.

—... Aunque ahora estamos en cosecha.

El sacerdote vio en el enterrador lo sombrío de los habitantes de Tambo. Quizá influyera la cercanía del volcán, pues equivalía a tener día y noche la presencia de la muerte. Las casas averiadas o echadas al suelo no habían sido reconstruidas. ¿Para qué si de un momento a otro el volcán arrojaría lava? Los endurecía cierto fatalismo, cierto cariz de éxodo, cierta marca de condenación traducida en apatía frente a los demás, frente a sí mismos. Vivían por vicio, por pereza de morir. Hasta en los niños se notaba una esquivez enfermiza, en todos un miedo con indiferencia, una ruptura de los más puros resortes humanos. El goce de las cosas había quedado atrás.

A su lado el enterrador olía un puñado de tierra recordando a su familia desaparecida. Nadie más, fuera de dos o tres vecinos, sabía de la existencia que llevaba antes. Una vida medio vegetal, medio mineral, amable en su carencia de grandes proyecciones. Un riachuelo de aguas frías, árboles, viento y matas en la huerta, y escasas voces familiares, y pájaros en las madrugadas. No era mucho pero llenaba las horas de cada día.

De repente arrojó el puñado de tierra, se hizo un nudo de contención.

—Hoy la tierra huele a tumba.

Giró el rostro, resaltaron los tendones.

—Una noche arrasaron la montaña...

Se enderezó, clavó la pica.

—... Me obligaron a enterrar a mi mujer y a mi hija. No sabe las bestialidades que les hicieron delante del niño.

Muñón y pica temblaron, tembló la bizquera del odio. La serpiente se tambaleaba.

—Después vine haciéndome el loco, para cavar la tumba de esos asesinos.

Los movimientos preocupadamente afirmativos eran en el sacerdote una manera de negar. “Para la tumba de esos asesinos. ¿Asesinos los soldados? Parte del podrido engranaje, nada más. Las instituciones vuelven a los hombres demasiado evidentes, en vez de hombres con otras dimensiones, los hacen confundir con la función que desempeñan o con la que se les atribuye: un cura, un militar. Pero no hay seres demasiado obvios, no hay seres... Si te reclutaran y uniformaran, enterrador, harías lo mismo. Carne de pueblo, mal dirigida. Órdenes inflexibles que olvidan la condición humana. Sistemas que...”

Desde la puerta de comunicación con la sacristía, el Ama de llaves avisó que varios penitentes esperaban en el confesonario. Su cuello y su cabeza tenían los movimientos convulsos de los gansos al entrever un peligro.

—Como su Reverencia llamó a confesión general...

El mismo día de su llegada. Lo creyó oportuno para comenzar las Ferias de Tambo.

—Padre, lo que acabo de decirle puede ser una confesión — advirtió el sepulturero. El Ama había desaparecido como evaporada.

—La venganza es anticristiana.

El enterrador torció la boca mientras el muñón jugaba con la cascabel.

Un ruidillo le avisó una presencia extraña en el cuarto contiguo, de rebrujo. “¡Esa soplona del Ama!”, pensó mirando la reja del dintel y la culebra en la pica, alternativamente. La idea le brilló en los ojos mientras se desplazaba hacia la puerta de la intrusa. Se detuvo.

—Oiga, padre.

El enterrador abrió desmesuradamente los ojos como para oír por ellos.

—¿Qué cosa? —preguntó el sacerdote remedando mecánicamente la postura del enterrador.

—En la cárcel. En las celdas. Gritos.

El sacerdote se estremeció, creyó escuchar alaridos de algún torturado. En el silencio, el tambor sonó como un latido.

—Nada oigo —dijo con duda, con ganas de que fuera imposible oír alaridos de torturados en las celdas.

El enterrador recuperó su posición desprevenida.

—Ya los oiré, padre. —Y volviendo al tema—: En el Páramo hay moribundos.

—Debo ir —dijo el sacerdote apretando con dos dedos ambas sienes. El enterrador siguió desplazándose cautelosamente.

—Lo seguirán, padre. Usted no conoce esos rodaderos.

—Dios los conoce.

—Tal vez Dios no sea buen guerrillero.

El sacerdote tuvo desaliento para enojarse. Al oír botas herradas giró la cabeza y vio que dos soldados se apostaban a la puerta.

—Empezaron a vigilarlo, padre. —Tomó en su mano la serpiente, calculó la altura de la puerta detrás de la que el Ama figoneaba. La barbilla del sacerdote se acercó más al pecho enjuto.

—Déjeme que le ayude, padre Barrios —siguió el enterrador empezando a meter la culebra por la rejilla, hasta que en sus ojos se esfumó aquella figura vencida.

El enterrador bajaba los escalones cuando oyó el grito despavorido del Ama.

#### 4

“IRÁN los grandes apostadores a las Ferias de Tambo”, repetía al avanzar porque la hora se acercaba. Tambo debería estar a pocas leguas. Cuando llegara...

Un jinete en potro manchado repuntó en un cruce de caminos. La bestia caracoleaba fustigada por sí misma.

—¿Falta mucho para llegar a Tambo? —pregunté. Él estiró un brazo sin soltar las riendas.

—Allá se ve el humo del volcán de Tambo.

A una frenada retrocedió su potro.

—¿Va por lo de las riñas?

—Busco a un hombre.

Su potro seguía inquieto. Había sido amansado para lucirlo.

—También voy a las Ferias —dijo. Yo quería estar solo.

—...Voy por un caballo alazán y una guitarra —siguió él. Sin apearese se agachó, estiró la mano y cogió un guijarro, lo lanzó y recibió varias veces antes de arrojarlo a un calvario reciente.

—Francisco Martínez —leyó en los brazos de la cruz—. Era un buen guerrillero. Todos los caminos están llenos de calvarios. Francisco trabajaba en la carretera. También José Miguel...

Y porque nada respondí, habló:

—Es importante caminar solo. Buena suerte.

Retrocediendo primero, al galope después, levanto una polvareda que imitaba el humo del volcán.

Visto de lejos el pueblo recordaba una cruz caída. “Es un sitio caliente”, me habían dicho. La pereza y la inmovilidad de las cosas parecían hechas con desgano por algún moribundo. En las arenas del cauce saqué el gallo para que se desentumeciera y cantara al rescoldo del mediodía.

Me estiré boca arriba, trabados los dedos en la nuca. Así había pasado noches en vela sobre la cama de patas de guayabo, allá en mi cuartucho. Unos flecos de paja asomaban por un roto que servía de ventanuco y mostraba aquellos luceros que me hacían raspar la estera con los talones, porque mi imaginación los volvía rodajas de espuela. Cuando llovía, un reguero de gotas entraba en el cuarto, pero las creía ver salir de unos ojos abiertos al cielo sin respuesta. Y pensaba en mi madre, en su manera lenta de borrar las gotas de agua en sus pestañas. Otras veces el viento aullaba y tiraba pajas y hojas en el cuartucho, como plumas de gallos de pelea. Espuelas, plumas, muerte, gallos... Aunque entrecerraba los ojos, en el cielo sin fin que ellos formaban aparecían las espuelas del primer *Aguilán* clavadas en el muro junto a las del hombre que debería morir, y el alma de mí madre fija en ellas, en las rodajas dentadas, en...

De entre unas cruces salió un hombre estrafalario, de ojos saltados por un deliberado terror. Su sombra a mis pies fue mostrando un brazo, una pica, un ala de sombrero raído, un cuerpo

nervioso. Y sobre la sombra las palabras sonaban a cosa molida atropelladamente.

—¡Malas aves llegan por estos rumbos!

Rastrilló la pica en un trozo de lava.

—¿Va para Tambo? —preguntó.

—Estoy en Tambo —dije.

Dio vuelta a la pica.

—Ya el cura Barrios... Malos vientos soplan del volcán.

—Malos en su boca —dije mirándolo fijamente. Le ardió el sol, le ardió la mirada. Le vi en los ojos otro odio tan grande, que lo creí tuerto. Hasta su nariz en gancho se aferraba a una oscura intención. Hasta sus dientes incompletos. Podría ser peligroso como tantos a quienes la violencia ha obligado a ser dobles, para vengarse o salvar el pellejo.

—¡Si llegaría la hora! —exclamó encaramando su pica en el hombro. No lo vi alejarse pero oí el rastro de su voz:

—¡La cavaré!

Debió referirse a una tumba. También él tendría su venganza que enterrar.

Una iguana se secaba al sol, tostado ya su color verde. Cuando le arrojé un pedrusco se escabulló por el cauce. También en el pueblo estarían durmiendo como iguanas la siesta, sobresaltada por los cohetes. Cualquiera hora sería de siesta en la modorra de Tambo.

—*Aguilán* —dije levantándome—. Se acerca la hora.

Tras las rejas del cementerio un niño pegaba sus manos a los barrotes en posición defensiva. No sé qué vio en mí porque a mi paso abandonó la reja y salió tras el hombre de la pica.

Del pueblo venía una rara canción. “La cantará una que no quiere llorar, ni morirse”, y avancé por sobre troncos de lava. “Milagro que viva el pueblo tan cerca de un volcán.”

Alguien aporreaba unos cueros que servían de acompañamiento a la canción. Más adelante avanzaba el de la pica, el muñón en la frente para enjugarse. En dirección contraria bajaba una mujer, dificultosamente porque un bulto de ropa le cubría la cabeza. No supe a qué río iría a lavar.

El de la pica saludó:

—María, puse ramas en la cruz de José Miguel. Nunca faltarán ramas en su cruz.

Las primeras casuchas estaban a medio destruir. Junto a una, dos mulatos hablaban con exaltado cansancio. Sus palabras quedaban adelante.

—Mala pata, pues.

—Todavía hay tiempo.

—¡Mala pata!

El que renegaba levantó un carrillo con la lengua y sacudió los labios con un resoplido de caballo.

—Antes que lleguen refuerzos al Sargento Mataya.

Sus palabras quedaron atrás.

Un burro y una vaca espantaban moscas con la cola; una pata se sacudía, otra cabeza golpeaba a un lado y el cuello volvía a quedar sobre un cerco de guadua ya para venirse al suelo.

El camino se volvió calle, en la calle había sol y frases de personas invisibles:

—¿Lloverá esta semana?

—Qué ha de llover.

—Tal vez ceniza del volcán.

—Tal vez candela.

A la sombra se despaturraban dos gallinas, un ala desplegada, la otra barriendo el polvo. Tres hombres en actitud descuidada hacían sombra contra una pared revestida de cal sólo a parches. Sobre sus cabezas un aviso en madera gris: “Tienda y cantina”.

Más adelante estaba la fonda de los galleros, así lo supuse por el aviso: *El Gallo Rojo*. Mientras arrimaba seguí oyendo cosas dispersas:

—El enterrador ha estado cavando huecos en la plaza.

—¿Para enterrar a quiénes?

—Para sembrar árboles.

—Eso quiere el curita nuevo.

—Con los niños huérfanos deshierba las calles.

—A todo el que se confiesa le dice: “Dios perdonará tus pecados si siembras veinte matas de cabuya”.

—Calcularemos los pecados según las matas que siembren.

—Va a necesitar millones de pecados si quiere reforestar a Tambo.

—Puso al Diablo a trabajar para Dios.

—¿Será para Dios?

—Pobre curita loco.

Enfrente del establecimiento miraba para el interior un hombre vestido de blanco. Detrás de los estantes atendía una muchacha.

Al tocar el portón de *El Gallo Rojo*, mi sombra se recostó en el suelo como un largo cansancio.

## 5

“SOY un curita de misa y olla. Un pobre curita de pueblo.”

Si de él dependiera sería vicario de monjas, capellán de internado, clérigo suelto por esos campos de pan llevar. Porque siempre le entusiasmaron las cosas de la iglesia, desde las campanas a rebato hasta el run-run de los rezos. La solemnidad de sus funciones, la dignidad que a su entender imprimían el bautizo, la primera comunión, el matrimonio, los ritos funerarios. Confesión, eucaristía, trisagios, las historias bíblicas de *El Hijo Pródigo* y *José vendido por sus hermanos*... Pascua Florida, Resurrección, Pentecostés, Tabernáculo, Arca de la Alianza, Liturgia, Evangelario... No ambicionaba sino servir a esa feligresía díscola. Pero hasta las primeras confesiones sonaron a chisme para que a su vez lo transmitiera al cielo.

Salió al balcón en busca de aire. En los techos hervía el rescoldo del sol bajo el cielo implacable. Un hombre abría la batiente de una puerta y con un palo de escoba descolgaba un aviso del dintel y ponía otro en su lugar. En alguna parte chirriaban las argollas de una hamaca, batían chocolate, barrían rincones, clavaban tablas. Más cerca otro hombre se lustraba las botas con un cepillo gastado; el esfuerzo para agacharse enrojecía el rostro, abotagaba los ojos e hinchaba las venas de las sienes como para un ataque de apoplejía. El sacerdote aspiró fuertemente por el esfuerzo del otro. Un olor de caña vinagre, machacada al sol, le llenó los pulmones. Alguien lloraba en alguna habitación.

Pidió al Ama una taza de café.

—Un pocillo de chocolate claro —impuso ella—, con almojábanas.

—Está bien, Dolores —dijo resignado. Su corazón marchaba bien. El alma necesitaba un poco de café caliente—. Está bien, un pocillo de chocolate claro.

—Con almojábanas —recalcó ella.

—Con almojábanas —obedeció él maquinalmente. El Ama salió con paso menudo y satisfecho. Debía de tener almidonadas las enaguas por el ruidillo de cosa tiesa que acompañaba los taconeos de sus zapatines de empeine alto. El sacerdote volvió a su preocupación del día. De la hora.

“Nunca pasa nada en un pueblo chico”, dicen. “Pero una aldea puede ser el infierno porque su misma pequeñez invita a la hipocresía. Extorsión, incesto, delaciones, los más sórdidos acomodados con lo alto.” Iría a escuchar la misma retahíla de palabras desprovistas de su sentido por tanto repetirse. Más que confesión era una excusa protocolaria. Y el “ego te absolvo”, y la penitencia cumplida maquinalmente. Allí no oraban: repetían oraciones sin empaparse en el duro corazón. Allá Dios representaba un último recurso cuando los demás se hacían ineficaces. Eran tahúres en que el deseo tenso puede poner el azar de su parte. Le consideraban poco amistoso, únicamente apelaban a Él de corazón en la angustia suprema, y esto para exigirle favores inmediatos: le tomaban por mandadero de última hora.

—“Lo vigilarémos día y noche. Si sube al Páramo liquidaremos a los guerrilleros. Dejo ese problema a su conciencia.”

Se encorvó más la espalda, cayeron los párpados fatigados, los pasos atravesaron silenciosos el corredor que conducía a la sacristía. Y cuando vio la fila frente al confesonario pensó que su cantidad obedecía más a superstición, o a que la curiosidad los llevó “para estrenar curita”. Sería difícil llegar a esas almas con las fórmulas del seminario.

Pero se desconcertaron cuando el sacerdote, en lugar de imponer la penitencia de padrenuestros, avemarías, salves y rosarios de rigor, entabló el diálogo:

—Sembrarás cuatro naranjos en el solar de tu casa y dos eras de legumbres.

—Padre, yo...

—Dios te bendicirá, yo absolveré tus pecados. Las semillas se reparten en la Casa Cural.

Y mientras oía los pecados habituales en boca de penitentes igualmente habituales, el sacerdote no pudo dejar de apreciar, en lo que podría tomarse por bóveda, el mal gusto del padre Azuaje, quien hizo pintar la figura un sí no es Superhombre de *El Creador*, con torsos amenazantes como tratando de esquivar, ofuscado, ese escándalo de colores de donde irradiaba un poderío vulgar. Y se atrevió a pensar que infinidad de fieles y sacerdotes no adoraban al Dios que perdonaba sino al de los castigos; con irrespeto inconsciente, en Él transferían sus personales instintos de venganza. Y de Cristo, Su encarnación, admiraban al que latigueó furioso a los mercaderes del templo, y reprochaban al que sufría una temporal derrota.

Presionó los ojos para borrar esos paneles de dudosas alusiones bíblicas y oír reclamos a la penitente de turno.

—Padre, ¿dice que debo sembrar árboles en la plaza?

—Mañana habrá convite. Hombres, mujeres, niños, trataremos de hacer un parque en Tambo, de volver habitable la parroquia.

—Padre, ¿trabajar yo con el azadón en la plaza? —reclamaba otro, señor o señora—. Nunca se había visto.

“Tal vez sí soy mal cura. Me preocupo más por los cuerpos que por las almas. Pero ¿puede salvarse un alma si está condenado el cuerpo que la contiene? ¿El otro mundo no afirmará sus raíces en éste?” “El cristianismo no es una religión de pan llevar” —le había dicho el padre Azuaje—, “el cura no es un gobernante que quiera reformar las cosas materiales.” “Tal vez la obsesión por la vida eterna nos ha hecho olvidar que el hombre tiene aquí una vida, pasajera, pero que es su vida, su única vida terrena.” El padre Azuaje había esbozado un ademán de desaliento, de quien no desea discutir aquellas cosas que ya sabía plenamente. “... Hemos hecho de nuestra religión algo muy práctico con respecto de sí misma, pero descuidada con respecto de la vida práctica de sus fieles”, había seguido el padre Barrios. “El pan nuestro de cada día...” “Son terrenos peligrosos, padre Barrios.” — “Hasta para el ejercicio de la virtud se requiere un mínimo de bienestar económico,

dijo San Agustín. ¿O sería Santo Tomás? Quizá sea pretensión mía estar de acuerdo con ellos...”

La ironía del padre Barrios podría tomarse como justificación de su figura ordinaria, en la que cabrían exabruptos de sana intención. Hablar de los Padres de la Iglesia entre dos bestias asoleadas... El padre Azuaje había callado por no enredar más los nudos teológicos o religiosos. Que pensarán los demás, él tenía el cielo asegurado y con esa confianza se movía.

—... ¡Nunca se había visto!

—Pero se verá, hijo. Tú me ayudarás. *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomini Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

“Padre” —le había anotado el párroco de Balandú—, “usted no es sacerdote sino labrador. Hubiera sido feliz si el Seminario fuera una Escuela de Agricultura.”

Volvió la vista a la figura de *El Creador*, “rehecho a nuestra imagen y semejanza, a imagen y semejanza de nuestras pasiones. Yo mismo, tal vez... No parecemos enviados de Dios sino que lo colocamos para que nos confirme en nuestras razones. Le tomamos como algunos buscarruidos sabedores de que a su lado llevan un muchachón fuerte que los sacará de cuanto embrollo armen”.

Y al ver nueva fila de penitentes, echó sobre su frente una señal de la cruz que sumergía sus inquietudes en una soledad irremediable.

Hasta que ya en la casa cural pidió al Ama un sombrero.

—¿Un sombrero, padre? —se extrañó el Ama.

—De caña y ala ancha, vamos a trabajar en la plaza.

El Ama se sacudió un pliegue de la blusa.

—¿He oído mal, reverendo padre?

—Has oído bien, Dolores. El reverendo padre pide un sombrero de caña.

“Se parece a la silla donde se sienta con su tambora de bordar”, pensó al verla salir desconcertada. La silla del Ama era recta, alta y de flacas extremidades, tejidos con mimbre el espaldar y el asiento, donde un diminuto cojín cubría desde años atrás el reventón de cuatro bejuquillos.

El Ama volvió, repuesta, y puso el sombrero de caña en la mesa de noche.

—¿Le traigo la leche con bizcochuelos?

—Ahora no, Dolores. Muchas gracias.

—Puse aceite de higuierilla en su lámpara.

Había un reproche en la notificación del servicio prestado.

—Se me había olvidado echar aceite a la veladora —se disculpó el sacerdote. Y con cierta guasonería a que no estaba acostumbrado:

—¿Cuándo te confiesas, Dolores?

El Ama trató de ocultar su inquietud, porque uno de los confesados le habló de las penitencias en boga. ¡Imaginarse ella con una barra en el cascajero! ¿Qué pensarían la señora del alcalde y la hermana del señor juez? ¿Y si de pronto a ellas...?

—Bueno, me voy a jornlear —dijo el sacerdote calándose el sombrero.

Y cuando él, el manco y el niño salieron de la casa cural con herramientas, algunos se burlaron:

—¿Va a sembrar piedras?

—¿Trasladan el pueblo a Balandú?

Pero al verlos corvarse sobre el cascajero de la plaza, dos o tres penitentes se fueron arrimando con barras y azadas, como quien trata de ayudar desinteresadamente.

—Dios los bendiga —dijo el sacerdote sin dejar el trabajo.

—¿A cómo el pecado venial, padre?

—¿Me rebaja por mis pecadillos mortales?

—Diez árboles, no hay descuento.

—¿Ni al por mayor?

Había más curiosos que penitentes. Ninguna señora entre éstos. Sólo cuando el sudor salpicó la frente del sacerdote y oyeron su jadear asmático, algunos se retiraron. Hasta que María la lavandera empezó a desherbar con la azada. Entonces dos mujeres engrosaron el grupo. Y otras más cuando por el camellón asomó el maestro de escuela al frente de sus alumnos, y se dio a trazar cuadrados y curvas que serían eras de jardín.

Al oír las voces de los escolares el sacerdote regresó a su niñez, “donde pasaba los fines de semana” para descansar de sus feligreses, de su edad, de sus complicaciones. Con tal fin había idealizado los más pueriles detalles de su infancia porque sólo el

lejano pasado podría ser remedo anunciador del paraíso futuro. Y el Paraíso debería ser algo infantil en cuanto representaba inocencia, y en él un niño larvado buscaba su mano ancha y su mirada.

La alegría inocente era su fuga de las cosas o una manera de afrontarlas. Contrarrestaba las horas claudicantes con ese regreso a los primeros años. Y en cada una de sus parroquias formaba coros infantiles, dirigidos por su mano y por su desastrosa voz de bajo que adquiriría, no obstante, una transformación perceptible para sus inexpertas masillas corales. Era entonces su propia infancia la que entonaba aquellos villancicos de fresco retozo, aquellos laudes recitados a medias, aquellas letanías que subían como el humo del incienso a la bruma de su tierra de promisión.

—“Vamos envejeciendo hacia atrás cuando las cosas no envejecen con nosotros”, decía, recordando a su padre. La sombra de su padre oscilaba en el recuerdo, y la de su madre, en las faenas domésticas. El olor de los rincones, y las matas de la huerta, y los tiestos florecidos en los pilares, y las voces de sus hermanos, y las palabras tan pegadas a la tierra como los retoños.

Don Heraclio lo observaba, observaba el trabajo, silencioso. El de bigotes ahumados salió de una cantina apagando espasmódicamente la risotada que traía:

—¿Estarán abriendo sus sepulturas?

Don Heraclio lo miró con gravedad. El de bigotes tosió y volvió a entrar al ramalazo de las frases rotundas:

—El enterrador me preguntó cuánto medía usted, amigo. Ya sabe cuánto mido yo.

Ahora bajo el tamarindo el tambor resonaba sólo para él, para el conjuro de la hora menguada. Allí vio el cabo de alambre de púas que salía de la mitad pues la corteza y la pulpa fueron tragándolo en veinte años de crecimiento. Sería imposible desprenderlo sin cortar el brazo.

Frunció las cejas. Era imposible quitar del árbol o de él mismo los hechos. Más que del tamarindo, de su recuerdo salía el cabo de alambre.

Permaneció quieto. El espectáculo inusitado le infundía respeto. Inclusive las bromas que oía:

—¿Por los árboles se sube al cielo?

—¡Reforestar la conciencia!

—¿Puede ser bueno lo que nace del pecado?

El Cojo Chútez espió su pasado y escuchó el sonido de otras herramientas, edad atrás, confundido con el de las que ahora buscaban perdón del cielo.

Poco a poco el trajín contra la grava se hizo familiar. Sudaban las frentes, las axilas, las exclamaciones.

—¡Ese reloj no anda!

—La insolación lo tiene perturbado.

—Oficio aburrido marcar el tiempo.

—Cuando el tiempo no sirve para nada. Como en Tambo, ¿eh, padre?

—De ahora en adelante servirá.

Pero cuando sorbieron refrescos de lulo sintieron ánimo para continuar y glosaron la idea del extraño curita que, con el maestro de escuela, discutía las dimensiones del parque y el sitio donde debería ir la pileta entre los árboles.

—¿Cuáles árboles, padre? —preguntó el maestro. Tenía cara angulosa con arrugas prematuras, ojos vidriosos, ensanchados, de alguien que vive entre necesidades sin remedio.

—Los que sembraremos. Un gran chorro de agua hace falta al pueblo.

—¿Lo bajaremos de allá? —volvió a preguntar el maestro, incrédulo, señalando la loma.

—De allá.

—Esa tierra es de don Heraclio —dijo el maestro.

—Sí, de don Heraclio... Aquí haremos la fuente con aguas de esas lomas.

—Será, pues —dijo el maestro y continuó ayudándole. A cada minuto comprobaban la luna del reloj.

—Padre, debería cambiarle el minuterero.

—¿Por qué no le pone de penitencia que marque la hora?

—Ese reloj no es católico.

El Cojo se dirigió al despacho del Sargento Mataya.

-¿QUÉ se le ofrece? —preguntó la muchacha con el acento de quien no está acostumbrado a ser amable por obligación.

Un tablón chirrió con mi peso, con mi peso traqueteó el taburete. Las piernas se estiraron, sobresalieron las botas con polvo y barro seco, resollé.

Por no pensar en nada leía etiquetas y marcas de envases, afiches, prevenciones. “Humoazul — cigarrillos”, “Sardinas La Honda”, “Refrescos Bahía”, “Visite la Capital”, “Haga su felicidad con aguardiente Blanco”, “El que fía no está aquí, salió a cobrar”.

—¿Qué desea?

Las cosas significaban más que la muchacha, eran mi prolongación.

—... El Día Señalado... —repetí para mi venganza.

Estalló un cohete de feria, aspiré un olor a pólvora, a piña agriada, a cerveza y mangos maduros que espesaba el aire.

—¿Cómo dice? —volvió a preguntar.

Los cascos del potro manchado repicaron en la calle. Una de las gallinas salió corriendo, la otra apenas se rebulló.

—¿Aquí se reúnen los galleros? —pregunté a la muchacha en lugar de responderle.

—Pronto llenarán esto —informó sin largar un trapo con que aparentaba desempolvar los taburetes y calculando mi estatura. Era denso el olor de ceniza. Volvió a retumbar el volcán.

—Feo ese animalón bramando cada cinco minutos —dije. Ella sopló un cadejo que se le venía a la cara y miró el cielo visible por un ángulo del techo.

—Dicen que el sol quema los pájaros en pleno vuelo.

Con las manos remedó alas que se quiebran.

—... Caen chamuscados al polvo.

—Chamuscados —dije. La miré toda—. Déme algo de beber.

En su presencia disminuía el sopor.

—Y de comer, he caminado mucho.

El mechón de pelo castaño le bailaba en la frente cuando soplaba para quitarlo de los ojos. Sus senos separados hacían más ancho el busto de lo que realmente era. Los ojos cambiaban fácilmente de la expresión infantil a la amargura, acompañando el tic de los labios que se cerraban y entreabrían.

Cuando se vio observada disimuló restregando el estante. Sus movimientos no eran los que naturalmente necesitaba sino los que ordenaba mi observación, cosas más se movían en ella.

Me pareció blanda la tarde: era como si tocara unos senos a la orilla de un río.

—Yo lo he visto antes —dijo.

Mientras servía, y para espantar mi fijeza, preguntó refiriéndose al bulto bajo mi poncho:

—¿También es gallero?

En su tono había esperanza de que lo negara, por eso dio la espalda cuando asentí. Algo mío, sin embargo, descansaba en la muchacha. Pensé que siempre me había gustado tenderme en la hierba y oír el zuc-zuc de los pedruscos al caer a los esteros y ver las nubes por entre el ramaje.

—Los martes de feria atiendo la fonda —dijo abanicándose—, porque mi papá sale a reunir galleros.

Galleros, cohetes, la cercana muerte... Los minutos empezaron a alargarse como si los estiraran de las puntas, como en las grandes esperas. Porque sé qué cosa es el tiempo cuando se mide con rabia, cuando se arrastra buscando lo que odiamos, cuando el sueño es un resuello para recomenzar la búsqueda, cuando en la oscuridad los pasos crecen como animales que de la inmovilidad del acecho pasan a la contradicción para el salto.

En la trastienda hervía agua en una olla. “Allí sancocharán los gallos que resulten muertos”, imaginé con fastidio. Un vaho extraño flotaba en derredor. No sé de dónde venía al pueblo tanto humo. “Candelas de verano”, me dije, aunque podía ser una sensación de olor.

—Todo el día caen pavesas —dijo la muchacha cuando varias entraron por el portón—. Las quemas, pues. O estarán incendiando los cañaduzales.

—¡Helados! —pregonaron en una esquina. La voz soplaba como viento. Por la calle pasaban bultos blancos, negroides, mestizos. Ninguno de ellos reflejó a mi madre, a su silencio junto a la ventana, a mí mismo. El hombre gordo seguía atisbando a la muchacha. Cuando uno de sus pies echaba al otro el peso. Si pudiera gruñir, me habría gruñido.

—Pueblo raro —comenté por no callarme.

Alguien, lejos, tocaba un tambor. Recordé los cueros de res en las afueras, la barriga de las iguanas y de los caimanes, un perro con el buche inflado de muerte.

—Es un pueblo con maldición —dijo retorciendo el trapo—. *Él* manda en este infierno. *Él*, y el Sargento, y esta sofocación que no se larga.

El reverberar seguía llegando con el humo. Venía del tamarindo, del volcán, de los cohetes, de las piedras con matas de humo. Humo de verano. Candelas en las nubes tostadas.

—¿Quién es *Él*?

Templó sus labios para endurecer las palabras:

—El Cojo. Hace su voluntad en la fonda, en la gallera, en las ferias, en la comarca. Veinte años... —detuvo las palabras, la mirada se quedó un rato en el aire. Empujó una botella contra otra.

—Ya lo conocerá.

Personas invisibles hablaban de ganado, de las riñas, de asesinatos, de la sequía. Por una tapia asomaban dos muñones de cacto. El reflejo del sol hería en los techos de cinc, en los casquetes de botellas, en la pica del enterrador que amenazaba a un gañán con su mano ausente. La otra gallina se desperezó antes de escurrirse por un portillo.

—¡Helados! —volvieron a gritar más cerca, pensé que con mi propia voz. La lengua de la muchacha recorrió sus labios.

—Eran famosas las Ferias de Tambo. La gente no volvió, por tantos soldados y tahúres y matones.

Le noté un aire semejante al mío. Quizá su juventud atajaba una amargura que en otra edad la habría descontrolado. Le alcancé a ver un cinismo de ensayo, el de quien desea madurar y experimentar y decirse: “¿Esto era todo?” La sentía cansada de sus horas, del calor, del oficio, de tanta gente. Se suavizó al oír el canto.

—Siempre la misma canción. Está loco, el pobre.

—¿De qué enloqueció?

—De miedo, dicen. Tocaba en la Banda Municipal. Ahora no hay Banda.

Dos cohetes estallaron en el cielo amarillo.

—¿Miedo de qué?

Subió los hombros y mordió un mango que arrojó a un balde. Seguimos la trayectoria de la fruta.

—De Tambo, del volcán, del Sargento Mataya... Matan, hacen pesada la vida. El Cojo...

Cuando el mango dio contra el asiento del balde, aplaudió con un asombro infantil que borró al asomar una iguana por la puerta del fondo.

—¡Fuera, sapo estiraó! —dijo aventándole el trapo. Sonreí a su reniego—. De todas partes vienen iguanas, qué pesadilla.

—En el río tiré cascajos a una, y saltó dándose qué aires.

—Se creería un caimán.

Imaginaba que debajo de cada piedra y cada raíz se contraía un alacrán, que arañas y ciempiés se turnaban los chinchorros de los niños, que el tiempo se medía a retumbos de volcán. Las noches de Tambo deberían jadear como perros con fiebre, como yo estaba por hacerlo cuando advertí que la muchacha me observaba. Hice buchec de aire.

—Tambo, los otros, dan lo mismo. Hombres, pueblos, gallos...

Miró como si abriera una puerta. Quizá le interesó este actuar y vivir alejado de mi propia vida, este aspecto de: “Todo venía señalado”.

—Creo que lo he visto antes —recalcó.

—Nunca he venido a este pueblo.

7

-¿POR qué no sueltas la pica? —preguntó el padre Barrios.

—Desde que me botaron la mano... —dijo el enterrador mirando a ninguna parte—. Es mi nueva mano, ¿sabe?

El sacerdote contempló la plaza al empuñar el crucifijo. Tenía desconfianza. Tenía ganas de llorar sin saber por qué ni por quién concretamente. ¿Por los guerrilleros y soldados obligados al crimen? — “¿Me duelen en mí los pecados ajenos, o me duele ser pecador? ¿Sólo sufriré porque soy víctima?”

Aumentó la presión en el crucifijo al bajar las escalas. En alguna parte resonó el tambor.

—¿Por qué se oye a cada rato?

—Uno que tocaba en la banda y enloqueció. Le mataron a tres hermanos... Le dio porque aporreando el tambor llegaría la hora.

—¿Qué es la *hora*?

—Nadie lo sabe. Pero llegará.

En la calle, seguido por el sepulturero, sintió más pesada la soledad en su sombra.

—¿Por aquí, padre?

Lo siguió automáticamente. Abajo estaba la casa de Otilia la prostituta. Algunas personas extrañaron la dirección tomada por ellos.

Un farolillo de luz verde. Otro rojo. A entreabrir una batiente, por donde asomaba un rostro con máscara de cosméticos baratos y por donde salía furtivamente un viejo o entraba con desfachatez un gañán. Al través de la ventanilla se filtraban canciones de reclamo, insultos repetidos, carcajadas de suficiencia.

Al aproximarse el padre Barrios el portón se cerró ruidosamente y se interrumpieron las voces, pero alcanzó a oír el fru-frú de telas, carreras de pies descalzos, ordenación de muebles, puertas que ajustaban sus alas.

La ventanilla enmarcó el asombro de otro rostro pintarrajeado que luchaba contra la embriaguez y el sueño. Se cerró el visillo tras la exclamación:

—¡Dios Santo, el cura nuevo!

El sacerdote escuchó un diálogo que se colaba a la calle con la música, ahora en menos volumen.

—“No, Sargento Mataya.”

—“¿Por qué no? También es hombre.”

—“¡Bruto!”

Le dolió que lo consideraran hombre en esa forma, y más cuando la puerta dio paso al Sargento con un rostro feroz de amanecido. “Nunca pasarás de Sargento, Mataya”, —le había dicho Otilia—. “Aunque te asciendan, siempre serás el Sargentón. Pedro Canales es Capitán desde antes de nacer.”

Estaba peleado con todo el mundo. — “Para mí las peores comisiones porque no me da miedo, porque no soy casado, porque... ¿Estarán esperando a que sea el Capitán Cadáver? Cadáver... Canales... El otro es Capitán”.

En el sacerdote vio una víctima para su mal humor.

—Adelante, Padre, está en su casa... —dijo hipando con hostigosa amabilidad. Las palabras se plegaron en sus anchos pómulos, se llenaron de ojos asustados las rendijas. Y cuando la puerta volvió a cerrarse, el sacerdote alcanzó a oír el reproche de la mujer:

—“Sargentón serás hasta que Pedro Canales te liquide.”

—¿A dónde vamos, padre? —preguntó el sepulturero.

—No sé... —repitió a sus preguntas sin forma. Temía enfrentarse a la hosquedad de los hombres, al miedo de mujeres y niños.

—No sé.

Cruzaron la esquina, desde donde se veían unas casuchas con las que terminaba el pueblo. Abajo se destacaba el letrero de *El Gallo Rojo*. Una muchacha se recostaba contra la puerta, un hombre gordo vestido de blanco la miraba.

Hacia el cauce del río cruzó una mujer con un bulto encima. Parecía no tener cabeza, o ser ésta una cosa inmensa con trapos.

—Es María, la madre de José Miguel Pérez.

Día tras día del pueblo al río, del río al pueblo. Las gentes respetaban su dolor callado. — “Murió, no hay remedio”, — contestaba a quienes hacían referencia a José Miguel. — “Mi único hijo...”

—Buenas tardes, María —saludó el sacerdote.

—Buenas... —salió la voz por debajo de la talega, sin distinguir quien la había saludado.

—José Miguel tocaba la guitarra —habló el enterrador—. Nos caían bien sus canciones.

El sacerdote paró.

—Allí —dijo el sepulturero señalando una construcción de tierra —, es la casa del alfarero.

—Vamos.

—... Nadie como José Miguel volverá a tocar la guitarra.

*El Gallo Rojo*. Al sacerdote se le quedó grabado el letrero. Sólo leyó en su mente después de que el aviso había desaparecido. Se representó el cuadro de una muchacha en la puerta, comiendo una fruta, y de un gordo que no la perdía de vista. Y de alguien con cara

de idiota que salía por un rincón, embozándose con deliberada postura de misterio. Pensaba, probablemente, en la última película de capa y espada llegada a Tambo.

—Vamos a *El Gallo Rojo*.

Reaparecieron el letrado, las figuras de la muchacha y del gordo que la miraba con ojos viscosos, sus labios a medio abrir; disimulaba la papada con el levante de la cabeza, que le daba una altanería de encargo, una dignidad mofletuda, bastante lastimosa por el sudor, por...

Ante los visitantes la muchacha arrojó en un balde la fruta que mordisqueaba y frotó las manos en el delantal. Con el dorso del índice espantó un cadejo. El gordo cambió de pie para dejar al otro el peso del cuerpo.

—Señorita, buenas tardes —saludó el sacerdote. El manco traspasó el umbral.

—¿Me dejas entrar? —preguntó el Cura enjugándose la frente —. Hace calor en tu pueblo.

Exageró el sofoco para establecer cordialidad.

—¿Le provoca un jugo? —ofreció ella, nerviosa.

—Son dulces las frutas de Tambo —aceptó el sacerdote. Cuando vio en lo alto una cinta de papel inmóvil, hacia un espacio en el fondo, comentó:

—Algún niño...

—Allá queda la gallera —dijo la muchacha, contrariada.

—¿Te molestan las riñas?

—No deben matarse los animales. No deben matarse los hombres.

—¿Tu padre es gallero?

—Ha sido gallero. Está cansado pero no puede dejar el vicio.

—¿Por qué?

—*Ellos* no lo dejan.

—¿Quiénes?

—El Cojo, los pandilleros...

El sacerdote ocupó un taburete de cuero. La muchacha le llevó una tinaja con jugo.

—Bonita la tinaja —dijo el sacerdote.

—Me la regaló el alfarero. ¿Lo conoce?

El sacerdote bebió.

—¿Atiendes el establecimiento?

—Cuando mi papá va por gallos y galleros. Me chocan los clientes que vienen a pelear.

Mordió otro mango, le supo amargo y lo arrojó. El sacerdote siguió la trayectoria de la fruta y sonrió al verla caer en el fondo del balde. Ella dibujó un mohín de infantil alegría.

—Es lo que hago aquí —se disculpó.

Le atrajeron el aire cansado del sacerdote y los párpados tristes y las manos grandotas.

—De rajador de leña. De campesino —explicó él extendiéndolas. Ella se ruborizó.

—Es sabroso el campo —dijo—. Quisiera vivir en los páramos.

—Allá están los guerrilleros —observó el sacerdote.

—Allá está mi hermano. ¿Lo ha oído mentar? Es famoso Antonio Roble.

—Lo he oído mentar.

—El Sargento quiere matarlo, matar a los guerrilleros.

No encajaba al aspecto sombrío en su rostro añorado.

—Pero Antonio los burlará.

Frunció los labios, cerró el entrecejo, cruzó las manos en el busto.

—Quiero a mi hermano. Es serio, estudia mucho. Mi padre vive preocupado.

Tomó otro mango, volvió a colocarlo en el cajón.

—Es agradable oírte hablar —dijo el sacerdote. El enterrador se paró en la puerta que daba a la gallera. Sentía calor porque la cinta del techo no se movía.

—Quisiera hablarle a don Jacinto —dijo el sacerdote. Ella se acercó.

—Háblele, por favor, me da miedo.

Retrocedió al oír pasos con espuelas. El sacerdote se levantó. El enterrador, al salir detrás, rastrilló la pica junto a los que entraban en la fonda, acompañados por don Jacinto.

—Puedes irte —dijo éste apremiándola con las manos. Ella miró al párroco, esperanzada. El enterrador se le arrimó mientras el sacerdote hablaba con el dueño.

—Era sabroso vivir en las tierras frías, niña Marta. El volcán parece una chimenea desde allá.

—Algún día volverá a su tierra —dijo Marta. Cien veces lo había dicho.

—Cuando los guales se coman a los soldados y mi pica labre mil hoyos en la tierra caliente. Cuando Antonio Roble ataque de verdad. Su hermano va a ser el hombre, niña.

No le sonaba que unieran el odio al nombre de su hermano, pero la enorgulleció oírlo mencionar al lado del Capitán Canales.

—Mi mano cortaba árboles y sembraba —siguió el enterrador—. Mi mujer... Delante del niño la mataron en el Páramo.

Cien veces le había oído la historia que repetía para no dejar enfriar su odio. Por eso nunca abandonaba la pica, porque pica quería decir muerte.

—¿No le asesinaron a José Miguel? —siguió—. Hace falta en el pueblo el caballo de José Miguel. Hace falta la guitarra de José Miguel en el pueblo.

Ella se ensombreció. Recordaba unas canciones, los cascos de un caballo, una promesa vaga, cierto calor humano que la ponía cavilosa. Y las primeras redondeces en las carnes, y el primer temblor de senos recién nacidos, y el primer brío del sexo en la pupila. Y aquellas primeras voces, y aquellas esperas del primer ardor que en algo desembocaría. En una amable tristeza, quizás.

—Hasta luego, niña Marta. Me alegra que sea hermana de Antonio Roble.

Ella se inmovilizó para oír unas cuerdas de guitarra. Hasta que echó lejos el recuerdo:

—La vida es otra cosa. La vida es Pedro Canales.

Pero ante la extenuación de su padre se recuperó y salió a la calle mirándolo fijamente.

Desde su sitio el gordo de vestido blanco la siguió con ojos glotones. Por entre el humo del cigarro que encendía caminó ella en la mirada. Cuando los párpados se cerraron, ella desapareció.

\* \* \*

En Tambo, la casa del alfarero era la única sin puertas. Olía a tierra con sol. En la acera había trastos de barro, figuras zoomórficas,

extrañas raíces de greda.

—No hay donde llamar —dijo el sepulturero.

El sacerdote se agachó sin necesidad al pasar bajo el dintel. Lo confortó el ambiente austero, la unidad de la materia. Al fondo, donde el patio se hacía horno y repisas, un hombre formaba telas de greda. Era lo único que en él se movía.

—Buenas tardes —saludó el sacerdote.

La cabeza del hombre parecía hecha de tierra.

—Dios fue el primer alfarero... —siguió el sacerdote. Las manos continuaron amasando.

—... Del barro formó al primer hombre. —Tomó dos figuras—. Me hubiera gustado ser alfarero.

Las manos del alfarero se aquietaron sobre la tela de greda. Se aquietaron los ojos en un ribete de la sotana, en el Cristo de bronce. La voz fue parte de esa quietud:

—El hombre quedó mal hecho.

Parecía que hubieran hablado sus manos, o una de las vasijas.

—... Y Dios lo hizo de barro. Dios.

El sacerdote se desconcertó.

—Son perfectas estas vasijas —dijo.

Las manos del alfarero animaban la arcilla.

—Mala greda es la del hombre, padre Barrios. ¿Quién es capaz de manejarla?

—Las almas son más hostiles que el barro suyo —dijo el sacerdote. Con la pica el manco señaló un conjunto de trabajos en el entarimado.

—Acaban de salir del horno.

El sacerdote se acercó.

—Es agradable saber que el barro se mete en el horno, como el pan.

Tomó un pedazo de greda y amasándola pensó en los oficios que le gustaría desempeñar —carpintería, alfarería, albañilería—, para regresar a su infancia: era un recurso desde que decidiera matricularse en el Seminario.

Olor de tierra, eso recordaba. De tierra seca en los veranos, de tierra mojada en los meses de lluvia. Y entre el olor de la tierra la voz labriega de su padre. — “Sufrirán estos retoños de maíz.” —

“Pasarán las lluvias.” — “El buen tiempo calentará las matas.” Lo veía frotarse las manos para acompañar la voz dirigida al firmamento. — “Miren aquella cerrazón de nubes: lluvia caerá en cosa de horas.” Luego congregaba a sus hijos para decirles: — “Es provechoso recibir las primeras gotas”. Y salían al chaparrón que les mojaba la cara y las camisas. En sus acciones había algo de ritual. La madre comentaba para sí o para la hija mayor: — “Los hombres...”, e iba a sacar las únicas mudas de la cómoda olorosa a membrillo. De regreso en el corredor su padre remachaba con parábolas de ingenua filosofía: — “¿Ven aquellas ramazones? ¿Observan que son más hermosas las que se explayan? En esas ramas tendidas cantan los pájaros. Porque los pájaros no cantan en las almas ambiciosas”. Les agradaba trabajar durante el día y regresar vegetalizados, con sudor y lianas selváticas. Hablaban poco pero entendían cada silencio, echada hacia adentro la mirada, o hacia la voz del padre cuando decía, con la plenitud de los compenetrados: — “Tú ayudaste a sembrar este café que tomamos, Ernesto; tú, Pablo, sembraste los colinos de plátano en la cañada, ¿no te saben mejor? Tú, Rodrigo, trajiste de *La Azuleja* los pepinos y los naranjos retoñones; esa tarde llovía pero llegaste alegre sobre el caballo empapado... Desde ese día te hiciste grande...” Era hombre simple su padre, y eran simples aquellas verdades. — “Es sabroso saber que a uno lo hicieron de tierra.” Porque la quería con fuerza de río desbordado capaz de volverse manso en los esteros. Nunca vio a nadie como él, tan hombre y tan de la tierra. Su mujer, sus hijos, su maizal, sus matas de café y cabuya, el perro, el macho, hacían de su mundo un mundo bueno. Cuando las frases eran inútiles alguien tomaba la guitarra. A veces cantaba una canción. O no la cantaba. O decía cuentos de brujas y animales montaraces. La tarde se metía en el silencio impregnado de resinas, convertido en música sin pretensiones como aquella vida al acecho de los primeros retoños.

El sacerdote puso junto al horno la pelota de barro.

—Queman todavía —dijo el alfarero tocando una escudilla—.  
Son para las mujeres de la Casa de los Faroles.

—¿Para quiénes? —preguntó el sacerdote.

—Para las de la casa prohibida.

El alfarero contempló al párroco porque esperaba un sermón.

—... A Otilia le gusta mi trabajo.

—A mí también —dijo el sacerdote. El sermón no llegó.

—Otilia no es tan mala como opinaba el cura Azuaje. Viene a verme trabajar horas y horas, se sienta y amasa barro, por amasarlo o por formar una cabeza de niño.

El sacerdote escudriñó.

—Su casa es tranquila.

El manco señaló con la quijada al alfarero. Y dirigiéndose al sacerdote en un tono que éste no le conocía:

—La otra vez me dijo que al morir lo enterrara en el hueco de donde saca su barro.

—¿Por qué no? —explicó el alfarero—. Algún día otro amasador hará de mí sus cacharros.

—Será dócil esa arcilla —dijo el sacerdote.

—¡Eh, alfarero! —gritó una voz de mujer desde la entrada—. No pude dormir anoche. ¡Ese Sargento y sus muchachos!

—Viene Otilia —dijo el alfarero—. Está contenta con sus trastos.

—“Adivina quién estuvo frente a mi Casa de los Faroles”, continuó la voz. El padre se sentó al lado de las vasijas, tomó una.

—Quema todavía —habló.

—¡Santo Dios! —exclamó la mujer al verlo y retrocedió con ganas de correr.

—Aquí le tengo sus trastos —dijo el alfarero. Ella retrocedió más quitándose con un trapo la pintura de los labios hasta dar su espalda contra el muro. Y más que de ella, de la sensación de ser animal acorralado vino la dureza:

—Estoy cansada de prohibiciones, de excomuniones.

Se apretó más contra la pared con el objeto de apretar el diálogo.

—... Estoy cansada de vivir, ¡míreme no más! —y se mostró como quien muestra una llaga. Un ligero temblor hizo lastimosa su presencia. Y el convencimiento de que inspiraba lástima le dio valor para la ira:

—¿Quiere oír una historia de las que inventamos nosotras para hacernos víctimas? Pues no, en mí no hay historias tristes.

Buscó salida con la mirada.

—... Lo triste es la vida. La vida es una vieja haraposa.

—La vida podría ser dulce —dijo el sacerdote—. Depende de lo que le echemos.

Apretó el Cristo para ahorcar la retórica.

—La vida es las cosas que viven, es la persona. No hay por qué culparla.

Otilia miró al alfarero.

—Volveré más tarde... —balbuceó.

—Aquí están sus vasijas —dijo el sacerdote. La contempló de nuevo. Ojerosa, de carnes aún firmes. Como todas ellas, un día tuvo algo hermoso.

—Prosiga, Otilia.

—El nuevo párroco es amigo —dijo el enterrador.

—¿Sabe, padre? —habló el alfarero—. El Cura Azuaje le prohibió entrar en la plaza. Para venir aquí tiene que bordear medio pueblo. Porque lleva el diablo adentro, dijo en el púlpito.

—A todos nos molesta un diablo. Empuja mucho a Dios... —dijo el sacerdote sobando el trasto—. Está caliente —agregó extendiéndolo a la mujer. Ella lo tomó, desconfiada.

—¡Pero si arde! —exclamó, poniéndolo rápidamente en un aparador.

—Arde —dijo el sacerdote—. Como el pecado.

El silencio fue como si alguien cantara lejos.

—Debe ser admirable trabajar con esta tierra.

Se levantó, revisó las paredes.

—No deberían cubrir la tierra con pinturas. Es tan fresca, tan humana... Y allá, ¿qué hay? —preguntó señalando una tapia tras la cual asomaban ramazones.

—Algarrobos, padre, y cañafístulos. ¿Quiere verlos?

Era también la del alfarero la única vivienda cuya huerta tenía árboles grandes, y un vivero.

—Demasiado crecidos —dijo el sacerdote—. Los trasplantaremos en convite.

—¿Trasplantarlos de este tamaño? ¡Si ya casi echan flores!

—Más rápidamente habrá en Tambo un parque.

—Padre Barrios...

—Haremos un almacén adecuado, alfarero. Destinaremos las personas necesarias para cada árbol.

—¿Con pájaros y todo?

—Si no se vuelan, sí.

—Vea que hay hombres raros...

—Dicen que mi padre era raro.

—Pues lo tuvo a usted de hijo.

—Era todo un hombre.

El recuerdo de su padre, como siempre, le inmovilizó. Y al verle el alfarero esa expresión de lejanía, que daba otra mansedumbre al viejo rostro aindiado, entró en un cuarto y salió con dos platos y dos tazas.

—Recíbamelas, padre.

Las manos del sacerdote se abrieron, brillaron los ojos bajo los párpados caídos

—Serán mi vajilla.

Movió los labios antes de hablar.

—No es tan mal alfarero Dios.

El alfarero sonrió por única vez. La mujer seguía replegada.

—Desde hoy —le dijo el sacerdote—, puedes ir a la plaza y a la Casa Cural.

La señaló con el índice.

—Pero sin el Demonio.

Comenzó a deshacer el camino palmeando los muros de tierra.

—Gracias, alfarero —dijo y salió seguido por el enterrador, por la sombra de la pica, por su propia sombra en el suelo caliente.

## 8

LA muchacha caminó con paso lento, largo, de jaguar al mediodía. Fue sensual su mirada, su desperezamiento, el ceñirse de la falda contra los muslos. Y su aire inexperto:

—¿Ha viajado mucho? —preguntó dando una vuelta. El gordo de enfrente echó atrás el sombrero.

—Desde los doce años.

—¡Doce años! Ni gitano que fuera.

—Busco a un hombre.

—Debe quererlo mucho para buscarlo tanto.

—O aborrecerlo. —Apreté el cuchillo—. Lo voy a matar.

No le sonó esto. Harto de odios vivía Tambo para hablar de nuevos odios.

—Usted no es asesino.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo huelo en el aire. —Sonrió—. Yo huelo la muerte. Ahora huelo los pasos de la muerte que viene caminando.

—Yo también huelo la sangre.

—No es la sangre. Es la muerte.

La muerte venía en las espuelas de *Aguilán*, venía en mi cuchillo. La muerte de otros. La mía podía acercarse en una bala, en otro cuchillo.

Volví atrás un minuto. Cien caminos recorrí, cien más en busca del desconocido. Llanos, colinas, cerros. Desde cada cerro veía más lomos cordilleranos. Y cada lomo cordillerano era como un inmenso vuelo de montes.

—¿Ha estado en los páramos? —preguntó.

—He vivido en páramos.

—Deben ser buenas las tierras altas.

—Son.

—Suena sabroso la palabra *páramo*. Es fría.

Miró al gordo, infló sus carrillos.

—Los viejos dicen que Tambo era alegre. Desde que me conozco, Tambo es Tambo.

Noté detrás de las palabras algo que su pasado le dictaba, irremediabilmente suyo. Su actitud era producto de una lucha en que no sólo intervenía su hermano.

—Yo también sé qué cosa es odiar —dijo. Echó una ojeada al gordo, otra imaginaria a los personajes de Tambo. Mandó adentro la mirada.

—Son cerdos.

Nunca pregunté más de lo necesario porque nunca se encuentra la respuesta que quieren dar ni la que uno busca. Siempre hay secretos más allá de las afirmaciones.

—¿Ha oído hablar de José Miguel Pérez? —continuó, sobando otro mango.

—¿Quién era?

Una mano puso la fruta en la cuenca de la otra, bajó las pestañas.

—Tocaba la guitarra.

Yo no sabía quién fuera José Miguel Pérez, ni ella lo iba a contar. Sólo dijo antes de arrojar el mango en el balde:

—Compró un alazán.

Las palabras la endurecieron.

—Lo mataron una noche.

Se olvidó de mi presencia porque añadió cosas que yo no entendía:

—“Tiene en la frente un lucero. Tiene crines largas. Tiene blanca una pata delantera. Sonó feo el cuerpo al caer del caballo contra las piedras de la Alcaldía.”

Se blanquearon los nudillos de los dedos al apretar el mango.

—Pudimos habernos vengado —dijo.

—¿Por qué no se vengaron?

—Porque así nunca se acaba, porque me da miedo, porque ya no importa.

Acomodó ruidosamente en un cajón varias botellas, señaló el Páramo.

—... Los de allá contra los de aquí, los de aquí contra los de allá. Todos los días inventan motivos.

Tomó aspecto de persona con recuerdos amables.

—¿Qué tenía José Miguel? —pregunté.

—Esas cosas no se saben pero una las siente.

—Es verdad.

—Trabajó en esta fonda, de niños jugábamos en los higuerales. ¿Nunca ha cogido higos en los vallados? A veces se encuentran culebras cascabeles entre los higuerales. José Miguel me regaló una.

—¿Una cascabel viva?

—Me gustan las culebras bonitas y bravas. Tomaba leche y comía huevos y uvitas de monte.

Sonrió al recordar la lengua bífida, aquellas antenas negras que vibraban como culebritas gemelas en la boca de la cascabel. Tiró al balde otro mango.

—Esto hago, pues.

Distendió el labio inferior, los dientes brillaron.

—Cuando hay nubes me entretengo en dibujar con ellas a los tipos de Tambo.

Trató de buscar una nube para demostrar su juego. También yo había hecho lo mismo a campo raso, pero las nubes sólo dibujaban gallos, un mantel, puños cerrados, el fantasma del desconocido.

—No hay nubes en este verano —dijo—. Sería bueno formar animales con ellas.

Elevó una mano al cuello, los dedos recorrieron sus venas.

—¿Conoce bisontes? Cuando hay tempestad formo bisontes y anacondas y dantas. No las conozco pero me gustan sus nombres. Cuando hay relámpagos, en las nubes salen muertos.

Quitó del cuello la mano bruscamente.

—José Miguel tenía veinte años —dijo.

—Y tocaba la guitarra.

Los dedos regresaron al cuello, apacibles.

—Me decía que algunas noches las mariposas la pulsaban. Otras veces eran los duendes. Los duendes bailan con la música de cuerdas.

Tarareó a un imaginario danzar de duendes, echó al aire una pelusa, la sopló como besando el aire.

—¿Usted se ha enamorado?

—No.

—¿Ni un poco?

—Odio a una persona.

—Odiar no es gran cosa. Yo también sé.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Yo veinticuatro.

—Y la mitad buscando un hombre.

—Hoy lo encontraré porque lo voy a matar.

—¡A matar!

—Para eso nací.

—¿Él viene a las Ferias?

—Ya debe estar en Tambo.

—¿Lo conoce?

—Hoy lo conoceré.

—Me da miedo su manera de mirar.

—¿...?

—Mira como si sufriera mucho. También huelo el sufrimiento.

Nunca había pensado en el sufrimiento porque todos mis impulsos se confundían con la obsesión de vengarme. Sufría desde que tuve conciencia de la situación de mi madre. De mi madre recuerdo sus ojos que se apagaban al hablar y una sonrisa dormida, hacia algo que ya no veía y que trataba de ser olvidado definitivamente; recuerdo su bondad silenciosa, la apacible manera de defender su soledad, su frente donde se arrugaba el pensamiento que la hizo sobrevivir a ese pasado fugaz que fue su único presente. Yo sufría desde niño.

La muchacha regresó al aire preocupado.

—Allá está mi hermano, Antonio Roble. ¿Lo ha oído mentar?

—He oído algo.

Subió al cajón, estiró una mano y saltó. Sus senos brincaron levemente, como asustados.

—Allá está Pedro Canales.

Se ruborizó, no sé por qué. Alzó el busto y la cabeza con un remoto afán de extraviarse. Viéndola sentí el buen sabor de la música en las tierras altas, parecida a viento y a lluvia sobre los árboles.

Al servirme, le noté en brazos y manos las señales del trajín casero: uñas gastadas, pequeñas cicatrices de quemaduras de la plancha, dedos fuertes de escurrir ropa, barrer y fregar. Me trajo la sensación de esa vida común en que el día es trabajo y descanso la noche, en que cada hora tiene su sabor y su oficio incambiable. Lo que esas manos tocaran se convertiría en hogar.

—Esta tienda es de mi padre —dijo—. Mi padre fue el mejor gallero de la región.

Algo se sacudió en mí violentamente.

—Sí, es raro que lo haya hecho venir —empezó el sacerdote—. Necesito su ayuda.

—¿No le basta con la de Dios? —dijo el hombrón con acento incisivo.

—Usted puede ser el camino señalado por Él.

El sacerdote colocó el índice en el descolorido prontuario, cambió de rumbo:

—En su declaración a la Hacienda Pública, obligatoria para usted...

Revisó las laderas enmarcadas por la ventana.

—... Pero si declarara ante Dios, el saldo rojo... ¿Ha pensado en la salvación eterna?

El Cojo miró el firmamento por sobre el hombro.

—¿Qué importa si me salvo o me condeno?

El sacerdote siguió mirando los repechos de la montaña.

—Dios lo vigila, don Heraclio.

—¿Me cree tan importante para que Dios viva pendiente de mí?

—Es importante el alma de cada uno.

Arreció el tono de inutilidad.

—Todo lo que hagamos, malo o bueno, vuelve a nosotros mismos.

Con una mano castigó la retórica.

—... La vida no da, la vida retorna. Y cobra intereses de usurero.

El Cojo se adelantó para abreviar:

—Dígame, padre Barrios, ¿quienes no han pecado son buenos? —Tosió satisfecho—. No he conocido uno solo. Creerse bueno debe ser un pecado escandaloso.

“Tal vez sea orgullo querer parecerse a Cristo. Pero es deber imitado en busca de la perfección para ser bondadoso, no para envanecerse de haberlo obtenido.”

—Todos hemos pecado —dijo.

—¿También usted? —simuló interés el Cojo. Los párpados del sacerdote recogieron un recuerdo.

—De niño maté un sinsonte con una honda.

Contempló las manos ahuecadas.

—Desde entonces está muriendo en mí su cuerpecito emplumado.

Se cerraron las manos a la ausencia del sinsonte. Don Heraclio dijo a la inmovilidad del sacerdote:

—¡Por un sinsonte!

—El remordimiento es expiación, pero mi remordimiento es incapaz de devolver aquel silbo.

Algo en don Heraclio se abría, refrescándose.

—Es un sentimiento enfermizo —habló.

—¿Cree usted que tenemos derecho a hacer daño? No ya a un sinsonte... Digamos, a nuestros semejantes.

—Como los de Dios, sus caminos son impenetrables —dijo la desconfiada marrullería del Cojo—. ¿A dónde quiere llegar?

—Estoy seguro de que le remuerden sus actos porque dañan con premeditación. A otros no los mancharían, no distinguen... Pero usted...

—Soy un hombre. Simplemente un hombre.

—Que vive en el pecado.

—¿Qué pecado, padre Barrios? Si pecado es quebrantar las leyes de Dios, yo no he reconocido esa legislación.

—Aun prescindiendo de ella, sabemos del bien y del mal.

—¿Lo cree usted? —sonrió para un exabrupto—. Inocule tifoidea en una persona sana y nunca más tendrá tifo; inyecte un pecado en el alma, y esa alma nunca más sufrirá el pecado. El primero fue el único que cometí: los demás no lo eran pues el alma se hizo fuerte y los combatía, no rehuyéndolos sino exterminándolos al cometerlos.

—Supongamos que el cinismo sea su método —condescendió el sacerdote—. ¿Qué me dice, por ejemplo, de las mujeres a quienes incitó a pecar? ¿No les dañó su conciencia?

—Por lo menos tienen a quién endosar la culpa; es tranquilizante sentirse víctimas.

—¿Disminuye eso el daño? —Dio vuelta a un certificado de defunción—. ¿Y qué me dice de los despojados? Aquellas montañas pertenecen a campesinos sin protección.

—Pagué por sus propiedades.

—El precio que les impuso.

—Nadie más las habría comprado.

—Porque ustedes manejan la violencia.

Los labios temblaron sin sonido hasta que se dejaron oír:

—Un hombre puede ante los demás disculparse de sus errores.

Pero, ¿ante sí mismo?

—Confiamos en la misericordia de Dios...

Con el bastón el Cojo formó arcos jugueteros.

—Si arrastramos a la miseria a esas gentes, sabemos que Dios tiende la mano a perseguidos y miserables. Al acosarlos les abrimos las puertas del cielo.

—Están haciendo de ellos fieras acorraladas, criminales también en garras del diablo.

—Yo no me hago ilusiones, sé desde niño que el hombre es animal de presa. Y no trato de disimularlo.

—Sí, destruye cuando se le arrebató, cuando se siente amenazado.

—Animales ellos, animales nosotros.

—Pero ellos son las víctimas. Y si ustedes no temen a Dios, teman de aquellas fieras su desquite.

Sintió que en ese momento era copartícipe del odio. — “¿Mi calidad de sacerdote tiene que contradecir mi calidad de hombre? Si somos solidarios en la miseria de los humildes, ¿no debemos ser también solidarios en su venganza?” Tuvo temor de su impulso, justificó en voz alta:

—Porque el hombre es el único animal que no perdona.

Soltó un lápiz sobre la mesa.

—Y ustedes lo han herido demasiado.

—Según entiendo, el sufrimiento es el lazo que más nos une a Dios. ¿No los alejamos de Él si les suprimimos el sufrimiento?

Lo miró triunfante al ver que no podía encontrar rápidamente una respuesta eficaz.

—Quien razona así es un poseso del Demonio.

Estuvo a punto de echarlo, pero eso no produciría una reflexión regeneradora. Comprender la obstinación, dosificadas mansedumbre y severidad para no hacerse cómplice. Si como sacerdote guardara rencor al pecador... No, el sacerdote sólo debe

odiar las virtudes repugnantes, la proyección del pecado en los seres bajo su custodia.

Don Heraclio oyó la respiración asmática, difícil como esa vida pendiente siempre de algo, buscándose dificultades por su manía de cambiar el mundo.

—Acaba de mencionar el sufrimiento como el camino del cielo —dijo el sacerdote—. También puede ser el del infierno.

Trazó círculos con el índice en la mesa.

—¿Piensa que odiando a todo el mundo destruye ese vacío de no ser capaz de amar a una sola persona? Al pecar trata inútilmente de llenar sus lagunas.

Lo miró con rectitud pacífica, sin parpadear.

—Usted debe de ser un hombre desesperado.

Los labios adquirieron inmovilidad.

—Me pregunto si el pecado en hombres de su clase no es una forma del sufrimiento.

—¡...!

—No sé si llamar compasión lo que me inspira.

El rostro de don Heraclio fue una pausa para que el otro siguiera.

—Parece que quiere vengarse por desesperación.

—¿Vengarme contra quién?

—Contra usted mismo. Contra Dios.

“Hay una hora en la vida” —pensaba temerosamente—, “en que el ser humano aborrece a Dios porque Él conoce sus secretos, es señor de la vida y la muerte. Nada conturba más que aquello que nunca podrá ser dominado y ante lo cual es irremediable presentarse sin atavíos, baja la frente y quebrado el humano orgullo. La lucha entre esa brizna petulante que es el hombre y aquel poder nunca vencido. Pero cuando lleguemos a entender que somos parte de esa Divinidad; que somos reflejo y manifestación de Su poder; que, en cierta forma, somos los consentidos... Señor, sosiega mi lengua, dame el privilegio de callar mi ignorancia...”

—... Pero el sufrimiento no es sentimiento impar: el que se venga hace sufrir, y sufre por ello. Y no se detiene ya, porque toma su propio sufrimiento como castigo de la venganza que ejerce... Una cadena infernal.

Sin borrar un rictus de truhanería, el gamonal preguntó:

—¿Me condenaré entonces, padre Barrios?

—Está condenado mientras no restituya lo que malamente adquirió.

Apretó el Cristo en sus dedos.

—Y es larga la eternidad del pecador, la justicia de Dios no tiene afanes.

—Nací hace cincuenta años —don Heraclio tomó la superficie —; según usted, estoy condenado al infierno por toda la eternidad. Es decir, mi eternidad comenzó hace cincuenta años. —Su bastón hurgaba en una escoriadura—. Los que pecaron miles de años antes con idénticos pecados, ¿salieron perdiendo? No dejó de sonreír al pensar que la eternidad del castigo de ellos es varios miles de años superior a la mía.

Una luz amarilla le titiló en un ojo. El sacerdote bajó la vista.

—Es ingenuo medir con nuestro calendario el infinito.

Le temblaron las manos, pensó que cada cual existe desde siempre en la mente de Dios.

—Mala medida es la del hombre para medir la eternidad. Pero el castigo que usted sufra no reparará el daño. Sólo en sus manos está, por eso le pedí que viniera.

Mientras las palabras mendigaban, dentro indagaba su segunda voz. “¿Es que tengo caridad o simple capricho de justicia? ¿Busco la tranquilidad para los acorralados o busco tranquilizarme porque ellos me desazonan? ¿El dolor está en mí o en la cosa que hace que yo me duela? De tanto oír miserias, los sacerdotes no sentimos compasión. O nos familiarizamos demasiado con Dios, y por creernos Sus amigos personales llegamos a mirar con desdén al hombre, Su criatura, o a soportarlo con afecto impersonal, o a cobijarlo con amor supersticioso. ¡Si pudiera comprender de dónde vienen mis decisiones! Nadie alcanza sus más remotas raíces”.

—Salvar el alma es fácil cuando se tiene dinero —dijo don Heraclio socarronamente—. Unas cuantas obras pías antes de morir, arrepentimiento de la mala vida pasada, testamento para comunidades religiosas... No chirriarán al abrirse las bisagras del cielo.

El sacerdote quiso no escuchar. Infierno... El infierno debe ser la eternidad de nuestros errores; el acto convertido en remordimiento, repetido hasta la eternidad; la impotencia irremediable para rectificar, para rehacer, para castigar o recompensar... La certidumbre de que pudimos burlar el destino, y no lo burlamos. El sentimiento de la fatalidad implacable...

—Habla del alma como si se tratara del cuerpo en una sucia operación de limpieza.

El Cojo preguntó con un interés de cortesía

—¿Y lo que otros curas predicán?

—No sé qué cosa de lo que predicamos toma usted para acomodarla a su conveniencia. —Se desgonzaron las comisuras al ritmo sermonesco—. En este asunto de la salvación el hombre estará completamente solo. Al extremo vigila Dios, que guía nuestros pasos o los pulveriza. No le valdrán Cirineos de oro, don Heraclio. Chirriarán las bisagras del cielo.

El hierro del bastón rayó una tabla del piso.

—Padre Barrios, Dios tiene más condiciones que un tute. Con razón vive pesimista la gente.

—Si entendiéramos y adivináramos todo seríamos iguales a Él. Pregúntese por qué la sociedad y los gobiernos imponen leyes, por qué castigan a los transgresores, por qué...

Calló, molesto de verse obligado a decir simplezas y porque el otro, con silencio divertido, daba a entender que las captaba.

—Padre Barrios, me parece que para nuestra salvación Dios escogió el método más impracticable.

Paró en seco, su bastón acorraló al sacerdote. Las palabras eran índices puntiagudos, como su bastón.

—¿Y si al morir dejara a la Iglesia mi fortuna?

—Salvaría probablemente a otros; creo que usted se condenaría. Es bien poco dar lo que se tiene. Darse uno mismo, totalmente, es el único ofrecimiento digno.

—¡Casi nada!

—La caridad, don Heraclio, es una actitud permanente de corazón desprendido. Le aseguro que, como negocio de usurero, el de la caridad es rematadamente malo.

—¡Ustedes lo enredan todo! —dijo don Heraclio, oyéndose cuidadosamente para sacar de sus palabras el enojo—. Nunca me han gustado los curas.

El sacerdote respondió tímidamente:

—A veces a mí tampoco. Apenas somos hombres...

Llevó pulgar e índice a los párpados.

—Si con decir que yo no le gusto a usted o que usted no me gusta a mí se compusieran las cosas... Pero la humanidad es más complicada que eso, don Heraclio.

Miró hacia la plaza, por donde subían cuatro señoras. La visita a Otilia había revolucionado al pueblo.

Las señoras se detuvieron junto a los hoyos que algunos penitentes ahondaban.

—¿Sembrarán árboles crecidos en esos hoyos? —preguntó don Heraclio, levantándose.

—Los de la huerta del alfarero.

Señaló el tamarindo.

—... Está muy solo el tamarindo, es un árbol trágico.

Don Heraclio apretó la quijada, apretó los dedos en el zurriago, se templaron agriamente los maseteros.

—¿Qué le han dicho?

El sacerdote sacó el labio inferior, no sabía por qué hizo el comentario. Tuvo que decir:

—Que de la rama gruesa colgaron a un hombre hace veinte años.

Todo se templó ahora en don Heraclio para un estallido, palidieron las dos arrugas de su frente. Y como nervios que revientan salió la voz:

—Padre Barrios, se llamaba Juancho Lopera.

—Eso oí decir —dijo el sacerdote sin conceder importancia a la tensión del gamonal.

—¿Qué más? —volvió la voz que venía de lejos, de un oscuro pasado.

—Que la rama al crecer tapó el alambre. Ayer vi una punta que sale por la corteza. La rama tiene su cicatriz.

En las arrugas de la frente del Cojo Chútez el padre vio un formidable misterio. Y en las frases:

—Era alambre de púas. Y si Juancho Lopera viviera todavía, esa misma rama lo estaría esperando.

El rostro apareció más moreno y sombrío. Pero se repuso, dio un golpe de bastón y cambió el tono:

—Debería ir a las riñas de gallos.

—¿Por qué a las riñas?

Los índices del Cojo remedaron espuelas.

—Los gallos enseñan a vivir.

—¿Peleando, don Heraclio?

—Ésa es la vida, la que dice el gallo fino: me matas o te mato.

El sacerdote le fijó otra vez la mirada con agresiva mansedumbre, la fijó en las señoras que llegaban a la casa cural.

—No veo por qué tanto empeño en desacreditarse.

El Cojo se dispuso a salir. Y oyendo en las escaleras el taconeo dijo zumbonamente:

—Le llegarán la señora del Alcalde y sus muchachas... Las notables del pueblo están que arrojan chispas. Los párrocos anteriores sólo visitaban a las personas importantes, usted empezó por *El Gallo Rojo*, el alfarero, Otilia la prostituta...

El bastón redobló en el enchambrado.

—Más tarde continuaremos, padre Barrios. Tambo está dispuesto a oírlo.

Pero al entreabrir la puerta volvió el cuello de toro:

—Aquí hay dos clases de feligreses: los que ven en la religión una tienda de comestibles, y los que la toman como Agencia para engañar a Dios y colocar almas en el Paraíso.

Las botas y el zurriago en las escalas absorbieron los ruidos; cuando éstos se perdieron en la acera, el padre Barrios captó esos silencios de exasperante lentitud en que el tiempo toma forma de insectos ocultos que corroen, de larvas en los huecos de las vigas, de moho en el metal de las cosas; ese tiempo que se medía por el canto de los gallos y alargado en el chirrido de una silla mecedora sobre la que alguien trataba de espantar el calor. Y el olor a jabón ranurado, a rincón de alacena, a guantes y estropajos y envoltorios olvidados en algún cuarto de San Alejo.

Y en el aserrín de la broma al pie de las maderas carcomidas, y en las antiguas manchas del raído papel mural, el sacerdote imaginó

escenas bíblicas que la carencia de fe hubiera ido borrando.

10

AGUILÁN también se conmovió a la presión de la mano. “Mi papá fue el mejor gallero...”, había dicho la muchacha.

Y al oír que algunas personas se acercaban, mi cuerpo se enfrentó a la puerta, menos los ojos, que buscaban signos familiares en la joven. Sólo cuando el ruido estuvo a pocos metros, retiré de ella mi vista. La suya me seguía, en guardia. Escuchábamos el brillo de las espuelas en las piedras, el cambio de los pasos: sobre el chasquido de los cuescos de coco, sobre la acera. Pasos pesados contra el maderamen, a la sombra.

Bajo los sombreros diez rostros fueron llenando el establecimiento. Parecían empotrados en el sonar de los tacones. La sensación de humo aumentó con sus cigarros, con las rodajas de sus espuelas que sacarían chispas si chocaran en unos ijares.

Iban acomodándose con lentitud sin perderme de vista aunque dieran la espalda. “Les habló el enterrador”, pensé al verle el muñón en el filo de la pica. “Les habló el del potro manchado”. Entre el quejido del tambor los ruidos fueron transparentes: vasos contra vasos, vasos contra el cuello de la botella, el gorgoteo, un cañón de revólver contra un vaso.

—Te puedes ir, Marta —dijo a la muchacha un cincuentón de pelo hirsuto cortado casi al rape, y ocupó los estantes con movimientos de ansiedad reprimida. El sudor resbalaba en pequeños arroyos.

Llevé el pañuelo a mi frente, aliviado porque no podía ser ése el tipo a quien buscaba. Tenía cuerpo de vieja, blandengue, y probablemente lleno de anchas arrugas carnosas. Cuando Marta retiró mis trastos susurró:

—Quiero que gane su gallo.

Y por lo bajo, refiriéndose al grupo:

—Son matones.

Con una lezna abrió agujero a un coco descaparazonado, le introdujo un popillo y me lo dio.

—Para el calor de Tambo.

Bajo mi poncho apretó una mano que no existía.

—¿Hablaemos después? —le pregunté señalando vagamente el cañaduzal. Ella ladeó las pestañas, creo que ofendida, y salió a la calle. El gordo la siguió con mirada de hambre.

Cerré los ojos para oír mejor sus pasos. Mi mano pasó del cuchillo a las plumas de *Aguilán*. Sobre ellas aprendían a perdonar viejas historias.

Afirmé el coco en una taza para que no se derramara el agua. Hundí el popillo en el agujero, sorbí.

—¿Qué trae escondido, forastero? —dijo insolentemente alguien, alto, pálido, de grandes bigotes que parecían artificiales; su diente de oro se veía como parte del bigote; su rostro intranquilo revelaba un invisible rebullirse a pesar de su quietud aparente, como si la muerte le caminara en el estómago.

—Un gallo de pelea —contesté con ganas de levantarme para seguir a la joven. *Aguilán* se rebulló entre los pliegues. Estaba acostumbrado al poncho de tela, agilizado su cuerpo en los caminos. Otros gallos no aguantarían la fatiga, los sofocos, el régimen de los míos. Pelearían sobre un reguero de brasas. Creo que a éste, el mejor de los *Aguilanes*, le hacía falta el olor de mi cuerpo.

Los de la pandilla removieron sus taburetes. El de bigotes ahumados hizo girar en el índice derecho un revólver.

—¡Helados! —gritó un negro que arrastraba su carretilla blanca y sucia. La voz subió como otro cohete de feria. El vendedor pasó de largo al ver los buscapleitos. No pensé: “Va un negro vendiendo helados”, sino: “Lo chamuscó el sol”. A izquierda y derecha dos niños con tirantes en bandolera se apresuraban para no perder el olor de los helados. El negro gritó:

—¡De piña, de banano, de curuba! ¡Helados para el gran calor de Tambo! ¡De mora, de sandía, de limón!

Sorbí más agua de coco. Los niños humedecieron los labios con la saliva y el zumo de la palabra limón y siguieron al negro. A la vista de los buscarruidos curvaron su camino. Las sombras no tocaron el quicio de *El Gallo Rojo*. A pocos metros volvieron la cara y aceleraron el andar. Únicamente al doblar una esquina el negro

soltó el pregón como una tinajada de agua sobre carbones al rojo. Y con el pregón, el golpe de un palo contra los cueros de res.

—Dice que trajo un gallo —embromó el de bigotes ahumados rayando los corvejones con su espuela. Los otros aflojaron el barboquejo, empujaron atrás los sombreros y dejaron las manos cerca de cualquier empuñadura.

—Pocos machos veo en Tambo últimamente.

—Habrán muerto, pues.

—De pronto brincan, hermano.

—Caiditos del cielo.

El trato con gallos de riña me enseñó a manejar el cuchillo y a conocer a los hombres; aquéllos tenían ganas de matar.

El girar del revólver en el índice del de bigotes perdió fuerza hasta que el cañón se fijó en mí.

Cuando oí el rastrillar de las herraduras del potro manchado tuve la impresión de que yo no estaba solo. Sin apearse, el jinete habló recio:

—Uno doble para celebrar las ferias de Tambo.

Los pandilleros no se inmutaron. El dueño descorchó una botella.

—Déjemela completa, don Jacinto —dijo el del potro, y la tendió a los dos mulatos de la entrada, que se le arrimaron silenciosos y bebieron a pico.

—¿Qué diría la ruleta? —propuso uno al lado del de bigotes, barajando un mazo de cartas y estirando sus labios para señalar el cañón.

—La ruleta... —repitió el de bigotes con simulada alegría y soltó el revólver sobre la mesa—. ¿Y si señala al forastero? —preguntó jocosamente.

—Pues será disparar —dijo el que propuso el juego.

—¿Y si me señala a mí? —volvió el de bigotes fingiendo susto.

—Pues empezaremos otra vez hasta que la mira no se equivoque. Es divertido.

El de bigotes impulsó el arma frenéticamente de modo que girara sobre la mano con el tambor por eje. Los ojos indicaron cómo la fuerza iba disminuyendo. El dueño de la fonda inmovilizó un vaso a la altura del rostro cuando el cañón se detuvo, señalándome. El

del potro recibió la botella de uno de los mulatos. El de bigotes parpadeó simulando asombro. Durante medio minuto se le pegó una fea sonrisa: torció la boca, aflojó el cigarrillo y me miró con un brillo en el ojo derecho mientras el otro, cerrado arrugadamente, rehuía el humo. El humo era parte de los ojos.

—¿Está dulce el agüita? —preguntó al fin. Cuando yo iba a beberla sonó un disparo, sonó al caer el coco, sonó la voz del otro en medio de varias risas.

—¡Se le regó el agüita, pues!

Todos seguían riendo menos el padre de la muchacha y el grupo de la puerta, engrosado por el manco. El del potro se ladeó en su montura y por señas ordenó a los mulatos entrar en la fonda. Se sentaron detrás de la pandilla, ésta se desconcertó brevemente. Sin embargo, el de bigotes dijo:

—¿Estaba dulce el agua, forastero?

El popillo quedó entre los pedazos. Tomé el fondo que aún tenía agua.

—Dulce *Bigotes* —dije sonriendo—. Tal vez pasada de pólvora —y di la espalda. Era mi única oportunidad, la pelea no debía ser con ellos.

—Nos veremos en la gallera —agregué al quebrar con la suela un cuesco de algarroba en el escalón de salida.

Y abandoné *El Gallo Rojo*, la cara hacia los pedregales del volcán donde crecían para las nubes unas matas de humo.

11

-VA sin pintura en los labios.

—Va vestida de negro.

—Va descalza.

—Va...

Los visillos de las ventanas, las alas de las puertas, las bocas, los ojos se abrían al paso de Otilia la prostituta, que iba con mirada fija, alta la cabeza, lento el paso de su pie desnudo.

—¡La desvergonzada!

—¡Por media calle!

—¡Por la plaza!

—¡A profanar la casa de Dios!

—¡A...!

En la plaza el espectáculo se hizo divertido, como si estuviese programado para las Ferias. Muchos apostadores de gallos se congregaron.

—A que entra por la puerta principal.

—A que el curita sale a recibirla.

—A que...

—Voy diez a cinco.

Las exclamaciones llegaban a oídos de Otilia. Las piedras maltrataban sus pies, ardía el sol en la cara recién lavada. Ardían en ella las miradas de las gentes desde puertas, rendijas, ventanas a medio cerrar.

—¿Vas a cumplir una cita, nena? —dijo uno de los pandilleros.

—¿No está muy viejo ya?

Dos mendigos se codearon pelando las encías en una mueca maliciosa. Uno se parecía a Miguel Ángel; el otro tenía una cara naturalmente asustada, como si todavía no se hubiera repuesto de su nacimiento.

—La de la Casa de los Faroles.

Viraron sus cuellos cuando en un balcón cercano cerraron una ventana con toda la fuerza; parecía que el edificio hubiera guiñado airadamente un ojo.

Frente a Otilia asomó el armazón de la iglesia. En el atrio brilló la pica del enterrador. Y por uno de los postigos del balcón de la casa cural, la silueta del padre Barrios aparecía y desaparecía en vaivén nervioso. De la plaza llegaban vaharadas de calor en lugar de viento.

Por las esquinas asomaron personas que querían enterarse: la dueña de La Casa de los Faroles no sólo podía ir a la plaza contra la prohibición del padre Azuaje, sino que además visitaría al nuevo Párroco.

—Vivir para ver —dijo una anciana de negra funda, con cara de triunfo, como si en el mundo hubiera sido la única en llegar a vieja.

—¡El Enemigo Malo ronda el pueblo! —dijo otra de rostro abotagado.

—Se acabó la decencia —coreó una tercera por entre los portillos de lo que fueron dientes.

—¡Ánimas del Purgatorio! —azuzaron las señoras notables al Ama de Llaves de la casa cural.

Cien dedos anillados apretaron camándulas, asas de carteras, escapularios, cachirulas, reliquias del gran poder, delantales, medallas, corpiños, brazaletes... Algunos puños dieron en el pecho agredido, como badajos. ¿Qué hacía en los cielos el Señor?

Los matones siguieron de lejos el paso de Otilia. Sus espuelas abrillantaban la calle. Algunos niños iban detrás. Retumbó el tambor en alguna parte.

—¡Helados! —gritó el negro de la carretilla, enamorado el matiz de su voz.

El sol llenaba de sudor el rostro de Otilia. Dejaba sudor la fijeza de tantas miradas, el esfuerzo por aparentar calma. Tuvo la impresión de que lanzaba un desafío, de que ejercía su venganza contra el anterior párroco y contra las señoras notables, de que organizaba un espectáculo como cuando bailaba desnuda para la barra de Pedro Canales. Andar descalza entre la gente, sin maquillaje, era una especie de exhibicionismo altanero.

Ahí estaban quienes la habían visitado, quienes habían esperado las Ferias para visitarla, quienes no se atrevían. Tras los visillos la devoraban con odio las mujeres que la tuvieron de permanente rival, porque eran tristes sus cuerpos y en cambio ella tenía alegre la sangre y prontos los nervios para el goce alquilado. Por primera vez se sintió de verdad una mujer pública. Tenía ganas de gritar.

La confortó la cara terrosa del alfarero, que amasó en el aire un saludo, y el paso del enterrador, que le abrió la puerta de la casa cural. Pero cuando subía las escalas, la anonadó otra sensación de inutilidad y desprecio.

Afuera seguían pendientes del balcón. Menos el alfarero, que se encovó en su rancho de barro; menos el sepulturero, que fue a revolver eras en el huerto de la casa cural.

—Las pruebas a que nos somete el Altísimo —dijo la esposa del señor Alcalde.

—Con el Padre Azuaje no habría ocurrido —reforzó la hermana del señor Juez.

—Ya siento el olor de azufre —terció doña Encarnación.

—Es un insulto —remató la señorita Rosa.

—Pues con decirles que a la llegada del nuevo Cura... — congregó el Ama de Llaves, aleteantes sus brazos nudosos.

El negro zigzagueaba con su carretilla. Dos niños lo miraban a él, miraban el depósito, los dibujos borrosos, los letreros. Se lamían sus labios cuando alguien compraba un helado,

—¡Para el gran calor de Tambo! ¡De chirimoya, de mandarina, de guanábana!

Los grupos seguían esperando la salida de Otilia. El reloj marcaba lentos los segundos.

—¿Qué hablarán?

—El Diablo visita a Dios.

—Tambo se pone alegre.

Volvían a mirar el reloj de la torre.

—No anda diez minutos en una hora.

—Sin embargo, es el único que en Tambo tiene oficio.

—Él y el enterrador.

El Cojo Chútez dominaba los corrillos. Unos se le acercaban aduladores, otros se hacían los disimulados.

—¿Es usted Enrique? —preguntó agresivamente, como quien acusa, a alguien que le demostró confianza desmedida.

—Sí, señor, soy Enrique... —respondió el otro, como si se disculpara.

—Más emocionante que una riña —dijo el Cojo pasando de largo ante otros corrillos.

Saludó de lejos a las señoras notables con una venia zumbona por exagerada; ellas respondieron con la cabeza. Al fin y al cabo era defensor indirecto de sus intereses, y para ellas los desafueros de los demás quedaban perdonados si reforzaban su propia posición.

El de bigotes ahumados echó una mirada astuta, demasiado briososa para el momento, y siguió al Cojo con dos gamonales armados. Las miradas iban al volcán, al reloj, al Páramo de los guerrilleros.

—Anoche oí el gran tiroteo —dijo uno que venía en el potro manchado—. No debió de quedar uno solo.

—¿Un qué?

—Ni uno solo. Antonio Roble...

—Con el Sargento la pelea es peleando.

—Es Teniente.

—Va para Capitán.

—Hombre de cada hora.

—Hombre.

El tambor no dejaba de sonar. Y un grito largo entre su son. Volvían a golpear los cueros en las afueras. Sin nubes el cielo quemado.

—Encontré en el camino un hombre —volvió el jinete—. Viene de muchas partes buscando a un gallero de cuarenta y cinco años.

—¿Y quién no es gallero en Tambo?

—¿Y quién no tiene cuarenta y cinco años a estas alturas de la vida?

Rieron en derredor. El de a caballo permaneció serio.

—Nunca he visto a uno igual.

El estallido de un cohete avivó el brío de su potro.

—¿Y qué tiene?

Contrajo los ojos.

—Hay algo en él que da miedo.

Otros se le acercaron. Los mulatos pasaron sin detenerse. Él echó su peso a un estribo.

—De un momento a otro lo verán. Trae un bulto bajo su poncho.

—¿Será una bomba?

—No habla. Es alto. Las manos parecen troncos. Nunca he visto ojos así en ningún cristiano.

—¿Será guerrillero?

—Hace años busca a un hombre.

—Pues aquí somos muchos.

Volvieron a reír desganadamente.

—... Y en Tambo lo encontrará —concluyó el del potro desafiando con el ceño a los interlocutores—. El día de la quema se verá el humo.

El enterrador salió arrastrando la pica. Iba y venía oyendo, comentando.

—¡Llegó la hora!

La pica y el muñón se habían hecho personajes porque anunciaban disparos y muertes. “¡Maldito enterrador!” —exclamaba el Cojo al ver en piedras y paredes la férrea sombra—. “¡Maldito enterrador!” —renegaba el Sargento Mataya cuando veía aquellos ojos de búho—. “Está dura la tierra”, —murmuraba el sepulturero pulsando el filo de la pica en el muñón. Y refiriéndose al grupo del Sargento—: “Pero uno hace huecos para sus mejores clientes” —y seguía su camino, siniestra la sombra sobre el cascajero. El Sargento abrochaba el estuche del revólver con su juramento—: “¡Algún día lo descuartizaré!”

—¿Qué es la cháchara, enterrador? —preguntó agresivo el de bigotes.

El enterrador se puso una sonrisa fullera.

—Dice el del tambor que va a llegar el día.

—El tuyo está vecinito.

La pica siguió arrastrándose.

—¡Se acerca la hora!

Pero de tanto repetir el sepulturero sus amenazas, ya nadie creía en ellas, las oían como una especie de tic verbal, como otra manera de soportar el muñón, como el desahogo que se fue volviendo inofensiva rutina. Y las contraamenazas de los apoderados de Tambo eran ya un gesto inconsciente, como responder un vago saludo o santiguarse en el primer segundo del rayo.

El de bigotes susurró algo al Cojo.

—¿Quién? —preguntó éste.

—Nadie sabe. Hay otros...

—¿Trae un gallo tapado?

—Tapado. No me gusta la cosa.

—¿De dónde viene?

El de bigotes alzó los hombros y curvó los labios para indicar que lo ignoraba. El Cojo silbó en lugar de decir que no tenía importancia.

Un borracho gritó:

—¡Vivan las Ferias! ¡Vivan las riñas de Tambo!

El Cojo siguió andando en espera de la salida de Otilia. Por cualquier motivo abría la boca de modo que el sol cayera en su muela de oro dando a su carcajada un trágico poder.

—¿Habrá gente para la gallera? —preguntó al de bigotes.

—No cabrán. Están intrigados con el forastero. Por ahí andan unos mulatos sospechosos.

Señaló al del potro manchado.

—Aquél busca la muerte, vino por el caballo y la guitarra de José Miguel.

Las miradas volvían al reloj, al balcón de la casa cural.

—Tarda en salir Otilia.

—Nos va a demorar los desafíos.

—Los mejores en diez años.

—¡¡¡Allá asoma!!!

Y cuando Otilia salió por la puerta principal, el pueblo se calló. Hasta el tambor del loco. Hasta los cohetes. Y el golpe en los cueros de res, y el pregón del negro.

Los dedos aflojaron camándulas, escapularios, mantas, asas de carteras, cachirulas, brazaletes, reliquias del gran poder, delantales, corpiños. Algo hacía en los cielos el Señor...

—Viene alicaída.

—La apachurró el curita.

—Envejeció en una hora.

El mendigo de cara asustada dejó a entreabrir los labios que parecían valvas de concha gigante; la lengua negruzca salió como una ostra acosada.

—La de la Casa de los Faroles —volvió a codear a su colega.

Le fueron haciendo calle. Nada comentaban. Ni el de bigotes se burló. Al verle el rostro de amarga serenidad muchos se sintieron perdonados.

El Cojo se puso serio. Detuvo sus ojos en los pies descalzos de Otilia sobre las piedras, y algo dolió en sus propios pies, se acalló dentro de él como un bronco recuerdo. Fue un impulso de retrovisión. Espuelas, hombres, gallos...

Apretó la mano contra los nudos de su bastón y gritó para toda la plaza:

—¿Qué hacen aquí?

Era la gruesa voz que temían. Se removieron. Pocos veían a Otilia la prostituta. El Cojo siguió:

—¿No han visto una mujer?

Levantó el bastón como espantando animales.

—¡A las casas, andando! ¡Para la gallera!

Espuelas, gallos, tigres heridos...

A una seña sus partidarios dispersaron el gentío, vigilaron ventanas y puertas. El sepulturero miró al Cojo como si lo descubriera. Los matones andaban desorientados.

El del potro señaló el camino de *El Gallo Rojo*.

—Vamos —y salió a paso cojitranco.

Antes de perderse vio por sobre el hombro al gamonal, solo en la plaza, mirando a la mujer que seguía sin otro testigo para la casa del alfarero.

Lejos golpeaban lentamente el tambor.

## SEGUNDA PARTE

### PRÓLOGO

LA silla chirrió al sentarse el hombre, chirrió más al recostarse en el espaldar con aires todopoderosos, y pareció descansar cuando el hombre desinfló sus pulmones en una actitud de satisfacción ante sí mismo y desgano de seguir oyendo a su visitante.

—Pero, señor Alcalde —dijo éste con el cansancio de haber relatado monstruosidades, vanas ante aquella imperturbabilidad—, ¿no es increíble?

—¿Qué cosa?

El Alcalde escuchaba por cortesía, dejaba salir de su fingido asombro únicamente los monosílabos necesarios para no desmentir lo que creía su buena educación. Sacó parsimoniosamente un cigarro, lo olfateó de extremo a extremo, se fijó en el potro manchado que golpeaba con una pata la acera, volvió a llenar el pecho y fue expeliendo el aire en silbidos perezosos:

—Sí, La Violencia...

Abrió una navaja y con la cuchilla fue rebanando la punta del cigarro. Lo llevó a los labios, mordió una partícula de tabaco, la escupió a un lado, agarró con los dientes la boquilla.

—... Me tienen hasta aquí —un movimiento transversal de la navaja señaló el cuello—, con eso de La Violencia.

El fósforo alumbró la palabra *violencia*, tres golpes de humo la oscurecieron. Por sobre el lomo del caballo se veía el volcán. Sus labios remedaron un cráter.

—Pero, señor Alcalde, los expedientes que están en poder suyo... El de José Miguel Pérez...

—Expedientes... —Los señaló con refinada impotencia, dio a entender “populacho” de manera vaga—. ¿Meternos en más líos con esos facinerosos? Nadie declarará en su contra, na... —Se detuvo a pensar en ese *facineroso* correctamente intercalado.

Sus frases de puntos suspensivos, que tocaban los temas y rehuían lo esencial, revelaban falta de claridad en el pensamiento, desgano para dirigirse a quien no tenía importancia. Y el calor, y el tema, y la monotonía de las cosas se le pegaban en la voz y en los ademanes reptantes, gelatinosos.

—¿No es importante la vida de un hombre? —volvió el otro, que estrujaba el sombrero entre sus manos callosas, abría y cerraba la boca y humedecía los labios cohibido y rabioso. Y paciente. El Alcalde creyó oportuno un cinismo de ensayo para cuando estuviera en la capital:

—Personalmente, no creo que la vida de un hombre tenga importancia. —Se fijó en el efecto de su desplante, se animó—. Al fin y al cabo todo el que nace ha de morir. A veces muere de muerte natural. Pero nacen más de los que mueren. A la larga, mi estimado amigo, la vida triunfa.

Dio una honda fumada, satisfecho de perturbar al preguntón y de lo que se iba convirtiendo en discurso.

—Ah, la vida...

Envió una bocanada a un zancudo que revolaba cerca de su nariz.

—¿Amigo suyo? ¿Tenía un caballo alazán, eh? ¿Tocaba la guitarra? Ahí está la guitarra, como prueba. En cuanto al caballo...

Sacó la leontina para propiciar el recuerdo.

—Cuando cursaba Derecho, interrumpido por...

Ante la expresión vengativa del otro aspiró ruidosamente por la nariz y habló como con ganas de estornudar:

—Yo sé que pide castigo para los culpables. Los culpables, ¿quiénes son? Todos somos culpables. También para mí los que usted defiende son inocentes. Yo me lavo las manos...

Y empezó a imaginar su situación frente a Cristo. Él era el poderoso Pilatos...

—Usted está demasiado joven, le falta mucho por aprender. Dios hizo así al hombre, pecaríamos de soberbia al querer enmendarle la plana.

Cerró los ojos, los abrió como si los párpados se le hubieran pegado. El humo parecía su manera de mirar.

—Conque era amigo de José Miguel Pérez... Su madre, la lavandera... Bueno, dé un vistazo a esas estadísticas, a esos periódicos. Dicen que la desnutrición acaba con nuestras gentes, que los campesinos viven una vida infrahumana.

Saboreó el nuevo vocablo, continuó con asco fatigado:

—Dicen que somos una raza degenerada, que aquellas gentes ni merecerían vivir en tales condiciones.

Descolgó un índice como cosa ajena.

—Al exterminarlos quizá les estén haciendo un favor.

El licor de la noche lo tenía embotado, y el calor que lo hacía transpirar. Sus ojos desgastados no parecían mirar objetos o personas sino colgar en ellos la mirada.

—¿O cree que vale la pena vivir esa vida de cerdos?

Le molestaba que lo obligaran a pensar, a repetir lo ya dicho. Si unos meses antes, al llegar, le escocía la conciencia, la costumbre lo hizo impermeable al dolor ajeno, la violencia se fue convirtiendo en un hecho cotidiano al que se acostumbró su moral. Y a punto de ir buscando pequeños argumentos para disculparla y disculparse, llegó a justificarla. El mundo estaba perdido, de todas maneras, y hasta los pueblos civilizados eran crueles, hasta...

—Además, todo es cruel, amigo mío. —Señaló el volcán, el brazo cayó pesadamente—. Si fuéramos tan susceptibles enjuiciaríamos a este volcán por sus erupciones. Y la sequía, y los críos salidos de madre. Son cosas predeterminadas... Si fuéramos tan inconscientes de... Claro que enjuiciaríamos a Dios.

Se detuvo, apoyada la atención en las últimas palabras.

—Como abogado, aunque sin título, le digo... Un juicio a Dios, ¿sabe? Porque... —Miró los expedientes en los anaqueles, miró la guitarra—. Bueno, esas víctimas se convertirán en mártires, y el futuro de nuestros países necesita mártires. Dejémoslos que cumplan su hermoso destino.

Brumosamente el otro pensó que el Alcalde estaba habituado a destruirse cosas, a mutilar sentimientos primarios. Azorado vio que algo dentro del funcionario andaba macabramente cojo; le observó muchos cadáveres suyos, pequeñas cosas muertas, restos de naufragios, raíces ululantes desde su propia ultratumba.

—Pero, señor Alcalde, ¿no sabe lo que hicieron ayer?

El Alcalde rechazó con movimiento lateral otro posible relato. Con un meñique rascó cuidadosamente la sien. La gomina convertía el pelo en una pasta de brea brillante como desprendible si de golpe alguien entrara y tuviera que saludar.

—Lo que el mundo ha hecho desde que es mundo. —Dio un vistazo al caballo—. Gran levante el de su potro. El de su amigo era alazán, ¿no? Excelente muchacho ese José Miguel...

Dando del muerto buenas referencias quería saldar sus remordimientos posibles. Alzó al techo los ojos.

—¡La Violencia! ¿Acaso nosotros la hemos inventado? Si usted leyera la historia no se asustaría tanto.

Con miedo reflexionó que a él ya nada le asustaba mientras...

—Es el destino humano, ¿qué le vamos a hacer? Las cosas nacen sobre las tumbas de otras, por... —Se llenó de un aire de bondad muy calculado—. Destino hasta de dioses. Si Jehová se hubiera puesto con reatos de... ¿Cree que la destrucción de Jericó, la...? ¡Hombre!

—Señor Alcalde, tanta sevicia... —Había ira en la voz, el dejo de saber inútil cualquier protesta.

El hombre de la silla dio nueva fumada y masticó la palabra “sevicia”. Otra para su repertorio: sevicia, panacea, infrahumano... ¿A dónde querían llevarlo? Su antecesor fue asesinado por querer cambiar las cosas. ¿Qué podía hacer él? Además, los porcentajes que recibía de don Heraclio, de... A lo mejor nadie salía perdiendo teniendo en cuenta... Y la esposa...

—“¡Ella!” —El nombre de su mujer quemó la pulpa de los labios; al morder el tabaco mordió el nombre—. ¿No decían que don Heraclio y ella?... ¡Vea, no es justo! Cara resultaba la elección que nunca venía. Trajes, refinamiento traído por los cabellos... La dignidad... ¿Era necesaria tanta co...? ¡Hombre!

Cuando el zancudo volvió quiso echarle otra bocanada de humo, pero estaba en ánimo de matar recordando a su esposa y a don Heraclio. Separó los brazos, abrió las manos, volteó en las cuencas sus ojos, boca y nariz como si fueran otra vez a estornudar; hasta que las manos se dispararon y chocaron violentamente; las abrió con lentitud y sonrió: en las palmas moría el zancudo, moría su mujer, moría don Heraclio.

—No dejan dormir —dijo. Los labios pasaron a trechos el cigarro a la otra comisura, y empató:

—Nuevos decapitados, imagino. Nuevos castrados y mutilados.

Buen tema para un discurso. Si saliera elegido, en la Asamblea... Y entre una bruma de aplausos imposibles revolaron las ideas:

—Hay que estar un poco lejano de las cosas para ver las cosas en sus exactas proporciones. Hay que aprender a ver el presente como si el presente fuera ya historia, porque de lo contrario las pasiones...

Su mujer y el Cojo se interpusieron. ¿Si no salía elegido? Depender de gamonales era... Y supuso, para dejar intacta su vanidad, que sus propias limitaciones eran limitaciones de la vida. Se desanimó.

—La perspectiva del tiempo, amigo mío...

El interlocutor bajó la cabeza, con ella la voz:

—A una campesina le abrieron el vientre con un machete y le sacaron el hijo. El hijo se retorció en el polvo.

El hombre de la silla escupió otra partícula de tabaco y llevó la hoja de la navaja a la punta del cigarro. Los ojos se quedaron dormidos un momento.

—Tremendismo —comentó fastidiado. *Tremendismo*, otro vocablo para...

—Si en esas gentes vemos no ya seres humanos sino fieras, el problema cambia de aspecto. Una fiera nunca es perversa, amigo mío. Y esas gentes son fieras; ¿ve usted? Todo depende del ángulo de enfoque.

El otro miró incrédulo. El hombre de la silla bajó los ojos, arqueó las cejas como para decir: “¿Qué me importa?” o “¿Qué hicieron después con la campesina?”

—Le metieron en el vientre un gallo vivo.

El Alcalde se sobresaltó levemente. ¡Gallos! Se acercaban las grandes riñas y también él se había aficionado. “Porque el gallo despierta en el hombre su espíritu combativo, único capaz de hacerlo vivir, de mantenerlo alerta en los azarosos tiempos que corren.”

—¿Vivo, dice?

—Le metieron el gallo dejándole fuera de la cabeza, y cosieron el tajo del vientre con una cabuya ensartada en aguja de arriero.

El hombre se recostó en su silla, la silla volvió a chirriar, el chirrido era la voz de lo que lo rodeaba.

—“Buenos gallos se presentarán en estas Ferias, vienen criadores famosos.”

Una bocanada de humo ocultó su expresión. Tendría que ir a la gallera, las apuestas eran grandes. Podría llegarle el desquite, el “Cuatroplumas” de don Heraclio...

—... El gallo estiraba el pescuezo a todos los lados mientras la mujer se retorció cuando el gallo le clavaba las garras y las espuelas, bregando por salir.

El hombre de la silla sopesó su reloj enchapado en oro, se levantó y se dirigió a la puerta. Los tablones chirriaron con su peso.

—Ya es hora de cerrar el Despacho —dijo, cambiando el balanceo de la leontina por el de una enorme llave. Silbó su respiración.

—Hermoso potro manchado —dijo. Y ante los ojos interrogantes, aclaró, deliberadamente cínico, sus ojos casi humanos, como los de un perro:

—No son tan crueles, mi querido amigo. ¿No ve que el gallo podía respirar?

Y salió fumando hasta que el taconeo desapareció calle arriba, bajo el sol de la tarde.

Al estallido de un cohete siguió el redoble de un tambor.

12

LA puerta del despacho de la casa cural se abrió, se abrieron las bocas de sus visitantes sin naturalidad, representando el papel de ellas mismas.

Primero asomó la esposa del señor Alcalde. Ya la había visto en la Salve con traje de agresiva elegancia y un rosario a modo de pulsera. Rezaba como detrás de su abanico en un esfuerzo de seducción.

Después entró la hermana del señor Juez. Conocía ese tipo de cristianas desengañadas de su virtud y cuya moral consistía en

rabiar contra la carne y exigir a los demás su propio viacrucis. Tenía una noción convencional del bien y del mal y del amor: este último resumía los anteriores. Otilia serviría de ejemplo.

Al saludarlas, por contraste el sacerdote recordaba a su madre, aquellos movimientos que eran fuerza interior, aquellas palabras naturales como las hojas en la rama de invierno.

Luego entró doña Encarnación, viuda animadora de las causas contra el pecado. Más que homenaje a Dios, en su boca las oraciones eran insulto al diablo. Sentía que Cristo nació, padeció y murió por ella, y la enojaba pensar que había muerto también por los demás.

Por último entró la señorita Rosa, heroína de la resistencia al mal. Un rostro blando, donde se adivinaba cierta ingenuidad sosa convertible en felina agresividad. Nada tenía que vencer, al decir del Cojo Chútez. — “El Demonio dejó desierta esa almita, y Dios apenas si de tarde en tarde la mira con meneo de cabeza”.

—Pocos asientos, y malos —dijo el sacerdote—. La casa de Dios es la casa del pobre.

Para la señora del Alcalde, cualquier alusión a la riqueza y a Dios se le antojaba alusión contra ella misma. Tomó asiento como si sentara a otra persona investida de alta dignidad. Las demás lo hicieron como si hubieran suspendido un vuelo. — “Deben de tener sillas semejantes a la del Ama”, pensó el sacerdote.

Ignoraba si su aversión por aquella clase de personas sería una reacción contra su origen humilde. Desde pequeño vio trabajar a su padre en los sembradíos, de seis a seis. Él mismo ayudaba a recolectar café de los gajos rastreros, a desherbar, a podar, a sombrear almácigos y trasplantar arbustos en menguante. Recordaba esa figura de hombre sin protestas, recordaba la presencia silenciosa de su madre y sus interminables quehaceres, los pequeños castigos, su propia timidez. Los rezos, la vida acosada, su vocación, sus privaciones para realizar estudios, la primera parroquia, los primeros golpes...

Sus padres fueron un punto de referencia a lo largo de cuarenta años de sacerdocio. La pobreza y austeridad de él, el sacrificio instintivo de ella, con esa honestidad del pan moreno sobre el

mantel. Trabajo, decencia, oscuro deber cumplido. Pocas palabras, correctas acciones, sobriedad en la alegría y en el sufrimiento...

—Hemos venido después de muchas consultas, venciendo el temor de... —comenzó la esposa del señor Alcalde—... ser mal interpretadas...

Sus compañeras la animaron levantando las cejas. El sacerdote acodó en la mesa el brazo derecho y con dos dedos presionó los párpados. Mitad oía, mitad recordaba.

“Mañana vendrá *el Hombre*”, dijo a su madre, años atrás, el abuelo materno. — “Marcos es buen muchacho, mañana vendrá a visitarte”. Ella nada respondió. El sacerdote la imaginaba ligeramente burlona al saber que iba a aceptar una disposición de sus mayores, porque nunca los desdijo y estaba en edad de contraer. Y cuando ella comentó al día siguiente con apacible ironía: — “Llegó *El Hombre*”..., el abuelo se le quedaría mirando interrogativamente.

—... Pero estamos seguras de representar a la gente bien de Tambo, pueblo...

A la señora del Alcalde le molestaba la manera que tenía el sacerdote de apretar su Cristo de bronce.

—... Que se ha convertido en un infierno debido a los enemigos de Dios y de las buenas costumbres...

... Su madre debió de estar hermosa aquella tarde, silenciosa para su edad, con trenzas hacia el cuello. Su mirada siempre tuvo una gran fortaleza, salía honda, definitiva y clara. Por la fotografía matrimonial pudo imaginar hasta las palabras que se dijeron, los silencios que callaron, llenos de todo eso que después fue la familia y que ya entrevieron el primer día del encuentro, cuando ella dijo: “Llegó *El Hombre*...”.

La señora del Alcalde tosió con rectitud, sonrió con una sonrisa de relleno, provocó una pausa a fin de que sus compañeras aprobaran el discurso.

—... Tan amenazado últimamente, como su Reverencia habrá notado...

... Y quedó para siempre *El Hombre*, en la buena y en la mala. Muchos lustros después, hasta que ella no fue más ella y él no fue

más él, seguía diciéndoles a sus hijos: — “Vayan al encuentro de *El Hombre*”.

Oyendo la voz atropellada de la señora del Alcalde, el sacerdote recordaba aquella otra voz con amago de tristeza crepuscular que le embellecía el rostro; su porte de gravedad serena, hecho para la jovialidad de los días o para un agrio destino. Nunca la oyó reír; solamente la sonrisa en las palabras y el movimiento de sus manos que indicaban un camino, el de sus hijos y el de *El Hombre*. En ella el talento se llamaba bondad.

La mano del sacerdote estrujaba el Cristo. La señora del Alcalde casi temía que la cruz irrumpiera de entre los dedos burdos. A Dios no puede manoseársele en esa forma.

—Sí —habló el sacerdote—. Hay mucha cosa corrompida en Tambo.

Ellas se miraron, juntaron sus silencios y era como si algo tremendo fuera a estallar.

La señora del Alcalde creyó que al decir “Tambo”, el sacerdote no se refería a la Otilia de vida alegre. Volvió a toser con dignidad.

—¡El Diablo entró en el pueblo, padre! —dijo doña Encarnación.

—Es verdad —aprobó el sacerdote—. El Diablo halló en Tambo las puertas abiertas...

Se revolvieron dignamente en los asientos para acomodar la manera de sentir frente al párroco.

—Su antecesor, el reverendo Padre Azuaje —intervino la hermana del señor Juez con aguda inflexión de voz que más salía por su nariz respingona—, fue indomable en la moralización, en imponer...

El sacerdote esperó que mencionara la visita de Otilia. A flor de pupilas veía en ella arder esas pequeñas venganzas de las mujeres que se creen abnegadas; por tanto, víctimas. Su extrema abnegación dejaba sedimentos rencorosos que la autorizaban para tales desquites, amparados en una especie de castidad corrompida.

Ella perdió la fijeza en la mirada como si se le quebrara en pedazos que ahora, solos, perdían efectividad. Bajó las pestañas con ira silenciosa en los tics. El sacerdote habló:

—Según entiendo, vienen a reclamar sobre la mujer que ha visitado la Casa de Dios.

—Su Reverencia comprenderá...

Los ojos cautivos en una expresión cansada, él dijo:

—Comprendo que les preocupe el asunto. Pero yo no tengo autorización de Dios para rechazar a quienes deseen volver al buen camino.

La señora del Alcalde carraspeó por carecer de una fórmula protocolaria que la sacara del apuro. Con un movimiento vago quiso tender puente a su integridad. Las otras entreabrieron la boca. ¿Había ironía, ingenuidad o táctica en el señor Cura?

—La dignidad de Tambo y de sus habitantes más distinguidos...

“No es” —pensaba el sacerdote— “un ateo el enemigo de la religión; es el fariseo, el fanático que sublima sus rencores poniéndolos al servicio del cielo, que sacia resentimientos y frustraciones haciendo de Dios un cómplice. ¿No le manchará un poco esta clase de adoración? Él exige dignidad a nuestra alma. ¿No despreciará las almas serviles?”

—Creo que la dignidad de Tambo hace tiempo se perdió. Ojalá ustedes me ayuden a recuperarla.

Aunque dejó de hablar, los labios continuaron moviéndose en espera de las palabras que al fin llegaron:

—Tambo tiene bastantes cosas que esconder. Las tiene cada familia: un pasado miserable, la historia turbia de algún abuelo, una vergüenza moral, un monstruo nacido por culpa de antepasados alcohólicos o sifilíticos...

Una de las damas sacudió una oreja, todas crecieron cuatro centímetros, los cuellos adquirieron inflexibilidad, los labios se apretaron para que salieran hirientes las palabras que no dirían.

—La dignidad de Dios...

—¿No creen ustedes que Dios puede defenderse de una prostituta?

Otra vez la palabra hizo rebullirse a las mujeres.

—Para algunas almas es duro cilicio el pecado. En ciertos casos, el pecado llega a purificar... —iba a decir: “como la oración”, pero sintió miedo de la imagen, miedo de que su aversión lo pusiera incondicionalmente de parte de los otros pecadores—. Aunque tal vez, en el plano del alma, hasta la abyección puede tener resultados semejantes a los de la virtud. Quizá su comprensión exagerada de

las debilidades humanas estuviera por convertirse en disculpa de ellas, en remota complicidad.

El silencio del conjunto era como el silencio intermitente del volcán.

—Dios no se molesta cuando una oveja descarriada busca el redil, nada mejor a Sus oídos que los pasos del que vuelve...

Movió los labios ensayando palabras silenciosas.

—Algunos tienen campo propicio para ser piadosos, en otros la vida alcahuetea sus debilidades.

—Pero el alma, lo único que cuenta...

El sacerdote pensó en esa otra virtud, la de quienes miran a lo alto porque sienten náuseas de su prójimo, porque les da asco ser humanos: esa hipócrita rebeldía contra todo lo de abajo, ¿no conlleva una taimada vanidad, un desprecio y un orgullo inconcebibles?

—Sí —dijo—, el alma... Pero también es amable nuestro cuerpo, obra de Dios, templo del Espíritu Santo...

—Queríamos prevenirlo. El reverendo Padre Azuaje, su distinguido antecesor, nos consultaba los problemas de la parroquia.

—También quisiera que ustedes me ayudaran a consultar con Dios. Si Él fuera exclusividad de una persona o de un grupo...

La señora del Alcalde se levantó. Las demás se levantaron en ella, en sí mismas.

—Sería inútil cualquier intervención nuestra —dijo la esposa del Alcalde con dignidad redoblada.

—¿Por qué, señora? Dios oye a todos.

Estiró los labios antes de seguir:

—A Él le gusta que nos acerquemos a Él con humildad; tal vez le hiera el ultimátum a corto plazo.

—Nadie nos había criticado el... —empezó la señora del Alcalde, esponjándose—. Somos cristianas y católicas, porque pensamos...

—Sí —dijo el sacerdote—, pero debemos cuidarnos del orgullo. Hasta del orgullo desmesurado de ser cristianos.

Con el paso de la señora del Alcalde, se oyó el de las otras tres. El sacerdote dijo:

—Quisiera la ayuda de ustedes. Soy un campesino... Quisiera la ayuda del pueblo.

Al salir taconearon más fuertemente que al entrar, patentes el frufutar de los refajos y el olor de alhucema y heliotropos. Dos de las mujeres iban más altas que ellas mismas, dos iban más bajas de lo que eran. El sacerdote se sintió más pequeño que todas.

—Vayan con Dios —dijo cuando la puerta golpeó detrás de las mujeres. Desde la ventana observó los campos amarillos, el cielo del alto páramo, el humo del volcán.

El enterrador comentó desde el jardín:

—Bonito día, su Reverencia —y dio efusivos golpes de pica. El sacerdote fue al reclinatorio, escondió su cabeza entre las manos, perceptible la voz:

—Hice mal en herir el orgullo de Tus siervas. Perdónanos a todos, Señor. No somos más que hombres...

13

CUANDO abandoné la fonda el enterrador arrastró la pica.

—Dos horas le doy de vida —comentaban a mi paso.

—El enterrador dice que es ayudao.

Los mulatos volvieron a salir.

—Tómese uno —dijo el del potro manchado. Cuando devolví la botella, siguió al galope.

—Buena suerte, forastero.

Algunos corrillos inquietaban la calle. Reventaban con más frecuencia los cohetes, aceleró el golpe en los cueros de res, se hicieron insistentes el tambor y la canción del loco.

—Vamos a la Casa de los Faroles.

—Debe de ser guerrillero.

—Cosa grande sucederá de un momento a otro.

Por los rostros amarillos y desolados vi hasta qué punto el Cojo, soldados y pandilleros dominaban la situación.

Uno de los mulatos dijo:

—Está loco, forastero.

—Si podemos ayudar —atajó el otro.

—¡Mala pata! —dijo el primero.

—¿Qué se pierde? —dijo el segundo.

—¿Qué se pierde? —convino el primero y señaló un galpón en las afueras.

Eran pueblo en su mejor altura, con algo sufrido en los ojos y una avidez rebelde en las aletas nasales y en la boca, desengañada y esperanzada a un tiempo. Con unos cuantos miles de esos, Antonio Roble cambiaría las cosas. No sé si eran hijos de la misma madre, pero eran hermanos en todo caso; los unía no tanto el aire de familia sino algo así como un aire de futuro.

—Allá estaremos.

Volvieron a señalar el galpón; dieron a entender por señas no sé qué cosa sobre el Páramo.

—Antonio Roble atacará.

Estaba seguro de que Tambo no olvidaría aquella fecha. Tomé una calle concurrida, la única con cara de Ferias. A mi paso, diez voces dislocadas:

—De hoy a mañana bajarán.

—De hoy a mañana vendrán refuerzos al Sargento Mataya.

—La vieja Juana está sembrando almendros en el cementerio con cuatro hijas y el marido.

—¡La vieja Juana!

—El curita nos llenará de hojas.

—Penitencias y penitencias.

—Árboles y árboles.

—El Padre Cabuya.

—Parece un Cristo viejo.

—Pondrá fábrica de tejidos de fique.

—Eso quería Antonio Roble.

—¿De dónde la cabuya?

—La sembrará con ayuda del Demonio.

—¿Y Dios?

—De nosotros se apiade.

Una cosa grandota con media torre era la iglesia; no me interesaba ella, ni el corral que hacía de plaza. Caminaba por matar el tiempo.

Un muchacho con caja de lustrar cogió una piedra, calculó la distancia y la arrojó contra dos gallinazos que se disputaban una tira

de cuero. Uno voló al tamarindo, el otro se perdió sobre los tejados con la tira de cuero en el pico.

—¡Estos diablillos de Tambo! —exclamó el barbero cuando la piedra rodó junto a la silla que a la sombra del tamarindo sostenía al gordo de vestido blanco. Con su sombrero el gordo espantaba el calor, los mosquitos, la cháchara del barbero sin quitar los ojos de un hombre sentado a la bartola con un fusil entre las rodillas. A lado y lado de la puerta, dos carteles con retratos. “... *Por la captura de Antonio Roble y Pedro Canales*”, alcancé a leer.

Había tres toldos en fila, desde donde pregonaban los tahúres.

—El que no arriesga no gana. ¡La ruleta de los animales! Gira y gira como la vida, gira, gira... ¡El sapo! ¡Ha ganado el sapo! Prueben suerte, señores... La res, el caballo, la lechuza... ¡Qué culpa tiene la sapa si el sapo brinca y se estaca!

Los ojos ávidos seguían el girar de la ruletilla. Tipos descalzos presionando con sus manos los bolsillos, las caras con una ansiedad corrompida.

En ferias, tal vez. Pero era un pueblo desolado, con cara de cementerio, donde los vivos eran más espantos que otra cosa. Almas en pena que salían de sus cuerpos, como de tumbas.

Los que se divertían parecían divertirse por decreto, y en la diversión buscaban embrutecerse, olvidarse, dejar de pensar. Licor, pólvora, gallos...

Un grupo de niños trabajaba en la plaza. Y el maestro, supongo, que con un sacerdote viejo echaba hilos. Por lo que entendí, el curita había llegado poco antes y ya tenía revuelta la parroquia. Su figura de campesino era de las que saben qué quieren. Quizás en sus manos se acomodaba mejor la azada que la hostia.

Observándolo entendí la extraña idea que oí comentar. Si en otras aldeas hicieran lo mismo, tendrían para comer. Porque en cada casa había solar, y si cada solar estaba sembrado, y si además las penitencias se extendían a los campos secos...

—Bota esa mala mirada —me dijo al notar que lo observaba. Tres mujeres ayudaban a escarbar la tierra, y el manco de la entrada del pueblo. El negro estacionó su carretilla, echó la gorra a las cejas y se sentó en cuclillas al pie del tamarindo. Eran el único

negro y el único árbol. El negro parecía la sombra de un tronco o su raíz, en reposo total, como el de quien al fin se va sintiendo entre personas no interesadas en causar daño.

Varios hombres me señalaron desde un café de donde salía una canción chillona. Chocaron las bolas de algún billar. Tres escolares rieron. Hasta el manco se fijó en mí, hasta el cura viejo.

—Oiga, gigante —me dijo uno de los niños cuando el maestro dio la espalda; el maestro tenía figura de hambre—. ¿Sería capaz de matar catorce tigres?

Los otros niños volvieron a reír.

—¿Sería capaz de tapan el cráter?

Observé el volcán. Respondí:

—Lo podría tapan con los tigres que he matado.

El que preguntaba silbó largamente.

—Entonces es tan macho como yo y mi papá.

Miró de reojo al maestro y vino para tocarme el brazo.

—Es duro —dijo. Y confidencialmente—: Yo he matado muchos tigres.

—Eres capaz —dije, caminando.

—¿De qué manera matas los tigres? —preguntó con avidez para recibir un secreto. Alcé la mano libre.

—Les meto por la boca el cañón de mi escopeta y soplo, hasta que estallan.

Con las manos se tapó la risa, volvió a silbar y salió para contarlo. La gritería aumentó cuando por una bocacalle repuntó un montón de gente con un árbol en un extraño armatoste.

—¡Allá vienen los penitentes! —dijeron.

—Del solar del alfarero traerán veinte árboles.

—El curita va a hacer un bosque en esta plaza.

No sé cómo se les ocurrió trasplantar arbustos que eran casi árboles. Uno de los que cargaban las enormes andas dijo pujando:

—¡Como no se le ocurra trasplantar la iglesia!

Doblé una esquina. Las barras y las azadas resonaban en mis oídos. Y el griterío de los niños cuando lanzaban un cohete, y las canciones chillonas. En Tambo estaban de más los traganíqueles; al pueblo le quedaban mejor el tambor loco, los cueros de res en las

afueras, los retumbos del volcán, los cohetes. Pero algo vi de trágico en el chillar de los discos y en quienes aguantaban como expiación.

Un hombre cogía de la acera dos figuras de barro para entrarlas en una casa también de barro. Parecía hecho por él mismo, como si también se hubiese metido al horno con sus trastos. Una mujer llegó apresuradamente.

—Alfarero, ¡estoy condenada! —exclamó.

El hombre no cambió de actitud, pero distinguí que la suya era una serenidad alcanzada con esfuerzo, parecida a la resignación de quien por largo tiempo ha sufrido sin quejarse. Tenía sin duda poderosas fuerzas contenidas. A muchos así he conocido: después de haber renunciado a su felicidad, se resignaban a vivir mínimas felicidades al día, de ésas que no dejan huellas pero que son amables vacíos en donde meten su desesperación.

Antes de dejar atrás la casa de barro vi que la mujer se sentaba dentro y golpeaba una pelota de greda.

“Estoy condenada”, gritó a la pelota.

“La sal le da vida a las cosas”, dijo una voz.

Tras una puerta de tranca a la entrada del cañaduzal me observaban los ojos de Marta. Los mulatos decían:

—¿Qué pasaría con los soldados?

—Pronto deben llegar.

—¿Qué vamos a hacer con tantos refuerzos para Mataya?

Al entrar nuevamente en *El Gallo Rojo* me pareció que el volcán tenía ganas de una erupción.

14

HABÍA dado un quejido cuando el reloj echó las últimas campanadas madrugadoras. El quejido la despertó porque parecía de ánimo en pena. Volvió a quejarse, pero hizo un mohín de disgusto al no encontrar ningún dolor que lo justificara. “Estoy harta de todo”, pensó, sin abrir los ojos. Y sin abrirlos recordó la conversación con el padre Barrios. Entonces buscó luz con temor de oír crujir los párpados hinchados.

Los ruidos habituales de Tambo iban despertando la mañana. — “Ya amaneció”, volvió a decirse, fija la mirada en las manchas del

cielo-raso: alargadas, circulares, sin forma precisa, diluidas en lejanías turbias.

—“Como yo.”

Sonrió porque se ponía solemne, distendió los brazos y se desperezó.

—“¡Ese curita Barrios!”.

Sacudió la cabeza para desprender los últimos retazos de sueño, y detuvo su mirada en la maceta que desgonzaba una flor en el descansillo de la ventana.

Al estallar el primer cohete del día se levantó en bata de cama, tomó su vaso y se arrimó a la maceta. — “Estamos trasnochados”, le dijo vaciándole agua. Llevó a sus labios los bordes del vaso, sorbió, regresó al riego de la flor.

—Lo necesitamos, ¿eh?

Enjuagó los dientes, se colocó junto a una palangana y hundió las manos. El contacto del agua la hizo tomar conciencia. Entonces se miró en el espejo del aguamanil. — “Parezco una iguana.” Le hizo a la imagen un gesto compasivo y fue a prepararse para salir.

—¡El alfarero!

Necesitaba la greda fresca, el silencio de aquel hombre de barro, porque algo sin cauce se le anunciaba, como la fiebre.

Y al andar por la calle, ciega a la calle y a las gentes, pensó que andaba con los pasos del alfarero y del sacerdote.

No sabría decir si su evolución obedecía al credo del padre Barrios o al modo de ser de éste; si el alfarero intervenía en el vigor que veía nacer; si había en ella simple cansancio, y, por tanto, curiosidad interesada para evitar el hastío; si era defensa contra una vida que le ofrecía pocos halagos. Dudaba de la sinceridad de su conversión. ¿Fue premeditado esperar la madurez para arrepentirse?

—“Es vituperable” —le había dicho el sacerdote—, “ver en el cristianismo una simple reserva para la vejez y la muerte.” —Y enojado—: “¿Es que la Iglesia va a convertirse en un último recurso de enfermos de espíritu y gozonas otoñales porque ya en otra parte no tienen cabida?”

A Otilia la conturbó su confusión, la conturbó el Cristo estrujado. Ahora le hacía daño la austeridad de la casa del alfarero sin los

adornos vulgares de su cuarto, sin su proyección en rincones y muros, en el lecho donde recibía a quien pagaba o a quien le mereciera su afecto. Sabía de los borrachos sobre su cuerpo, del amor asqueante, de la risa fingida, de la simulación para vivir. Y, con ello, para morir un poco. La atroz soledad de compartir techo y lecho con quien no se desea ni se ama. Sólo Pedro Canales...

Los nervios se contrajeron al recuerdo del Capitán. Cabellos al viento, espumarajos en el belfo y los ijares, olor de bestia en celo, estrellas en el frío de la noche...

Apretó boca y ojos, clavó diez dedos en la greda que amasaba para rechazar la imagen pero sus nervios sufrían las carcajadas del hombre y sus senos sentían aquellas manos peludas que la arrastraban al más salvaje estremecimiento del mal.

—¿Recuerdas sus botas, alfarero? Son negras y altas. Las mandó hacer con la piel del diablo, me dijo un día.

Sonrió a su recuerdo:

—Cuando está nadando en los ríos, sus botas lo siguen por la playa. Alguna vez ellas solas mataron una serpiente...

En el silencio de la casa de barro emergía aquella presencia avasallante que le diera las horas más diabólicamente hondas de su vida. Pero, ¿recordar insistentemente no sería una forma de seguir pecando? En esos momentos, ¿el recuerdo de su pasado no sería su única posibilidad de futuro?

—Otilia...

Otilia giró el cuello como si las palabras hubieran sido riendas. Cuarenta años hacia atrás. Otros tantos le restarían para arrimarse a ellos como a una sombra estéril. Sin bulla, sin hombres, sólo sus recuerdos la reclamarían para el regreso imposible.

—Estoy condenada, alfarero.

Se recogió en la pared. Los brazos colgaron. Envejeció en un minuto.

—Nadie está condenado.

Por la manera cómo Otilia trataba el barro, el alfarero adivinaba la lucha en su corazón. Y la admiró.

—“Oficio extraño el de alfarero, clérigo o lo que sea.”

Se levantó para hornear las figuras. La mujer no sacó del barro los dedos. Seguía oyendo a Pedro Canales. — “Un hombre-diablo,

para hundirse con él. Negras las botas, negra la chaqueta, negro el cabello. ¿Qué no es negro en Pedro Canales?”.

—Alfarero, ¿no has visto las manos del Capitán? Hasta las puntas de los dedos son peludas. Una vez me asustó en la casa con esta pregunta: — “¿Qué harías si se me volvieran garras?”. Creí que en realidad las uñas le iban creciendo para destrozarme. ¡Y yo estaba contenta!

Sacó los dedos porque al recordar la figura triste del padre Barrios se sintió culpable de ella. Una sensación igual experimentaba años atrás cuando clavaba sus ojos en los párpados de un Cristo y en el punzón del costado.

Despabiló para reemplazar la visión.

—“El pecado” —le había oído— “se reduce a cerrar los ojos a la presencia de Dios, aplazar el perdón, porque éste sólo llega de un sacrificio.”

Pero el sacrificio era superior a sus fuerzas. Su vida la llamaba por boca de Canales. “Nos sentimos como polluelos cuando el gavilán se les deja ir. A otros les exigimos que sean delicados, que sean... A Pedro Canales nada le exigimos, sabemos que es ave de presa, cruel y salvaje.”

Volvieron las manos a hundirse. En su cuarto recibía al que se lo proponía, desde el arriero hasta el Cojo Chútez.

Prensó los labios, las manos se liberaron otra vez.

—“Hay que buscar el ejemplo de los bienaventurados”, había agregado el sacerdote.

—“Usted puede seguirlo, es santo. Pero, ¿yo?”

Al padre Barrios le incomodaba que lo llamaran santo porque la santidad debía ser una lucha terrible, y él no tenía que debatirse contra la carne. Tampoco el demonio se ensañaba mostrándole otros caminos del mal. Pan ácimo, flagelación de las almas, el “Lamma Sabacthani” de los espíritus solos... La pobreza era un estado natural suyo, el ayuno y la abstinencia no le costaban sacrificio, era como tener caídos los párpados. Inclusive sufría cuando de tarde en tarde estrenaba sotana o zapatos. Y, de no ser ineludible, habría cambiado por otros más sencillos los ornamentos del culto, en los que tanto se esmeraban las monjas. Frugal y austero por naturaleza, acentuaba las necesidades para establecer

el puente con su infancia y su juventud de privaciones. En cuanto a la caridad... “No es caritativa la mata de maíz porque nos dé la mazorca. Dar es su destino.”

Añadió para Otilia:

“La santidad puede nacer de una conciencia de culpa. La santidad aspira a la unión con Dios, cuya compañía impide la tristeza del pecado”. Y para sí mismo: “Sin esa tristeza, ¿habría purificación de las almas? Entonces, ¿purificación de qué? ¿No se le quitaría a la conversión parte de su grandeza?”.

Antes en Otilia el pecado era alegre aunque se proyectara sobre la angustia de su comisión. Ahora temía que fuese más vital que su remordimiento.

—“Dios me queda demasiado grande” —había respondido.

—“Hizo a Su imagen y semejanza nuestra alma. Por mínima que la creamos, se engrandece cuando Él la llena”.

Fue como si se dirigiera a la plaza, de donde llegaban murmullos de expectativa, enfrentada a un pueblo, a un sacerdote, a ella misma. Le inspiró lástima y llegó, por reacción contra la actitud de Tambo, a sentir solidaridad con ella.

—“Perdóname, Señor. Es una proscrita que lucha contra todo.”

La lucha de cada cual. Y él en vigilia sobre el adormecimiento de sus feligreses.

No iba a esperar que la sola presencia de un sacerdote bien intencionado diera de un día para otro un vuelco a las conciencias. No oiría en todos los labios cantar la palinodia, pero en sus parroquias había tocado fibras ocultas de personas que sólo esperaban, sin saberlo, una mirada, un gesto amigo, un ademán de alma para tender el puente de salvación. O el de condenación. Basta con llegar a la hora señalada. Y ésa era cada una de las de su vida. Por lo menos tal esperanza lo mantenía: la de ser un punto de arranque o un vallado de Dios.

—“Él comprende a los que buscan el camino de regreso. Él arde en las almas llagadas y convierte en inocencia la carne pecadora.”

Otilia tendría que regresar por abrupto camino, aprender a vivir recogidamente, pues le pareció demasiado tarde para buscar otras alegrías distintas a las que incubaban su carne y el licor. O llegar a

confortarse en la pena, pues ésta representaba la huella de sus expiaciones.

—Alfarero, ¡mal mandado nos mandaron hacer!

El alfarero no contestó. Otilia quitó gravedad al pensamiento:

—Así en cuclillas pareces un caballo-de-palo.

Tronchó el envión de risotada, la lengua recorrió sus hermosos dientes de perro.

—De pequeña me decían que los diablitos montaban en caballos-de-palo porque los grillos los tumbaban. ¿No serán buenos jinetes los diablos? Pedro Canales...

Se mordió la lengua, gritó:

—¡Pedro Canales me clava las espuelas día y noche!

La exaltación cedió al recuerdo del sacerdote.

—“No eres la peor ni tu caída es la más honda. Has ardidado en el libertinaje, es verdad; pero otros en la obsesión contra el pecado de la lujuria han olvidado los que cometen, igualmente graves: violencia, prevaricato, chisme, falta de caridad, vano orgullo...”

Y otros —pensó para sí—, en que el demonio se pone una careta remedo de la faz divina. Los que se apuntalan soberbios en su acreditada virtud para odiar al descaminado; los que se hacen indigentes para documentar su odio, porque puede estarse orgulloso de la riqueza como de la miseria. Los que se jactan de sus llagas y de su debilidad para maldecir al sano y al fuerte. Los que se basan en la aversión de los de abajo para acrecentar su propia aversión y su poderío. Los que dan a la Iglesia un porcentaje por las especulaciones que han hecho, para tenerla de cómplice y tratar de sobornar a Dios sin el doloroso sacudimiento de la conciencia. Los que aparecen oficialmente católicos pues en la superficie es sencillo y productivo, ya que, a su pensar, alcahuetean las debilidades. Pero ser cristiano en sí mismo y no ya como pacto es arduo en el hombre, es...

Otilia se sintió aliviada de un peso que no aminoraba el de su derrota.

—“Sí, vano orgullo. Hay muchas otras concupiscencias” —añadió el sacerdote contemplando su raída vestimenta, los trastos del alfarero, la parva comida—. “Es difícil la perfección porque tiene

caminos encontrados. Tal vez estoy orgulloso de mi falta de orgullo...”

Las manos de Otilia resbalaban lentas en la greda que de pronto, sin sentirlo, fue adquiriendo la forma de sus preguntas. El alfarero observaba. — “¿Se le quebrará al curita el trabajo?”.

Otilia tomó febril conciencia del barro: con las manos acompasaba su lucha. El alfarero volvió a sus cacharos.

—“Duros días la aguardan. Todavía no está en el horno.”

Y también se concretó a las formas de la greda que apaciguaba su soledad adquirida en años de válvulas cerradas, excepto para la creación humilde.

De repente oyó a la mujer:

—¡Un Cristo! ¡Ha salido un Cristo de mis manos!

El alfarero se levantó.

—¡... Sola formé del barro un Cristo!

—Un Cristo sufriente.

—¿Sufriente?

—Algo tuyo le pusiste.

Ella señaló perpleja la figura, se sintió del mismo barro, trascendida. Se le ensancharon los ojos.

—¡Estoy pagando mi deuda!

Y clavó un dedo delirante en el costado. Sintió que le dolía el suyo.

—Es la peor lanzada que he visto en un crucificado —dijo el alfarero. La mirada candente de ella giraba de la imagen al alfarero, del alfarero a la imagen. Parecían ceniza de incendio las ojeras.

Y sintió que al hundir el dedo, no sólo quería herir al Cristo, sino estar cerca de él, ser un poco de su sangre.

Por primera vez en el día sonrió.

15

HABÍA quedado solo, pues una riña preliminar de aficionados hizo desocupar *El Gallo Rojo*.

Marta regresó por ver en qué iban mis cosas. Y cuando el de bigotes entró de nuevo con otro, ella se refugió tras el mostrador. Don Jacinto la observó contrariado porque al acodarse en el

mostrador, los recién llegados la contemplaron lascivamente. El de bigotes preguntó a su compinche sin mirar al dueño:

—¿Tú crees que diga que no?

El otro hizo un movimiento de duda petulante, con la sonrisa húmeda de los acostumbrados a dominar por el terror y una lentitud que imitaba la de las palabras. Llevaba el sombrero en la nuca, sostenido por el barboquejo. Pelo erizado, hombros anchos, caderas estrechas, piernas delgadas, actitud de olfatear a toda hora. — “Un jabalí, pues.”

Don Jacinto tenía miedo. Otra vez amenazarían, pedirían licor, víveres, dinero.

—¿Qué se les ofrece a los señores?

Ellos fingieron no oírlo.

—Nos llama señores —comentó uno con la mirada baja. Sonaba extraña la voz pastosa entre los rostros ásperos.

—¿Y por qué crees que diga que no? —siguió el otro con ademán negligente, como si el dueño no existiera. Las copas y los nudillos producían ruidos insistentes entre diálogo y diálogo.

—Puede parecerle mucha cantidad.

—Además, es padre de Antonio Roble.

—Pero es de los nuestros.

—Por eso lo protegemos.

—Contra los incendios de los malquerientes.

—Porque hay malquerientes.

—Contra los apaleadores.

—Porque hay apaleadores.

—Contra...

—Lo protegemos de todo peligro.

—Entonces no dirá que no.

—... Protegemos sus propiedades, lo protegemos a él, a su hija.

—Claro, a la hija también la protegemos.

Se hincharon las venas del cuello de Marta. La respiración erguía y contraía sus senos como animales acorralados. La sonrisa del de bigotes se inmovilizó, y la de su compañero. Cambiaron de tema:

—¿Qué opinas? —preguntó el de bigotes al otro.

—Que es montaraz.

—¿Te ha tocado amansar potrancas cerreras?

—Algunas me han tumbado.

—Depende del jinete, ¿eh?

—Y de la potranca.

Se sirvieron, bebieron despacio mirando a la muchacha pegajosamente como si la bebieran a pequeños sorbos. Don Jacinto sudaba. Por el calor, por los golpeos desesperantes, por el miedo suyo, por el de su hija en el rincón. Los mangos maduraban a magullones. El gordo de vestido blanco desde el frente alzó el ala de su sombrero tejido. Los matones continuaron:

—Don Jacinto es consciente.

—Porque otros...

—Lo que ocurrió por ejemplo al dueño de La Cabaña.

—Lamentable.

—No quiso dar las cuotas, no pudimos protegerlo.

—Hirieron a su mujer.

—Pero logró salvar dos taburetes y un molinillo de maíz.

—Algo es algo.

—Si en otro incendio no los pierde.

—Tal vez podamos protegerlo ahora.

—Y ¿cuál es la cuota de esta semana?

—Cincuenta.

Don Jacinto abrió la boca sin que una palabra saliera, ni una mirada precisa. Las manos quisieron decir algo, se entorpecieron los movimientos.

—... Don Jacinto es práctico.

—Cincuenta pesos son poco para defenderle tanto.

Volvieron a Marta, se sirvieron otra vez de la botella. De cuando en cuando hacían chocar las copas, los taburetes, las espuelas, o continuaban produciendo contra el mostrador ruidillos que calentaban la fonda.

Aunque veía dentro de mí otras cosas me daba cuenta de la situación. Si alguna cosa me ha revuelto el ánimo, ésa ha sido el abuso de las personas. Y hasta de los animales de presa. Quizás el impacto moral que recibió mi madre exageró la necesidad de reparar impactos en otras personas.

Los golpecillos seguían contra el mostrador. Una de las cuatro manos sobó la canana, otra acarició la empuñadura del revólver. El silencio se medía por los ruidillos que sonaban más lentamente, a compás. El estallido de un cohete en la plaza fue como si el silencio hubiera estallado. Los dedos del tendero se hundieron en la gaveta y sacaron unos temblorosos billetes. Al verlos junto a la botella los dos hombres se sirvieron con la misma lentitud el trago restante.

—Don Jacinto es buen elemento.

—Es.

Me levanté para pagar la cuenta. Los extorsionistas fingieron no verme, para un mejor efecto de sus indirectas cuando me arrimé al mostrador.

—Es silencioso —comenzó uno.

—No entran moscos en boca cerrada —dijo el otro.

—No le sirvió el disparo que le hicimos.

—Estaba pensando en su gallo.

—¿Qué presa escogerías?

—La pechuga.

—El agua está hirviendo.

—Desde hace rato hierve el agua.

—Yo me quedaré con los muslos.

Los billetes seguían al pie de la botella. El de bigotes los tocó.

—El forastero va a pedir la cuenta.

—Hombre honrado.

—Puede ser guerrillero.

—Puede ser.

—¿Crees que diría que no?

—¿A qué cosa?

—A que despescuecemos su gallo para la cena.

—Propongámoselo.

Voltearon sobre los tacones. Yo pregunté al dueño, controlándome:

—¿Cuánto le debo, don Jacinto?

—Nada, joven... —tartamudeó.

—Siempre pago lo que consumo —dije.

—¿Oíste, compañero? —remedó el de bigotes.

—Siempre paga lo que consume.

- Tiene gracia.
- A lo mejor pague lo que consumimos nosotros.
- A lo mejor.
- Otros lo han hecho.
- El forastero no se atrevería a decir que no.
- ¿Quién sabe? No se asustó con la ruleta.
- Ni con el primer disparo.
- Tal vez con los que sigan...

Los mangos se magullaban en los dedos de la muchacha. Sonreí para contrarrestar su palidez. El dueño, insistió, agradecido y temeroso:

—No debe nada, joven.

—¿Y ellos? —pregunté al entregar mi dinero, señalando con la quijada a los matones.

—Tampoco —se apresuró a aclarar.

—¿Nunca pagan? —seguí.

—¡Hola! —interrumpió el de bigotes riendo con afectación—. Le interesa nuestra suerte.

—Le interesa —comentó el otro y puso una mano sobre los billetes—. El que sus brincos da, a sus pies se atiene.

—Ese dinero es suyo, don Jacinto —dije—. Recupérello.

El provocador prensó con la palma el manojito. El de bigotes se me arrimó, su derecha en el estuche del revólver. Quedé entre los dos, contra el mostrador. Marta apretó con dientes y dedos un mango, sin morderlo.

—No vale la pena, joven... —balbuceó don Jacinto.

—Sí, vale, don Jacinto —dije mientras hundía bajo el poncho mi mano libre. Calculé las distancias de la mandíbula de uno y de la mano del otro en los billetes. Jamás he fallado en estos detalles.

—Coja sus billetes, don Jacinto —dije.

—¡Je! —exclamó el que los había pisado—. Como que se me pegaron, forast...

No terminó porque le atravesé la mano que los prensaba. La punta del cuchillo casi traspasa la tabla del mostrador. Al tiempo que él gritaba asesté un puñetazo en la quijada del de bigotes, como sólo una vez antes lo hice. Volví a empuñar el cuchillo que atravesaba la mano del fanfarrón.

—Si se mueve un centímetro, rasgo —dije. Y a uno de los mulatos—: Quíteles las armas.

El fanfarrón se retorció. Sobre la tabla crecía el charco de sangre, hasta que al llegar al borde formó un chorrillo que caía al suelo chisgueteando las botas. Mi mano continuaba en la empuñadura con gozoso sentimiento de dominio. Aunque nunca, realmente, fui cruel. En mi caso, tal vez el suplicio de los gallos había sido una forma de imponerme un sufrimiento que mantuviera viva mi necesidad de venganza.

—Como que sí se le pegaron los billetes —le dije al verlos ensangrentados. Y al dueño, sin admitir réplica:

—Páseme la olla. Si no les sirvió el agua para desplumar mi gallo...

Cuando la puso en el mostrador vacié un chorro en la mano ensartada.

—Para que no se le infecte.

Metió un berrido.

—Así me gustan los valientes de Tambo...

De un jalón desprendí el cuchillo y limpié la punta en el brazo del matón, que salió renegando.

—Coja su dinero, don Jacinto.

Marta se apoyó en la pared con ese leve desmayo de las que se entregan.

Afuera ardían las calles de Tambo.

16

TRÁIGAME una taza de café, Dolores. Por favor.

—Padre, le traeré un pocillo de chocolate claro, con almojábanas.

—Quiero una taza de café caliente, Dolores.

—Con este calor y... —objetó el Ama. Sentía tambalearse su dictadura en la casa cural y en los menesteres aledaños sobre lo que no admitió discusión. Se había acostumbrado a pensar que, por dedicar treinta años a sacristías y cosas santas, su vida se había frustrado: el papel de víctima importante lo compensaba con su empecinamiento en imponer, con aparente obediencia a otros, su

criterio y su sentido de la organización: si se había sacrificado, tenía derecho a exigencias en las cosas mínimas del culto, en el régimen alimenticio, en el horario, en el arreglo de implementos sagrados; y en algunos profanos.

—Una taza de café caliente, Dolores.

El Ama llevó su ofensa a los dedos, que se cruzaron y entrecruzaron, como peleando. Tenía la vaga idea de que formaba parte de la antigüedad de la iglesia misma, y que su manera de pensar y obrar era privilegio de una institución, no podía ser de otra manera. Por eso la sublevación de su alma y de su lengua a la llegada del padre Barrios. Además, su concepción supersticiosa de la religión la hacía fanática, recta e inflexible en sus creencias que, según ella, eran verdades de los grandes prelados, de los santos y de Cristo: brujos superiores, oficiantes de ritos encantados, repartidores de castigos y premios, poseedores de amuletos contra todo mal y peligro: de ahí las indulgencias, las medallas, los escapularios, que, por fortuna, no eran colmillos de caimán, huesos de animales montaraces, raíces ni frutas de poderes ocultos.

El sacerdote la vio indecisa y contrariada.

—Café —dijo—. Caliente. En taza.

Y volvió al breviario, que leía al revés. El Ama lo notó. El detalle era casi diabólico, Dios no... De Dios tenía igualmente un concepto primitivo: el ídolo en su nicho, amo de cielos e infiernos, castigador con epidemias y sequías y guerras y discordias, a quien debía temerse y no amarse, a quien era necesario dar de pócima al alma, no para sosiego y goce sino como a una fiera de garras vindicativas. El ensueño del alma justa lo habían sustituido las pesadillas de los grandes magos.

Cuando el sacerdote cerró el breviario, la puerta se abrió y al primer espacio apareció el bastón herrado.

—Dolores —dijo al Ama que se retiraba—. Dos tazas de café.

—Sí, padre —dijo ella sin volver el rostro. La puerta se abrió completamente. Después del bastón apareció la bota de tacón triple. Y un saludo vago, carcajeado.

El sacerdote se levantó, serio y accesible como don Heraclio; desde la ventana indicó las tierras de Tambo, pasó la mano por la cara para borrarse la introducción.

—¿Esas lomas son tuyas, don Heraclio?

—Son mías.

—¿O de la aldea?

El Cojo se contrajo imperceptiblemente. En alguna cocina batían chocolate.

—Su actitud con Otilia en la plaza fue brutal, don Heraclio, pero reveló un aspecto generoso.

En la lentitud, los movimientos afirmativos mostraban duda.

—Debe de ser grande su miedo a la bondad cuando trata con ese afán de ser perverso.

La bota herrada resonó en el tablado. El bastón dio contra la bota. La mano se endureció en el bastón.

—Se está metiendo en honduras, padre Barrios.

—En una de ellas se agazapa su verdadero ser —y casi para sí mismo—: Es imposible que Dios permita la desolación en un alma.

—¿Se aburriría Él en la mía?

Con gesto mortificado el sacerdote concluyó el rodeo:

—De usted depende la suerte de muchos infelices.

—¿Quiénes?

El sacerdote lo miró de frente, con ojos solos.

—Tambo es el pueblo más deprimente que conozco. El más miserable.

Llevó un pañuelo arrugado al cuello, cerró los ojos.

—El más aterrado.

—La antesala del infierno.

—Y no sólo por la temperatura. Ustedes, los guerrilleros, el volcán, la violencia... —Llevó las yemas de índice y pulgar a los párpados—. Tambo, Pozo del Llano, Balandú, Santamaría de los Robles, Yarumo Azul, Cantamañana... Son nombres para vivir en paz.

Ese desear la paz —se preguntaba—, ¿no equivaldría al deseo de tranquilidad personal? ¿Llenarían su ambición una capilla modesta, unos feligreses calmosos, árboles, eras de hortalizas, y la charla con el agricultor, el quincallero, el farmacéutico, el tornero, los colegiales? Intervenía además una necesidad de concordia para sus planes. Por eso en ocasiones sus llamados eran abstracciones de dudoso efecto:

—¿Por qué se matan? Somos de la misma raza, del mismo color, de las mismas necesidades. Dios no debería permitir... Nosotros no debemos permitir...

Tomó asiento en la silla de cuero, miró sus zapatillas gastadas.

El Ama entró saludando al Cojo con una estirada venia. Dejó en el escritorio dos tazas de café humeante.

—Llévese las almojábanas, Dolores.

El Ama se retiró, ofendida. Había perdido su voluntad de la tarde.

—Un hombre, quizás... —empezó don Heraclio mirando el paso acompasado y fino del Ama. El sacerdote interrumpió:

—Voy a proponerle una alianza con Dios.

Arqueó las cejas, estiró los labios hacia las laderas.

—¿De qué le sirven, don Heraclio? Al morir, con dos metros tendremos. La muerte nos encoge tanto, nos quita tanta importancia...

Respiró porque lo había dicho. Don Heraclio dio vuelta a su bastón. Humillante por irremediable esto de morir. Su carcajada. Su pierna coja. Su afición a los gallos. Su ambición de poder. Su fortuna, su odio, su pasado. Y con éste su posibilidad de futuro. Todo desaparecería indefectiblemente. ¿Y después? Ni cojera, ni risotada, ni odio, ni gustos. Ni él mismo.

—“¡Ni yo mismo! Entonces cabría pensar desde algún futuro más allá de esta cosa que soy, o desde un pasado eterno”. — ¿Y después? — “El alma, don Heraclio”, respondería el sacerdote. “¡El alma! Aquello nuestro que ni traemos completamente al nacer ni llevamos completamente al morir; la esencia de aquel *todo* de que somos fragmentos, ese vaho fantasmal de lo que nos rodea, eso otro negado al individuo pero que caracteriza la especie en su eterno sobrevivirse. Instinto de conservación después de la muerte, el *doble* que vagará en derredor de las cosas que en vida le fueron familiares...”

Don Heraclio sonrió al imaginarse convertido en fantasma, echando al ámbito de la gallera una risotada silenciosa.

Pero torció los labios porque en esa dimensión todo era bruma.

El alma. Un sueño que se sueña solo. Un recuerdo interminable de algún momento vivido y que, sin embargo, adquiriría vida, librado

ya de quien pudo ser su dueño. Trascendido. Como un puro pensamiento en Dios.

El sacerdote botó el cigarrillo, se fijó en la frente de don Heraclio, en el hilo de humo que subía del suelo, en dos moscas que volaban sobre el misal. Pensó en el alfarero, en la lavandera, en el enterrador, en la levadura del ser humano, en su pasado connivente. Quizá perdonaba fácilmente los defectos que en él viera posibles años atrás.

—¿Qué alianza me propone? —preguntó entretenido el Cojo.

El sacerdote dobló un cigarrillo. Su trayectoria le había enseñado la fácil conclusión de que no existen seres absolutamente buenos ni absolutamente depravados. La primera visita de don Heraclio le mostró un hombre cruel para obtener sus fines; la segunda, una persona accesible para la generosidad.

La eterna oscilación... El Mal y el Bien... ¿Cuáles sus límites? ¿Dónde empieza la sombra y dónde acaba la luz, en qué parte mueren los sonidos y nace el silencio? El Bien y el Mal... ¿Cada cual no marcha sobre esas paralelas, firmes aunque escondidas, a la espera del llamado?

Se le regó la picadura, estrujó el papel, lo arrojó.

—Usted me pone nervioso. Dios me pone nervioso... No sabe uno exactamente cuándo las cosas son Sus designios, cuándo es libertad que otorga a nuestra ignorancia.

En señal de paz transitoria el Cojo puso el bastón en la mesa, tomó asiento, enjugó el rostro.

El sacerdote miró al cielo. Don Heraclio se burló:

—No lloverá, padre. Ya no hay rogativas porque los campesinos no creen en el Santo nuevo.

La vieja imagen de San Isidro la había cambiado el padre Azuaje por una relamida traída de Europa. Ahora al nuevo patrono le faltaba una pierna. Don Heraclio siguió:

—Unos indios que perdieron su cosecha se la cortaron a machetazos. Con una pierna menos, aunque sea de palo, el Santo se halla en circunstancias desventajosas para los milagros. ¡Póngase en su lugar, padre Barrios!

Y ante la protesta callada del sacerdote:

—Las llamas de la otra vida no nos caerán de sorpresa.

Ni una hoja se movía, ni un pájaro, ni una nube de lluvia. Don Heraclio sacó cigarrillos, rastrilló el encendedor, lo arrimó a la boca del sacerdote. En el humo flotaron las palabras:

—Cierran las puertas, no vienen a la iglesia, no...

Llevó a la cabeza su pañuelo, entre los pliegues continuó:

—No hay veinte árboles en Tambo. Hay seiscientas casas, cuatro mil habitantes sin sombra.

—*Cura Vegetal* le dicen.

—Las ramas, el viento en las hojas... Soy labrador. Mi padre era labrador...

Y sintió a su padre como otro árbol entre los árboles, como una invasión vegetal en el alma de cada hora.

—Fue el primero en llegar a la cordillera...

—“Si vino antes que los otros, ¿por qué no echó mano a toda la extensión baldía?”, le preguntaron. — “Porque lo grande ofusca y no se hace entrañable. Es bueno decir: mi mano levantó aquel muro, hizo este cerco, abrió ese camino. Mejor si todo puede verse desde donde se habla”. Entonces extendía un brazo hacia los linderos, y la mirada se le iba con algo íntimamente suyo. La familia callaba y seguía la dirección señalada por *El Hombre*, que llamaba a su esposa. Ella terminaba lo que hacía y miraba con esa mirada suya de tranquila espera. — “¿Qué te falta?”, seguía él, fijo en el tallo de maguey florecido. — “Las preguntas de *El Hombre...*”, comentaba ella. — “¿Eh, tú qué te falta, pues?”, se dirigía al hermano mayor. — “Nada, padre”. — “Ajá. ¿Y a ti? ¿Eh, Rodrigo?”. — “¿A mí? Aprender mejor a tocar la guitarra”. — “¡Ajá! ¿Quién puede decir que en casa del viejo Marcos falta lo necesario para el honesto vivir?”. — “A *El Hombre* se le ocurren cosas...”. — “Ah, ¿también estás con ellos?”. La guitarra de Rodrigo bajaba un tono. Y de verdad sentían más ligada a cada amanecer la herencia nativa; era entonces sana la vida, sano el olor de la tierra para recibir la simiente.

La apacibilidad en el sacerdote hizo apacible al Cojo Chútez. El padre abandonó su silla e invitó:

—Vea la huerta de la casa cural.

Don Heraclio miró la coronilla mal rasurada, el cuello gastado, el cabello gris.

—Siembras nuevas —dijo. Y porque las cejas del sacerdote pedían un comentario:

—Habrá árboles y flores en su casa.

—Habrá árboles y flores en el pueblo, en todas las tierras de Tambo.

Esculcó los bolsillos de su vieja sotana.

—Fumaremos otro cigarrillo —propuso. Don Heraclio miró las colillas humeantes de los que acababan de botar, y al ver la mala calidad de los del sacerdote, sacó los suyos.

—Fumar no es echar mal humo.

—Con que sea bueno el del incienso... La Biblia no recomienda marcas de cigarrillos.

El Cojo rió discretamente. El silencio era comunicativo. Y el anudar de hilos en la voz del sacerdote.

—El peor mal de nuestros pueblos es el aburrimiento de la desocupación. ¿En qué puede trabajar Tambo? No todos son alfareros, no todos manejan una cantina.

El Cojo intercaló con ademán de asentimiento:

—Ni todos tienen gallos de pelea cómo *Buenavida*.

—¿Ha observado que clavan gajos y entierran semillas?

—Los muchachos han reído con el asunto.

—Ojalá usted no ría, don Heraclio. Me dolería sobremanera.

Empezaba a desmoronarse la rudeza del Cojo. Vio que el sacerdote señalaba los cerros distantes.

—Sembraré millones de pinos en los altos.

—Le van a faltar pecados si no estimula al demonio.

—Trabajo honrado, eso falta. Algunos lo tendrán en las siembras. Pero, ¿los otros? Creo que la cabuya...

Y entre esas ruinas que más se veían en el aire, advirtió una como ausencia de algo que podría recuperarse sin revertir el tiempo. Uno de tantos pueblos era Tambo, y tuvo cosas amables, ahuyentadas por la gente, pero que regresarían, como las palomas.

El humo establecía otra comunicación.

—... Trabajo honrado para convertir esto en algo con orden, con paz y pan en las mesas. Mucho podríamos usted y yo para que lleguen los buenos tiempos.

—¡Se le ocurren cosas!

—Todos debemos cumplir un servicio cívico obligatorio.

—¿Quién lo entiende, padre Barrios?

—Espero que Dios.

—¿Me iba a decir...?

Volvió el sacerdote a tomar asiento, rozó el crucifijo, lo soltó.

—A los que vienen a confesarse les digo: “De penitencia, siembra diez, veinte, treinta matas, treinta árboles en tu casa, en cualquier sitio”.

Y disculpándose:

—Los árboles suben al cielo, como las oraciones.

Al notar don Heraclio que su risotada inhibía al sacerdote, la cambió por el comentario:

—Yo tendría que reforestar el distrito entero.

El sacerdote confirmó silenciosamente.

—¿Todo, padre? —dudó el Cojo. Su jovialidad se tornó desconfiada. El sacerdote esbozó un ademán dubitativo.

—Le tengo miedo, don Heraclio. Miedo de que diga no a mi propuesta. Mi figura fea no ayuda... No me perdonaré si fracaso.

Volvió el Cojo a empuñar el bastón mientras el sacerdote regresaba a la ventana.

—Venga usted —y señaló la falda alinderada por matas de maguey—. Es suya, ¿cierto? Allá, donde se ve el guayacán florecido.

—Es mío lo que alcanza a ver.

—¿Y tiene agua propia?

—Tiene agua propia.

—¿Y nunca la han cultivado?

—Nunca la he cultivado.

—¿Y no piensa cultivarla?

—No la pienso cultivar.

—¿Y sabe lo que el pueblo pierde con esas tierras ociosas?

El Cojo dio golpecillos en el tramo de la ventana.

—¿Qué se propone, señor Cura?

El sacerdote restregó su rostro, cayeron las comisuras, cayeron los párpados hacia una mancha en la sotana.

—Es más fácil hablar con Dios que con usted...

Volvió a señalar la parcela.

—Se trata de que nos la regale para cultivarla.

Contra lo que esperaba, don Heraclio guardó un silencio reflexivo. Las pupilas nadaron en las órbitas.

—¿Sabe, padre Barrios? Este terreno fue lo primero que gané, trabajando honradamente. Ese guayacan amarillo lo sembré aquel día, como si dijera: “Aquí estuvo Heraclio Chútez”.

—Es una manera de perdurar.

—O de marcarse.

—Yo sabía la historia del terreno.

Levantando las cejas el Cojo indicó atención.

—¡Conque lo sabía!

—Lo escogí por ser una de las pocas cosas puras de usted.

—¡Conque lo escogió!

—Para sembrarle cabuya, para la comunidad.

—¿Por el sistema penitenciario?

—Con la ayuda de Dios.

—¿De Dios? El Diablo pone los pecados, usted pone la penitencia.

—Los designios del cielo...

—Los suyos, padre Barrios.

Sopló una carcajada que asustó al sacerdote.

—Por primera vez alguien pone al Diablo de parte del cielo.

—Imagino que los terremotos de Tambo se deben a sus carcajadas.

Las risas terminaron en un acceso de tos.

—Es bueno ver los santos del cielo. O del Limbo —dijo don Heraclio, y observó de soslayo antes de apagar el cigarrillo en el triple tacón. El sacerdote creyó advertir que don Heraclio se esforzaba en aparecer atractivo para hacerse perdonar su alma.

—Esa alianza le ofrezco. Suya con Dios.

Cuando lo dijo, pensó agregar lo que solamente fue reflexión sin palabras: “¿Es que estamos condenados a no pasar de intermediarios entre ustedes y los pobres, entre ustedes y Dios? ¿Estaremos condenados a ser los eternos pedigüños?”.

El bastón trazó en el suelo signos rituales. El tono fue el de quien dice una cosa mientras piensa en otra:

—Tiene razón, gran planta la penca de cabuya.

—Encargué unos hijuelos para sembrar en la casa cural.

—¿También usted, padre Barrios?

—Sembrando se glorifica a Dios.

Don Heraclio se pellizcaba la barba. Miró por el rabillo del ojo.

—... Todos somos pecadores.

El sacerdote previno malos entendidos:

—Dos o tres pencas adornarán el patio.

Don Heraclio volvió al ceño fruncido.

—¿Adorno?

Y el padre, cauteloso:

—Dos, tres matas de cabuya son adorno. Cincuenta, cien, pueden ser penitencia. En grandes cantidades... Esas lomas las hizo Dios para sembrar cabuya. Por negocio o por penitencia...

Y con apresurada intimidad:

—Siempre a Sus ojos es bien visto el que llega de regreso.

Pero le dolió pensar que insinuaba un trueque.

Los ojos se ablandaron otra vez ante la estampa indefensa, volvieron a endurecerse. Había sido el gamonal del pueblo y moriría en su ley. Consideró que en ese momento no hubiera sido de hombre aprovechar la coyuntura para obtener clemencia. ¿Clemencia de quién, o por qué?

—¿Sabe? Creo que usted será el próximo obispo.

—¿Yo? —malsonrió el padre Barrios—. Tengo insuficiencia mitral.

Otra vez la risotada se fue perdiendo para convertirse en las palabras más serias de su vida:

—Son suyos esos terrenos, padre Barrios.

Y por evitar una decisión contraria a su impulso:

—Parece cuento de viejas, ¿no? Arreglaré todo legalmente.

Con la buena ley. Con la ley suya, señor Cura Párroco.

El sacerdote quiso hablar pero sólo empuñó el crucifijo.

\* \* \*

Primero llegó su voz. Luego el rechinar de la puerta. Después los gestos brutales, el envión de su presencia uniformada. Mucho rió don Heraclio aquella mañana. Mucho rabió el Sargento.

—¡El padre Azuaje no habría hecho eso!

—Él era de los nuestros.

—Éste es del mismísimo demonio.

El Cojo jugaba con el bastón. El Sargento se paseaba, acerado, desabrochándose la camisa.

—¡No lo haremos! —dijo—. ¿Por qué no impuso las misas del padre Azuaje?

—El padre Barrios no es el padre Azuaje. Y es el representante de Dios en Tambo.

—No lo parece.

Preferiría afrontar él solo otra batalla con los guerrilleros.

—¿Y sus soldados, Sargento? ¿Pelearán bien sin haber cumplido la penitencia?

—¡Penitencia! ¿A quién se le ocurre que sembrando se perdonen los pecados? ¡A este curita loco!

—Mejor será que vayan a labrar la tierra.

—¿Y el honor del Ejército?

—Por esas lomas estará, aguardando.

No le calaron al Sargento los gestos de don Heraclio. No le caló a don Heraclio la cara del Sargento.

—Sus soldados esperan que les permita cumplir la penitencia.

—¿Y llevarlos cansados contra los guerrilleros?

—Déjelos descansar esta noche.

Con botas y pantalones se tiró en la hamaca, abierta la camisa que dejaba ver un macizo pecho lampiño con gotas de sudor alrededor de las tetillas.

—¿Cree que debo ponerlos a cavar?

—Perderá su popularidad si no los acompaña. Son católicos.

—¡También yo! ¡Pero ésa no es penitencia cristiana!

—El curita la impuso. Tal vez desea empujarlos hasta el cielo, aunque ustedes suban a regañadientes.

Cien soldados. Penitencia colectiva por pecados individuales. Un día de trabajo en el terreno cedido por don Heraclio a la comunidad.

—¿Y usted, Sargento? ¿Qué le dijo el curita cuando lo absolvió?

El Sargento abandonó bruscamente la hamaca, se colocó la gorra, y mientras con una sola mano se abotonaba la camisa, con el

látigo en la otra castigaba la mesa. Las palabras salieron como por un trapiche:

—¡Dos días!

El Cojo volvió a reír.

—Un pecador sobresaliente, mi Sargento.

El Sargento salió a la puerta. Desde ella se veía tranquilo el Páramo de los guerrilleros, tranquilas y burlonas las fumarolas del volcán. Tranquilo Tambo.

—¡Maldito pueblo! —dijo. Al renovarse el enojo empujó la puerta tras de sí. Y se enojó más cuando oyó que no sonaba el golpe brutal que esperaba: la penitencia y la puerta le acabaron de dañar el día.

El Cojo se levantó.

—¿A dónde va, don Heraclio?

—A carear mis animales en la gallera. Harán historia las riñas, se pujan grandes apuestas y *Buena vida*...

Revisó el reloj.

—Van a ser las nueve, los soldados estarán intranquilos. “Sargento Mataya, hombre para cada hora”, dicen.

El látigo coleaba en una rodilla. Don Heraclio siguió:

—El Curita está echando azadón desde las siete con el enterrador, con los niños huérfanos, con Otilia, con el alfarero.

—Los vi.

—Es valiente el padrecito. Y a nosotros no nos molesta el valor, ¿eh?

El látigo repasó la superficie de la mesa, repentinamente señaló al Cojo.

—¿De parte de quién está, don Heraclio?

El bastón del Cojo trazó un círculo.

—De su parte, Sargento.

El látigo volvió a moverse como una cola de animal vivo sobre el escritorio.

—Iré a cavar esa maldita tierra suya.

—Es de la parroquia —dijo don Heraclio, camino de *El Gallo Rojo*.

—Nos tocó la de perder —dijo el Sargento, camino de la escuela que servía de cuartel. Creyó oír las tejas de sol y sombra

cuando sus botas las pisaron.

No contestó los saludos callejeros. Siempre obedeció las órdenes del Ejército por convicción y disciplina, y las de la Iglesia por superstición y costumbre. Cumplía éstas con criterio de jugador, en que poco se invierte con posibilidad de buena ganancia. Dejar de practicar los ritos intranquilizaba la parte infantil que amaba aquellas funciones y se aterraba con la amenaza del infierno. Y como aliviarse era fácil —misa dominical, una comunión por año, cortas oraciones, la mecánica señal de la cruz en la frente—, no oponía resistencia. Pura rutina, como en el Ejército: hacer hoy las cosas de ayer, mañana las de hoy.

Pero ahora había algo más que la práctica de un sacramento religioso-militar; su orgullo se enfrentaba con poderes que había considerado superiores, sin discutirlos ni analizarlos. Como una orden indirecta del Estado Mayor. — “Señor, Señor, Dios de los Ejércitos...”, trataba de justificar su obediencia.

Cuando llegó a la escuela-cuartel filó a sus soldados, latigueó la palma de una mano.

—Hoy trabajaremos la tierra. Es deber del soldado procurar el bien común. Se les repartirá herramientas.

Nunca fue elocuente, pero sentirse dando aquellas órdenes le infundió la ilusión de que no las obedecía propiamente: ordenó a sus soldados cumplir una penitencia, que quiso convertir en deber cívico.

Se tranquilizó. Dios había sido buen General en Jefe de la humanidad. Él, en cierta forma, era Su representante ante el montón de soldados, Su verdadero representante en el pueblo, Su principal ejecutor.

Pero al marchar al mando de su tropa se le agregaron el negro vendedor de helados, don Jacinto, el de bigotes y su cuadrilla. Se sintió como debió sentirse Otilia en su visita a la casa cural. Con menos entereza. Sin humildad. Obligado.

El sacerdote se conmovió cuando desde la parcela vio la fila de soldados.

—La greda de que su Reverencia hablaba.

El alfarero enjugó con el dorso de una mano su frente terrosa.

—Qué tal tu casa, Maria? —preguntó el sacerdote. Una mujer sin edad, color ceniciento como de piedra labrada por un río; su carencia de arrugas —los pómulos altos parecían templar su piel— le daban aspecto de escultura milenaria con la angustia del tiempo indígena en su silencio.

—Dios lo bendiga, padre Barrios.

Otilia distribuía refrescos al grupo de labradores.

—Hay que traer las frutas disponibles —le dijo el sacerdote señalando la tropa que se acercaba—. Arar da sed de la buena.

Ella sonrió. Le hacía bien el trabajo, el sudor al aire libre, el olor de greda removida. Tomó un canasto y fue por lulos; el sepulturero araba como cavando tumbas sin rencor.

—¿Por qué subistes? —preguntó el sacerdote al alfarero—. No te puse penitencia.

—Me gusta la tierra, por eso hago cosas de barro

Volvió a enjugarse la frente, abarcó con la vista el pueblo que abajo remedaba una cruz caída.

—Ya era tiempo —dijo. El sacerdote se sentó en un montón, sacó de la tinaja dos tazas de jugo. El alfarero también se sentó.

—Padre, cuando retoñen los primeros árboles en la plaza, yo tocaré las campanas.

—Será de fiesta.

El padre retuvo a la altura de sus ojos la taza. Y como si en ella viera su pasado:

—Al tocar las campanas en mi aldea los pájaros salían volando. Había muchas palomas y nidos en los árboles y en los aleros.

El vuelo de los pájaros formaba parte del tañir de las campanas al amanecer y a la hora del Angelus.

—Gran oficio el de campanero —agregó; y después de una ojeada sobre quienes removían el terreno—: Hay gente buena en Tambo.

—Hay un párroco bueno —dijo el alfarero. Terminó el jugo y tomó la azada. Había hablado mucho.

Y cuando vieron al Cojo subir a pie la cuesta, el extremo de la pica no reflejó el sol de Tambo.

—El padrecito es un mago.

—Parte con el diablo debe tener.

—Parte con Dios.

—Este curita y sus almas de amasar... —remató el alfarero. Por un momento el cielo pareció de barro quemado.

El sacerdote ojeó el volcán, los altos páramos, los repechos de la cordillera lejana. De allá venía una brisa con olor de musgo, y pensó que venía de su infancia, de un tiempo antiguo que aureolaba la imagen de su padre. Porque él era más su propio padre que él mismo, dejaba llenarse de aquella figura compactada por los años en muro sobre el que recostaba sus vacilaciones. Aquella seguridad que daba el saberse copartícipe de algunas verdades que no mueren con el hombre, de sentirse respaldado por la eternidad en cada gesto suyo.

Y cuando vio que la brisa en realidad mecía la espiga del maguey, sintió que de allá caían los recuerdos, al lado suyo.

17

LOS ojos de Marta se me agrandaban al acercarme, se le agrandaban a ella en la cara asustada. Sus dedos apretaron la guadua del tranquero como si fuera a caer sobre rocas profundas.

—No vi al hombre —dije.

Sacudió las pestañas para regresar de un camino que sólo ella sabía.

—... Pero lo encontraré.

Fingió presencia de ánimo.

Del cañaduzal llegaba un olor de retama y miel silvestre. El olor endulzó las pupilas.

—Me da miedo esa manera de mirar.

Su voz tenía acento de súplica. Para que no matara, para sonreír sin nada amargo detrás de la sonrisa.

Olvidé al desconocido que bamboleó el destino de mi madre, que hizo tambalear mi destino de hombre que nació para la venganza.

Quizá en ese momento vio en mí al José Miguel que le regalaba culebras de piel de colores, que le cantaba al son de su guitarra, que le repitió vagas promesas. Sin embargo, cuando agarré una

estaca del tranquero para saltar, ahogó un pequeño grito en las cuencas de sus manos.

*Aguilán* repicó a la brusquedad del salto. Unas hojas de caña se aplastaron bajo mis botas. Volvieron a aniñarse los ojos bajo las cejas en vuelo.

—¿Qué hace?

Sonreír era una de las cosas que yo ignoraba. Pero sonreí y la tibieza en los labios era como un nuevo sabor.

Olvidé el cuchillo y los puños y la sombra fantasma del desconocido. Creí sentir brisa entre las cañas.

Mi actitud le dio seguridad en sí misma, o seguridad de que tenía un hombre al lado, frente al que podía mostrarse mujer. Y otra vez advertí el cambio en los ademanes, en el alma que trataba de asomarse a cosas ignoradas.

Se movió, probándose. Caminaba como un muchacho, las carnes tostadas y macizas de quien desde niño ha trajinado mil vericuetos. Sin embargo algo en derredor, unido a ella, le daba prematuro cansancio, ganas de protagonizar un hecho que dividiera su vida en dos, pero sin ponerle entusiasmo. Obraba como si alguien le contara su propia vida y ella apenas escuchara, indiferente, el desarrollo.

Entonces imaginé que eso que en ella oteaba era su rostro de niña, cuando contemplaba la culebra de colores, encantada y sobrecogida, desde una distancia que no sobrepasaba el alargamiento de la mano.

Siguiendo en voz alta el camino de lo que pensaba dijo de repente, con altanería insinuante:

—... ¿Y es que cree que les tengo miedo a los hombres?

—Deberías tenerlo.

—¿Miedo a usted?

—Soy hombre.

—Entre hombres crecí. Yo los conozco.

—Ellos no te conocen, Marteja.

Dobló una hoja, entornó las pestañas.

—Nadie me había dicho antes eso.

Dio una vuelta a una mata de caña, con pasos de puma que busca donde dormir la siesta. Su voz salió entre las hojas.

—¡Qué brutalidad de cuchillada!

Vi la sangre en la mano del matón, mi cuchillo que la atravesaba.

—... Yo tenía miedo.

Rió tras la mata.

—... Necesitaban la lección. Si desde...

Al reaparecer conservaba esa expresión satisfecha.

—¿Todavía tiene ganas de matar?

No levantó la vista al preguntarlo.

—Hoy quiero todas las cosas.

Sus manos temblaban cuando se las tomé. Temblaban sus labios al mirarme.

—No les tengo miedo a los hombres, para que vea —dijo, temblando toda ella.

Y cuando nos perdimos siguiendo el olor de la retama, el sol tumbaba el humo, tumbaba las sombras contra el suelo rajado.

Lejos cantaban la extraña canción.

\* \* \*

... Hasta muchos años después mis ojos recordaron la pelusilla de su cuello, mis manos recordaron sus senos brincones, mis oídos recordaron su queja amorosa. Y sus cortas exclamaciones, y su vergüenza, y los hoyuelos en sus rodillas, como si sonrieran. Tenían un vello suave los muslos, sobresalían las venas de su garganta, sus dedos arrancaban hojas de caña y espartillos secos.

Un grillo chillaba ininterrumpidamente. *Aguilán* escarbaba al pie de una raíz. El golpe del tambor se hizo hondo en la respiración de Marta. Ya ni sabía cómo fue su gemido, perdido en la lejana canción.

Por mucho tiempo más ardió en mí la sensación de sus ojos. Unos ojos que de tanto mirar fijamente fueron acumulando mucha vida tras ellos; por eso se le veían más oscuros —por más hondos en uno, en ellos mismos, en un pasado aceptado con rabiosa resignación.

No sé si tenía derecho de amar con todos los músculos, con toda la rabia aquella tarde del cañaduzal. Quizá fue una interferencia en mi destino, una desesperada obligación de olvidar.

No sé si entonces comprendí que no debía aliviar mi porción de dura vida a costa de otra vida inocente.

Jamás entendí las fuerzas que llevaron mis pasos a interceptar los de otros, ni por qué crearon o interceptaron los míos. Porque la bondad en la intención fue inferior a los actos supremos o a los simples actos de cada día.

Pero el remordimiento que dejaron cuando me sentí dolido de un pecado que tampoco entendía, se extendió igualmente a la buena acción. Yo era mi propio castigo.

Sólo comprendí que todo estaba llagado, que hasta mis impulsos mejores dejaban su dolor, su extraño remordimiento. Tal vez porque el pecado estaba en el hombre antes de cometerlo.

Como también, quizás, él mismo traía consigo las semillas de su perdón.

18

LA silla del señor Alcalde rechinó al estrujón de la espalda. El sacerdote oyó el silbido de la respiración, veía el cigarro mascado y sorbido en aquellos labios gordos.

—¿Y las celdas? —dijo.

—¿Cuáles celdas, padre? —respondió rápidamente el Alcalde, como si hubiera estado esperando la pregunta. La rapidez en la voz contrastaba con la lentitud obesa del hombre, con su máscara de paciencia y desgano. El sacerdote siguió:

—¿Es que hay otras celdas fuera de las de la cárcel?

El Alcalde agarró el cañón desmontado de un fusil, que estaba recostado a un lado de la silla, como si se aferrara a un barrote. Sus cejas interrogaron con inocencia bovina:

—¿Qué les pasa a las celdas?

—Que se oye gritar —dijo el sacerdote en tono impresionado. El Alcalde quiso que en sus dedos el cañón tuviera la ligereza de varilla de malabarista, pero imprimió seriedad movimiento giratorio. Cuando soltó la respiración, produjo un silbido largo.

—Será el loco de la canción, padre.

El cañón se detuvo. Su quietud era una vibración contenida.

—El de la canción anda libre —dijo el sacerdote, mirando el cañón y el cigarro.

—Padre, en todo pueblo hay chismes.

—Pero no en todos hay gritos desde las celdas.

—Chismecillos —recalcó el Alcalde sacudiendo la ceniza de su cigarro como si tocara una cuerda en el aire.

—Señor Alcalde, yo he oído gritar en las celdas.

El Alcalde sacudió una pelusa inexistente en la manga de cañamazo blanco. Por remedo inconsciente, y para contrarrestar la fuerza del puño en el cañón desmontado, el sacerdote tendió el crucifijo en la palma de una mano. Parecía que se fueran a enfrentar, cada cual con su arma. Y ese enfrentamiento le fastidiaba porque equivalía a seguir la fácil opinión que ya la gente se iba formando de él: manso con los mansos, condescendiente con los simples, cáustico frente a los aprovechadores de situaciones ventajosas. — “Le gusta llevar las de perder”, decían. “Un héroe tonto de batallas perdidas.”

El Alcalde trató de explicar lo de las celdas con frases sinuosas, contráctiles, como si las palabras fueran culebras que, enrolladas hasta la mitad, aventaran el pescuezo buscando dónde clavar sus colmillos.

—Tal vez un borracho con delirium tremens. Tal vez un...

—¿No está seguro, señor Alcalde?

Apenas el cigarro mascujado reveló la molestia.

—Padre, sabe los desastres del alcohol en nuestras gentes subalimentadas... —Masticó la palabra, aprobatorio—. Pues el Estado... Si no fabricamos licores, ¿cómo crear escuelas? Porque... ¡Hombre!

Al Alcalde le molestó que trataran de concretarlo, de hurgar en su fondo advenedizo. Y en vez de reconocerse acusado, tomó la actitud de quien se resigna a ser víctima de injusticias por algo que un desdeñoso orgullo impide explicar.

Y al no encontrar salida a la situación en las palabras, en su hombría o en su rectitud, la buscó en la puerta. Sacó una llave grande, se levantó con un chirrido de ajuste desganado en la silla, y dijo:

—Perdone, su Reverencia, tengo que asistir al levantamiento de un cadáver.

El sacerdote también salió. Sus palabras sonaron incómodas:

—Es, cuando menos, justo.

El Alcalde respiró silbadamente.

—¿Qué cosa es justa, su Reverencia?

—Que quienes los tumben, los levanten.

Cuando el Alcalde no encontró una elegante ironía, se cebó en el cigarro: lo mordió, escupió el pedazo, desmenuzó en sus dedos lo que quedaba, y ante la impasible estampa del sacerdote, aventó los restos aún humeantes. Y salió después de haber tosido, como fin o como principio de algo. El otro pensó que llevaba su elegancia como si llevara muletas, pues daba la impresión de que aquella se debía no a una condición natural, sino a la obligada corrección de un defecto físico.

Al avanzar por la plaza, en medio de la ira alcanzó a sentir vergüenza de que a sus espaldas el sacerdote lo siguiera mirando.

Entre tanto, el Ama y el enterrador concluían un diálogo. Sus figuras contra el tabique oscurecían el aire de las eras.

—¿Y es que el curita piensa ir al Páramo? ¡Santo varón! —dijo la mujer volteando patéticamente los ojos redondos.

—Irá —dijo el enterrador mientras sacudía las zamarras de cuero peludo.

—¿Y a qué horas, por la Virgen?

—Al oscurecer.

—¿Cómo lo sabe?

—Me ordenó ensillarle su mula para esa hora.

—¿Y quién lo guiará?

—Uno de los guerrilleros se le juntará en alguna parte.

—¿Y si lo llega a saber el Sargento Mataya?

—Hay que ocultárselo porque aniquilará a esa pobre gente.

Removió la pica. Ella se ajustó el pañolón dispuesta a salir.

—¿A dónde va?

—A poner orden en la sacristía.

—Yo iré a ver qué se comenta en la calle.

—Vaya con Dios.

—Con Él vamos todos.

Sólo al desintegrarse la escena se aclaró el ambiente: unas matas con nuevos retoños, una tapia de tejas, un silbo en el alero de la huerta-jardín.

Al sonar las campanadas de la mediatarde el sepulturero salió para hablar con los soldados; el Ama se escurrió para informar al Sargento. En el camino adquirió importancia ante sí misma por sentirse dueña de vidas y muertes.

—Sargento —habló ya frente a él—. Considero un deber decirle...

Estaba nerviosa. El latiguillo le infundía respeto, le infundían miedo los ojos sin cejas y el color de cobre viejo que, al sol muriente, fosforecía.

Al ver que uno de los dedos de la mujer forzaba la trama de la chalina, el Sargento pensó que el ave sacaba por la red una uña de su garra.

—El Ejército agradece sus servicios, señorita Dolores.

El Ama desanudó la chalina y tomó una voz conspiratoria al arrimarse.

—Entre seis y media y siete saldrá el curita para el Páramo.

El Sargento dobló el latiguillo.

—¿Cómo lo sabe?

El Ama tomó conciencia de su importancia; esperó a que el otro se diera cuenta.

—¿Cómo lo sabe? —repitió el Sargento levantándose.

—El Manco me lo dijo.

—Puede ser mentira de ese cretino.

—Además —siguió el Ama— alistaron las zamarras y el encauchado que usan para viajar a las tierras altas.

El Sargento reflexionó con movimientos afirmativos.

—Además irá en la mula —continuó el Ama—. El caballo no es seguro en los andurriales del Páramo.

—¡El curita que nos mandaron! —exclamó el Sargento. Dio un latigazo contra el empeine de una bota, se acomodó la gorra y advirtió antes de abandonar la oficina:

—Que no la vean salir, señorita Dolores.

La mujer cubrió con su chalina la cabeza, miró furtivamente y caminó. El sacerdote trasponía la puerta del despacho parroquial.

Ella se santiguó al entrar en la iglesia. Uno de los soldados detuvo al Sargento.

—Mi Sargento, el Manco ha salido de la casa cural.

—Sigán vigilando.

Había duplicado la guardia; por eso cuando el soldado se le cuadró, prensó con dos dedos los labios y alzó la cabeza hacia los Páramos.

—¡Ordene, mi Sargento!

—Avisé cualquier novedad.

—¿Y si el Cura...?

—¡Siga las órdenes!

—¡Si, mi Sargento!

No tenía que pensar el soldado. Las órdenes son su vida, es su halago el cumplimiento de la disciplina militar. Estaba orgulloso del sargento Mataya, hombre para cada hora. Cuando se unió al compañero, le dijo señalando al enterrador:

—Vuelve el idiota ese.

—Sigamos las instrucciones.

Su pica al hombro, el manco llegó con voluntario trastabilleo.

—¡Hola, enterrador! —dijo un soldado. El manco puso en la garganta su mejor risa de bobo.

—Je, noche de calor va a ser ésta, mis Coroneles.

—¿Tiene calor, sepulturero?

—Yo tengo calor y el padrecito tiene calor, todos tenemos calor. Señaló la montaña con desvío del mentón.

—Buena noche para un paseíto a caballo. O en mula.

Los otros miraron el lugar señalado, se miraron ellos.

—¿Por el Páramo?

—¿Por el Páramo? —El enterrador se sorprendió aposta—. Ni malo estaría con este bochorno... ¿Cierto, mis Coroneles?

Restrilló la pica en las piedras.

—Ah, malhaya, la hora en que dejé el Páramo.

Los soldados cruzaron guiños de convenio.

—¿Y si te dejáramos ir?

—¡Yo no, mis Coroneles!

—¿Quién, pues?

—Mi amo el Cura.

—¿Para qué tiene ganas él de ir al Páramo?

—Ganas no, mis Coroneles. Debe confesar cristianos heridos.

—No son cristianos los guerrilleros.

—¡Tanto peor! Más necesitan cura. —Y en secreto—: Los *chusmeros* se iban a robar al Cura de Balandú.

Los soldados cruzaron nuevas miradas de inteligencia. Se resistirían para despistar al enterrador. Uno dijo fingiendo vigilar los alrededores:

—¿Qué nos darías si te dejáramos ir?

—Si no tengo más que mi pica —habló desconfiado.

—Pero el Cura tiene vino en su alacena.

El sepulturero se desalentó, mentirosamente.

—¡Es vino consagrao!

El soldado insinuó otra posibilidad:

—Hay dinero en la alcancía de San Isidro.

El enterrador rechazó taimadamente:

—Ya no dan limosna, ya no quieren al santo por descuidado con la territa que le encomendó Dios.

—Si no hay centavos, hay vino, ¿eh?

—¡La Virgen del Carmen me libre! —se santiguó el enterrador

—. ¿Robar vino sagrao?

Se arrimó, habló de soslayo:

—Si traigo el vino, ¿dejarán salir al Curita?

Y con movimientos de disculpa:

—No es por mí, es por salvar las almas de tantos moribundos.

Ellos se escrutaron, y con gestos de aprobación forzada:

—Nos haremos los de la oreja mocha.

—Hay una condición, mis Coroneles.

El enterrador se rascó la cabeza.

—... A lo mejor el Curita no salga si los ve a ustedes.

Se consultaron otra vez.

—¿Y si nos retiramos cuando vaya a salir?

—Ah, mis Coroneles, serán dos botellas de vino.

Reflexionó, volvió a decir:

—Tres botellas si el Curita puede salir del pueblo sin que lo molesten.

Fue retrocediendo, a rastras la pica, hasta perderse por la puerta falsa. Los goznes rechinaron repetidamente.

—¡Cayó! —dijo uno de los soldados. El otro frotó la culata.

—Ah, los Coroneles... —dijo para sí el enterrador al subir las escalas que llevaban a la desguarnecida alacena. Cuando ganó la entrada oyó susurrar al sacerdote una plegaria que su postración le iba dictando.

Media hora lenta. Una hora.

—Mi Sargento, el Manco ensilló la mula.

—¡Vigilen!

—¿Y si salen, mi Sargento?

—Tienen que salir. A lo mejor el curita vaya solo.

Y para sí, la vista en el Páramo:

—Esta noche caerán los *chusmeros*.

Media hora. Hora y diez minutos.

Brincaron tres pares de botas. Escaños, aceras, cascajo de la calle. Un postigo se entreabrió. Y cuando por el cementerio bajó la mula del sacerdote, a paso tranquilo, dijo el Sargento:

—¡Son nuestros!

Se fajó la canana, revisó las cartucheras y con rostro tormentoso asomó a la puerta que daba a la plaza oscurecida. Un cacho de luna se tostaba al humo del volcán.

Había llegado la hora de su desquite, la de saldar cuentas con Antonio Roble. Con Pedro Canales. Cien soldados le habían matado. Cien veces ardió en él la tensión de la venganza. Y el curita nuevo sería quien lo llevaría a ella. Le haría rebotar la famosa penitencia.

“Los caminos de Dios son inescrutables”, pensó guasonamente cuando sus pasos resonaron en la plaza desolada. “¡Pecados por árboles!”

—Don Heraclio —le dijo al viejo gamonal—, nos llegó la hora.

El Cojo contempló la casa cural, midió detenidamente al Sargento.

—¿Llegaría? —dudó, sobando la barbilla con pulgar e índice—. Vi cuando el curita salió en su mula.

—Él nos indicará el camino. Pelotones de mis soldados están listos a lo largo para la gran sorpresa.

Un soldado trajo el caballo.

—Liquidaré ese foco de guerrilleros.

—Ese capitán Canales es el mismo Diablo —advirtió don Heraclio—. Ese Antonio Roble...

—Hoy les saldrá la cruz.

—Cuidado, no lo golpeen con ella... —empezó el Cojo, pero se detuvo ante la cara hostil del Sargento, quien, a lomo de su caballo, devolvió la advertencia:

—¿Se está destiñendo, don Heraclio?

Y al observar a su vez la contracción muscular del otro, siguió:

—Matar y morir es mi profesión. Y la que usted escogió sin orden ninguna. Cuando el día llegue no seré yo quien retroceda.

—Sargento —dijo serio don Heraclio—. No le haga daño al curita —y con movimientos desgonzados fue a su hamaca. Y mientras el golpe se perdía en las afueras, en don Heraclio se suavizó la expresión al recordar el impulso que tuvo la víspera, de ir a su parcela y revivir el viejo tiempo, cuando era un vagabundo y resolvió quedarse en Tambo. Había experimentado un goce ya olvidado al saltar barrancas y piedras, al ganar la cuesta sin su caballo semental. Hacía años —desde que sembró aquel guayacán de flores amarillas—, no tenía una alegría sin causa. “Quien no ama un árbol determinado no podrá amar el bosque; quien no ama a una persona tampoco amaré a la humanidad; quien no ama una parcela, nunca sabrá qué cosa es el mundo que habita el hombre.”

Al vaivén de la hamaca chirriaban los horcones. La bota de triple tacón se hundió en la malla de cabuya, la otra seguía el vaivén apoyada en el suelo. Cuando el movimiento disminuía, don Heraclio, fija en la viguetería su mirada, apuntalaba el bastón en la pared y tomaba nuevo impulso.

Junto a la argolla donde se anudaba el lazo, una araña había tejido su trampa, y en los hilos acababa de enredarse una libélula.

Don Heraclio sonrió al pensar que nada tenía que hacer una libélula en su cuarto. Merecía su suerte. Pero la sonrisa se fue borrando al ver que por un intersticio asomaba la araña. Y esperó el comienzo de la lucha.

Sin apartar la vista se fue enredando en su propio pasado.

—“... El mundo que habita el hombre.” ¿No era Tambo su mundo? Más de veinte años atrás había llegado. Trabajó recio para conseguir el terreno que ahora pertenecía a la comunidad. Su única posesión honrada. Lo demás, expropiaciones, patrañas, apuestas, robos legales. Y luego... “La muerte nos encoge tanto.”

¡La muerte! Pero sintió el gusto del cansancio, obedeció la pierna lisiada al deseo de trepar. No sabía en qué forma el sacerdote había hurgado en él. Como sin proponérselo, como simulando buscar el efecto contrario. Como estaba haciendo con su terreno.

La araña había sacado medio cuerpo de la ranura. La libélula se enredaba más a cada esfuerzo. Los hilos de la tela temblaban pero resistían el forcejeo de la libélula. Tres de las patas de la araña comenzaron a avanzar.

—“Sargento, no le haga daño al Curita...”

Don Heraclio se advirtió la inquietud. Cerca del sacerdote sentía un sosiego olvidado, un deseo de ponerse en paz con su conciencia, elástica en sus decisiones de los últimos tiempos.

El hombre actúa de acuerdo con quienes lo rodean, con la moral que hereda o que se fabrica. Si a algunos les quitaran su bondad, quedarían indefensos, caerían sin resortes impulsores, morirían completamente desolados. Y prefirió la fuerza, a los seres capacitados para la maldad vigorosa, que permanecieran tensos aunque los despojara de sus mejores virtudes; porque son auténticamente humanos, aptos para la lucha con alma y músculos.

Pero no quería disculparse en la somera revisión de sus hechos pasados. — “¿Pasados? No, todo hecho siempre está presente, nunca perderá su vigencia en el correr de los días...” No entendía por qué la voz del sacerdote apaciguaba las cosas. Y ese proyecto de sembrar las tierras agostadas de Tambo, de construir casas, de poner talleres. Recordó que, junto al guayacán, la lavandera golpeaba ropa en el arroyo. También el agua era suave en la tarde. Y el humo del volcán, y las voces de quienes araban. Observó el rancho de María, y... — “¡En medio día lo construyeron!” — “Haremos muchas casas, construiremos en comunidad.” — “¿Y si llegan los guerrilleros? Allá están en el Páramo, como aquí está el

volcán; algún día... — juntó y apartó las manos para imitar una explosión—, ¡pum!” — “Con ellos trabajaría.”

Afincó el bastón en la pared y dio otro impulso al chinchorro, con más fuerza porque la araña trataba de hundir algo en el cuerpo de la libélula. Algo también se contrajo dentro de don Heraclio, algo le punzó en alguna parte que creía ajena pero ligada a su hora. Luchaban sus recuerdos.

Fue un niño de aldea, que elevaba cometas y buscaba nidos de pájaros y desobedecía a sus padres y protagonizaba travesuras de su edad. Desde los diez años, en los animales de riña aprendió su agresividad. Amaba los gallos, admiraba a los caciques aldeanos porque sabían imponerse, y supo de las pequeñas glorias formadas a base de guapetonería. Y como su anterior pobreza lo humillaba, juró ser fuerte en poder político y en capacidad económica aunque se convirtiera en embaucador; para ese entonces podría darse el lujo de ser honrado, podría orgullosamente otorgar, nunca pedir favores. — “De no ser así —explicaba más tarde—, “tendría que vivir dando gracias, y eso es lo peor que le puede ocurrir a un hombre.”

Una espuela se le enredó en la malla, jaló unos segundos, miró la libélula. Dentro sacudían un llavero y abrían una puerta. En el rostro de don Heraclio se vio el fastidio que le causó la puerta al cerrarse. De un tirón reventó los hilos donde se había hundido la rodaja.

Le gustaban las espuelas. Flojas, para que al caminar dieran sensación de férrea hombría. — “Tiene una orquesta”, dijo alguien un día en *El Gallo Rojo*. Salió en busca del chismoso, dio tres vueltas sonantes en derredor de él y con el zurriago lo dejó dormido durante toda una tarde de riñas. — “Que oiga las espuelas celestiales”, dijo el Cojo, y con su mejor *Cuatroplumas* bajo el brazo invitó a los demás galleros.

Muchas espuelas coleccionó, como trofeos en las paredes. Algunas se le perdieron en andanzas de muchacho. De cobre, de acero, de plata, combinadas. Y las espuelas de sus gallos. Una vez...

Cuando los recuerdos eran amables sonreía imperceptiblemente y dejaba deslizar el bastón en la malla. Cuando

eran agrios los castigaba con el bastón en la bota. Pensó en José Miguel Pérez, en María, en sus gallos heridos.

La araña arrastraba la libélula hacia su guarida. ¿Por qué no se enredaba en su malla?

—“Porque ella fabrica su ley...”

De pronto le pareció ridículo todo aquello por lo que se hizo fuerte. Había contribuido al envilecimiento de Tambo, al estado de zozobra en la región. Se había enviciado a la tramoya como otros al aguardiente, pero de su embriaguez resultaban víctimas que nada tenían que ver en el asunto. Inclusive su presunto acto virtuoso nació de la aceptación de su derrota; no fue un impulso verdaderamente activo sino la ceniza del incendio provocado, el ripio del mal cuando el mal se supo impotente: la moraleja pero sin llama, sin vibración de verdad cumplida. Un amargo sabor le quedaba en la boca y en el ánimo.

—“¿A quién ama usted, don Heraclio?” A nadie. Ni a sí mismo. La acción egoísta sin más seres al fondo para darle temperatura. Arrastrando a su paso. Como un aluvión, con el menguado triunfo en la demostración a base de poderes instintivos. Porque nada lo apasionó tanto como los animales de presa y garra. Tigres, gallos, gavilanes en el dramático poderío de sus fuerzas elementales. Y el hombre.

Un día apareció en el pueblo con un tigre herido. Cojeaba el tigre al caminar, porque lo hizo caminar por la calle. Cojeaba don Heraclio, con una rodilla desgarrada. — “A brazo partido fue la lucha”, comentaban las gentes aquella tarde. — “El hombre quedará cojo para siempre.” — “Mocho del lapo.” — “¿Dónde sería la dentellada?” — “No fue el tigre el que le hizo daño; en la rodilla están los perdigones de Juancho Lopera.”

La verdad nunca se supo. Lo cierto fue que el tigre siguió viviendo en casa de don Heraclio y que una mañana Juancho Lopera amaneció colgado del tamarindo. Nada dijo el Cojo Chútez porque necesitaba su leyenda.

—“A nadie, padre Barrios. A nadie.”

... Eran los malos tiempos de Tambo, y él ayudó a imponerlos. — “Todos tenemos malos tiempos”, dijo el sacerdote y. lo miró en la forma justa. Con otros ojos, con otra mirada, lo habría hecho

quejarse. — “¿Quién no tiene malos tiempos? Yo estoy en los peores.” — “¿Y cuál sería mí servicio cívico obligatorio?”

El sacerdote extendió sus manos y expuso el asunto ese de la cabuya, lo que sería Tambo con fábricas, con verde por los cuatro costados. Ahora iba camino de la muerte.

—“Sargento, no le haga daño al Curita.”

Al perderse la araña en la ranura arrastrando la libélula, don Heraclio tuvo un impulso de conmiseración. Pero cuando quiso intervenir, ya en el hueco sólo quedaba la telaraña rota.

Movió los brazos categóricamente, se levantó y pidió su caballo. Quizá hubiera tiempo todavía...

19

CUANDO salí del cañaduzal, las personas que curioseaban frente a *El Gallo Rojo* giraron sus cuellos. Los mulatos, el enterrador y el del potro se me acercaron.

—Tómese uno, compañero.

El jinete igualó mi paso. Los cascos resonaron lentos.

—¡Llegó el día! —dijo uno de los mulatos.

—¡Llegó la hora! —dijo el enterrador.

—Apostaré a su gallo —dijo el del potro—. Si pierde no importa.

Puse en la cruz del lomo la mano libre.

—Gran potro, bien arrendado —dije.

—Ajá.

—¿Cría de *Rayo*? —pregunté.

—De *Rayo* es —contestó.

—Yo amansé a *Rayo*.

—¡Truenos! —rió con jovial asombro. Las cabezas de los mulatos contestaron que sí a ninguna pregunta. A lo que pensaban, seguramente. El enterrador apuró el paso.

—¡Las cavaré!

No sé qué tramaban, pero tramaban algo para todo el pueblo. En un día de feria. El de las grandes riñas. El día de *Aguilán*.

El sacerdote encorvado se acercaba con el hombre de cara terrosa. La gente no reparó en ellos.

El dueño de la fonda salió. Se le veía envejecer. Con pasos inseguros llegó al sacerdote. Las gentes despejaron la vía por tratarse del padre de Antonio Roble.

—Tengo que hablarle, su Reverencia —le dijo—. Después de las riñas iré a la casa cural.

—La casa cural es su casa, don Jacinto —respondió el de la sotana—. Fumaremos un cigarrillo.

Detuvo en mí sus ojos al pasar.

—¿Qué llevas ahí? —me preguntó.

—Un gallo de pelea.

—¿Vienes de lejos?

—Busco un hombre.

—Ojalá lo encuentres... —dudó. Le temblaron los labios antes de seguir—: Quitá ese mal fuego de tu mirada.

Estaba cansado. De un rostro así tenía que pensarse que había nacido viejo de una vez.

Era difícil caminar entre los corrillos. El jinete agujoneó su potro y a caballo entró en *El Gallo Rojo* en medio de los dos mulatos.

—Veré las riñas desde mi silla vaquera —explicó a las caras interrogantes.

Empuñó un cadejo de crin, dio palmadas al cuello del potro y se agachó al traspasar la puerta. Me gustó su desparpajo, y lo seguí. Luego el enterrador. Y el gentío runruneante.

Hasta que me vi adentro: era el fin de un largo camino.

Las gradas estaban colmadas. Hundí la mano en una poceta y mojé la cara antes de subir hasta un lugar que dominaba el redondel. A mi paso algunos comentarios lograban destacarse:

—Hoy se prende Tambo.

—Dicen que bajarán los guerrilleros.

—El cuchillo atravesó la mano.

—¿A quién buscará?

—¿Vendrá del Páramo?

—Su gallo está enrazado en águila real.

—Abre el pico, forastero.

—Ábrele el pico al gallo.

Cuando se sentó voltearon a una los rostros. El jinete alzó la botella.

—¡Salud, compañero! —brindó.

Seguía atrayéndome su manera de ser, uno solo con el potro. Un muchacho en quien podría confiarse para correr riesgos y caminos.

—¡Salud!

Repetía el nombre de Marta sin mover los labios. Nunca he tratado de conocer a las mujeres. Cuando recuerdo a mi madre todas me duelen. Y en Marta noté huellas difíciles de borrar. Tampoco entendí su manera de entregarse.

Y era triste su avidez, no ya por vivir sino por destruirse, por completar un daño comenzado tiempo atrás. Pero era una niña, lo comprendí entre las cañas de Tambo. Tal vez fui para ella el hombre que no regresa, tal vez le llegué a la hora señalada por esa arbitraria mano que nunca es nuestra.

Entonces pensé que Marta podría estar llorando, que yo servía de gancho implacable de otra cadena. Y me hizo falta hablarle, decirle lo que he callado porque sólo vivía para una venganza.

En las mujeres jóvenes o viejas de Tambo vi ese cansancio que da la soledad hacia atrás y hacia adelante. Porque Tambo era un pueblo sin hombres: éstos servían en el Ejército o en las guerrillas, o habían huido a las ciudades. Lo que observé en Marta se acentuaba en las otras, con mayor amargura, porque lo que les faltaba para vivir ya nunca podría ser vivido. Y Marta...

Por segundos escuchaba los comentarios sobre la riña anterior, y las protestas de algunos bisoños a quienes afectó el fallo.

—¡El *Giro* mató a *Picodioro*!

—Pero salió corriendo al ver el cadáver.

—¡El Juez está cargado!

—¡Apelo contra la sentencia!

La voz del pregonero se interponía para calmar los ánimos:

—Se ha hecho justicia. Ha ganado el gallo muerto.

—¡Protestamos!

—Orden, señores, ahora nos tocará ver lo que hace mucho no veíamos: el Cuatroplumas *Buena vida* contra un feroz gallo tapado.

El pregonero me señaló. Y de nuevo los espectadores echaron sus cabezas al sitio donde me encontraba.

Muchas caras ávidas, con falsos apetitos, como preparando una gran derrota.

Hubiera querido tener cerca a Marta y hablarle de nidos de pájaros y frutas silvestres y simples historias de los caminos andados. Me hubiera gustado oír sus palabras, sentir su resignación, la manera que tenía de separar el cachumbu de su frente o de preguntar cosas sobre las tierras altas.

Al contacto de mi mano las plumas de *Aguilán* tenían la aspereza de las hojas de la caña, la suavidad que tenía la piel de Marta al sol de Tambo.

20

-¡HELADOS!

El grito llegó a Otilia en una sensación de mirada pedigüeña y sonrisas de dientes blancos en un rostro que giraba a su ritmo. Y mientras caminaba sintió que a distancia la seguía el crujir de la rueda, que los ojos mendicantes del negro se clavaban en su nuca, en sus caderas, en sus pantorrillas.

De regreso a la casa pública su alma alumbró con luz verde y luz roja, alternativamente. Y en medio un alba de claridad sucia. El farolillo de luz verde. El farolillo de luz roja. Su cuarto de citas. Con todos. Y en todos Pedro Canales. Desde que un día, adolescente él aún, la llevó en su remonta por uno de tantos caminos.

—¡Heeelaadoooooos!...

Había amor y deseo en esa voz que refrescaba a Tambo. Desde tiempo atrás seguía a Otilia con ojos de perro vagabundo.

El paso de Otilia recobraba brío al avanzar. ¿Cambiar de un día para otro? No, la vida es agradable a la aventura, y el amor de la carne y hasta las largas esperas. Alegrías de encargo, quizá, pero aliñaban el transcurrir de la aldea. Si el placer era corto, lo era también el remordimiento, y el dolor del pecado apenas alcanzaba al pago por el estremecido placer de la caída.

Al acercarse a los farolillos, las yemas de sus pulgares castañuelearon contra las yemas de los otros dedos; sus labios se animaron. Sintió deseo de mirar al negro, y lo miró, y se detuvo para esperarlo. El negro también se detuvo con el pregón llenándole la

boca, sin salir al aire. Pero la rueda de la carretilla volvió a seguir el paso lento de la mujer.

Ahora no ardían en su frente las miradas y los comentarios que entreoía, ni la herían los cuellos estirados desde los ventanones, como gárgolas. Los farolillos estaban ya en sus ojos, rojo uno, otro verde. La puerta a medio abrir para quien quisiese entrar. La casa pública. La del pecado repetido hasta la locura.

—Entra, muchacho.

Los ojos del negro se volvieron faroles. Uno rojo. Otro verde. Como su indecisión. Él sólo sabía responder a las puyas de los provocadores con su pregón de jugos helados.

Otilia no suspendió el castañuelear hasta arrimar al tocadiscos y poner una canción de reclamo amoroso.

—Entra, muchacho —dijo tarareando. Si fuera Pedro Canales, ya rodarían por el suelo o retozarían en el primer lecho. Galope nocturno. Viento de oscuridad en rostro y cabellos. Espumarajos en el belfo y los ijares. Olor de bestia en celo. Estrellas altas en el frío de la noche. Ruido de cascos sobre las piedras, sobre el pasto, sobre el capote y las hojas secas.

¿No era el amor esa pasión ya depurada en la espera, en la pueril idealización por estar al borde de lo imposible? El amor debería desgastarse de tanto insistir en la misma persona. El recuerdo debería cansarse de ser únicamente recuerdo.

—Entra tu carretilla, muchacho.

Se sentía generosa, nuevamente liberada, contenta porque había aire y sol y viento, porque existía el amor y las cosas respiraban.

... Galope de caballo negro en la noche. Espuma en los ijares. Viento en el rostro y los cabellos. Chirriar de una rueda en el salón...

—¡Entraste, muchacho!

Tenía ganas de hablar porque sus horas de renuncia se hicieron años de reclusión. — “¡Con cualquiera, alfarero! ¡Con cualquiera, padre Barrios!”

Los dedos suspendieron el castañuelear, los labios dejaron de besar la canción. ¡Curita éste! Como para hablarle después de haber pecado, porque su presencia era perdonadora. Semejaba una cansada bendición toda su figura.

Otilia se repantigó en un sillón de pegamoide rojo, los nudos de sus dedos en la barbilla. Con los pulgares sobó la papada.

—“Estoy envejeciendo...”

Pensarlo era estar vieja. Se fatigaron sus ojos al mirar al negro.

—Muchacho, ¿por qué me sigues?

El tono salió triste, para acompañar la canción, triste la mirada pedigüña. Haría cualquier esfuerzo por alegrar unos minutos a cualquiera.

—“¡A cualquiera, padre Barrios!”

El tocadiscos inició otra canción de amor derrotado. Chillona, para despertar la pena. Pero las penas de amor se le iban haciendo ridículas porque estaba cansada de años.

Volvió a levantarse del sillón rojo. Rojo el vestido, ceñido a sus carnes, amplió el escote. El espejo le mostró arrugas en los ojos, trasnocho de alma en las ojeras, manchas en los pómulos, estrías verticales en los labios de poca vida. Gris el nacimiento del cabello que después se hacía rojizo de tinturas. Papandujos los brazos, el vientre, el busto.

Cuando era joven y se miraba al espejo, sabía que esa imagen era ella, se amaba en ella y no aspiraba a ser más que ella; pero cuando en el vidrio fue viendo la paulatina corrosión del tiempo, sintió que ya no podía ser *solamente* eso, y trató de buscarse fuera de sí misma; entonces comenzaron las dudas, tomó forma su cansancio: una extraña forma ausente, la de algo que no existió, o a lo que había que endosarle su pasado, los restos de su futuro. Sus viejas venas en el inútil vértigo.

Se colocó de espaldas al espejo, con un año más.

—¿Qué ves en mí, muchacho?

El negro temblaba. Ella agradeció que la mirara con ardor a esas horas del día, a esas horas de su vida.

—“¡Con cualquiera, padre Barrios! ¡Con cualquiera, alfarero!”

Deseaba degradarse en expiación, refregarse la realidad de sus entregas al Cojo Chútez, a los ganaderos, al sargento Mataya.

El Sargento... Otro hombre atormentado, a su manera. Al frente de su destrozada tropa subiría ahora la cuesta del cementerio. En los restos no se distinguirían los que habían salido la noche anterior. Algunos sin fusiles, apachurradas las cantimploras y las mochilas,

rotos los uniformes. Las botas cubiertas de barro seco. Traerían el cansancio de la derrota. En los labios del Sargento habría un sombrío silencio.

De los cuartuchos llegaba un espeso olor de polvo talco, de alcohol perfumado, de sábanas, de macho y hembra dormidos, de alhucema y desinfectantes de receta casera. Y con ellos risas fatigadas, jadear de compromiso, movimientos de palanganas y colchas y resortes de catre. Algo chirriaba dentro. Chirriaba la rueda de la carretilla porque un pie la movía nerviosamente.

—¿Qué tal los tangos, muchacho?

El negro asintió. No era tan difícil llegar a la mujer deseada.

—... Son para llorar —siguió ella. Miró al negro como si mirara su tristeza o la tristeza de los tangos.

—... Pero algo tiene que haber que nos alegre. Pásame el frasquito de aquel tocador.

Bencedrina. Estimulantes nerviosos. Cuando esto se acabe, ¿no será lo mismo que había atrás antes de nacer? La muerte, la nada por ambas puntas...

—Pásame el vaso de soda. ¡Esos tangos!

El negro se movía más desesperadamente. Otilia cascabeleó el tubillo de píldoras y tragó una.

—Son milagrosas.

Empezó a desabrocharse soplando hacia la nariz. El negro temblaba. Ella sacó una bata de baño y otra vez contempló con impasible ternura en el espejo su rostro fatigado. Volvió al tocadiscos, alzó la manija y puso la aguja a repetir el recorrido de la misma canción.

—¿Qué te gusta de mí, muchacho?

El negro la miró temeroso. La palabra salió como otra mirada:

—Toda...

Ella sonrió generosamente.

—¿Quieres ron? ¿Quieres ginebra? ¿Quier...? Ven acá.

Corrientes de afecto fácil, de fácil expansión cosquillearon en sus vértebras. Su pulso mostraba en el pecado una virtud porque era salud biológica. La alegraba la tristeza rebelde de los tangos, su propia tristeza.

—Ven acá, muchacho.

Le acarició la cabeza. Sedoso el pelo pasudo. Caliente la piel acharolada. La fiebre brillantaba el rostro, ardía en la lengua seca, humedecía el blanco amarillento de los ojos.

—Tienes los ojos tristes.

Como el padre Barrios en su eterno huerto de los Olivos. Porque Tambo era perverso, porque ella pecaba, porque... ¿Cada cual no vive el dolor de la especie? ¿Cada cual no sufre en su hora la culpa de la humanidad entera? Está bien repartido el sufrimiento, está... ¿Arrepentirse por los consejos de un curita de pueblo, o por el afán de ganarse el cielo a cambio de renunciamiento en la tierra? Deberían ser prohibidos los negocios del alma... Si la reflexión naciera de un sentimiento de la dignidad, no de ese afán de lucro ultraterreno...

Entró en su cuarto; escenas bucólicas, cerámicas de tema amoroso, cortinas de cretona, flores marchitas, un portarretratos con la estampa guerrillera de Pedro Canales. Y la temblorosa espera del negro. ¡Si el negro tuviera la energía del Capitán y su olor y su estatura!

Estaba condenada a transferir su alma, a sobreponer en cada cuerpo la calcomanía de Pedro Canales. El rastro agrio en el corazón. Y urticante y dulce, con dulzor de pena consentida. Pocas horas de felicidad, pero ¡cómo las hacía sonar, cómo se embriagaba de ellas! En él amaba todas las cosas con el amor limitado a que estaba condenada. Amaría al negro de los pregones, amaría a...

El negro puso en sus hombros las palmas amarillas. Al cerrar ella los párpados, en las retinas quedaron las manchas del cielo-raso, los parches escoriados de la pared, el negativo de Canales, los ollares nerviosos del negro. En los ojos cerrados las manchas insinuaban la sombra de un Cristo dislocado por los actos de ella, por sus horas licenciosas. Y le dolió el costado, que los dedos del negro estrujaban convulsos.

—Pobre muchacho...

Extendió desgonzadamente los brazos, inclinó en doloroso abandono la cabeza y dejó que los ojos humedecieran la mejilla y la almohada.

Por primera vez tuvo la sensación de que el pecado era castigo de sí mismo.

\* \* \*

En la iglesia sonaron las siete de la noche.

Al salir de la casa del Alcalde el Ama trazó la señal de la cruz, más sobre sus pensamientos que sobre su frente.

—“Tenía que poner el denunciado”, reflexionó mientras se acercaba a la iglesia. Pero cuando vio la mula del sacerdote camino del Páramo, la cara reflejó remordimiento.

Volvió a santiguarse. En el cuartel había un silencio agorero.

—“¿Haría bien?”

—“Hiciste bien, Dolores”, —le acababa de decir la señora del Alcalde—. “En tu lugar habría hecho lo mismo.”

—“Obraste como una santa”, —le confirmó la hermana del Juez—. “Yo también maliciaba que el curita era de los otros.”

En la soledad del atrio el Ama no estaba segura. “Deslealtad, oprobio, traición, fanatismo, ignominia...” Temía encontrar la palabra que la definiera: sería como desnudarse.

Volvió a santiguar sus pensamientos. Por única vez en su vida de sacristía y casas curales temió el regreso. Equivalía a volver al sitio donde hubiera cometido un crimen.

Miró azorada la casa cural, la iglesia inconclusa, las calles desiertas. Sólo en una cantina se oían voces de borrachos y la batahola de un traganíqueles.

—“¿Y si lo matan?” —se santiguó de nuevo en un acto mecánico para espantar el peligro—. “No, Dios lo acompaña.” Y tuvo necesidad de entrar en la iglesia a rezar por él.

El sacristán había apagado los cirios y cerrado los portones. Aún flotaba olor de pabilo y esperma. El recinto aparecía con la oscuridad violácea de las cosas que van muriendo. Creyó entrar en una inmensa tumba.

No encontraba manera de dirigirse a Dios, ninguna de sus habituales oraciones le servía para hacerlo cómplice. Era como hablarle a un muerto.

—“¿Es que matamos a Dios cuando obramos mal? ¿Es que Él muere en nosotros en ese momento?” —pensó vagamente—. “Pero, ¿he obrado mal? ¡No!”

Había sido experta en limpiar copones y cálices, en ordenar albas y casullas y estolas, pero ahora se le volvía un embrollo limpiar y ordenar su conciencia.

Los santos en sus nichos se le antojaban búhos que acecharan con ojos inmóviles. El índice prepotente de *El Creador* hurgaba candente en su duda. Quiso retroceder pero sintió igual miedo del regreso con la sensación de que Dios no estaba en la iglesia, de que no estaba en su alma. Y todo se le oscureció.

Temblaba cuando sus pasos resonaron en la nave, temblaba al silenciarlos porque se sintió fantasma. Tembló al detenerse, siguió temblando cuando reanudó el paso. Al acercarse al altar mayor era un solo estremecimiento, incapaz de rezar, de retroceder. Tendría que llegar a la barandilla del comulgatorio y abrir la portezuela de comunicación con la casa cural. Hubiera preferido tomar sola, de noche, en el camino del Páramo.

Pero el miedo le dio valor y ganó los tres escalones del presbiterio, abrió la portezuela, cruzó el pasadizo y entró en la sacristía, donde en una palmatoria agonizaba una llamita que oscurecía más las cosas al hacerlas intuición. Los santos se volvieron aparecidos porque su terror les quitaba inmovilidad.

Fijó los ojos en la llamita, en derredor de la cual los objetos adquirirían alargamientos fantasmales. Al pie, el reclinatorio bordeado por estoperoles. Allí acostumbraban a rezar los párrocos en su soledad desde que ella se conocía como Ama de Llaves.

Volvieron los remordimientos al pensar en el peligro que afrontaba el padre Barrios. Por culpa suya. A lo mejor ya había caído en la emboscada junto con los guerrilleros.

Una mano en la boca detuvo el gemido. Dios no estaba a su lado, no encontraba la oración ni la voz que la comunicara con Él. Se interponía el espectro del sacerdote, el recuerdo del enterrador, el ánimo vengativo del Sargento.

—“¡Espectros!”

Empezó a caminar de lado, tropezó en una vieja imagen de San Isidro. Creyó que el santo le guiñaba uno de los ojos de vidrio, que la amenazaba con su azada, que el perro de San Roque le gruñía, que la aplastarían los cascos del caballo de Santiago Apóstol.

De medio lado se retiró de la imagen y dio en el espaldar tachonado del reclinatorio, junto a la lámpara votiva. Colocó una mano crispada en la aldaba de la puerta, la otra en el reclinatorio.

Fue allí donde sintió esa cosa blanda, fría, como un brazo de muerto. Fue allí donde vio que el espectro del padre Barrios sacaba la cabeza de entre sus gruesas manos y la miraba con una tristeza que hacía más patética la escasa lumbre.

Unas palabras del Ama acabaron en un grito:

—¡Yo lo maté!

Y cayó desmayada, la mitad del cuerpo en la sacristía, la otra mitad en el pasadizo.

—¿Qué sucede, Dolores? —preguntó el sacerdote a sabiendas de que la pregunta era inútil. Se levantó y cacheteó el rostro del Ama, que pujó antes de parpadear y ver encima el espectro del cura párroco. Siempre habían dicho que en la sacristía espantaban, pero nunca creyó que a ella precisamente le llegara la hora.

—¡Dios Santo! —volvió, retrocediendo en el suelo, de espaldas, más volados que nunca sus ojos de pavo.

—¿Qué ha ocurrido, mujer? —habló el sacerdote bregando por levantarla.

—¿Está muerto, padre? —salió una voz también desmayada.

—¿Qué pasa, Dolores? —dijo el sacerdote ayudándola a sentarse.

—¿No salió hace una hora al Páramo? —preguntó ella. El sacerdote se estremeció al pensar que algo que debió temer, ya había sucedido.

—¿Por qué lo preguntas?

Ella gimió.

—¡No era usted, padre Barrios!

—¡Habla, mujer!

—¿Quién iba entonces en la mula? —balbuceó más aterrada que antes.

Se levantó, confusa.

—Debí imaginarlo, porque...

El Ama cruzó sus dedos en la boca.

—Ahora recuerdo —siguió el sacerdote— que no encontré la sotana, ni las zamarras, ni el encauchado... —Y al Ama, que se

mordía los dedos, prensada contra la pared—: No pude salir como pensaba...

La mujer comprendió hasta qué punto la había engañado el enterrador, hasta qué punto planeó con los guerrilleros la coartada de la visita del sacerdote al Páramo.

—¡Acribillarán a los soldados por culpa mía! —dijo, sacando su voz como a un pescado, que luego cabrioleó en el aire—. ¡Padre, confíeseme, quiero morir! ¡Que Dios me perdone!

## 21

OBSERVABA la gente, las telarañas, las grietas murales de los terremotos. En los muros agrietados del pueblo se retorcerían millares de alacranes, de arañas, de lagartijas. Observaba las tapias desconchadas, sus costillares de guadua y cañabrava, una tira de papel inmóvil en una alta viga; si se hubiera movido, me habría refrescado. Pero en Tambo no entraba la brisa, entraban el humo, el chillar de los grillos de verano, el golpe del tambor.

Cuando no hablaban de mí o de las riñas, se referían a personas o a hechos de los que nada sabía.

—La Otilia fue a la casa Cural.

—Parecía un cadáver al regreso.

—La defendió el Cojo.

—Al fin cometió una buena acción.

Don Jacinto llegó demudado hasta la valla. Buscaba un rostro entre el gentío. Al no encontrarlo, dijo:

—Destrozaron a la gente del Sargento Mataya.

Los espectadores movieron sus pies nerviosamente. El ruido cesó como si todo se hubiera sumergido en el agua.

—Por el cementerio viene. Seis soldados le quedan. Los guerrilleros le pisan los talones. Mi hijo...

—¡Viva Antonio Roble! —gritó uno de los mulatos.

Botellas de aguardiente pasaron de mano en mano. El licor avivaba la expectativa.

—Atrapados.

El enterrador sonreía como quien sacia una venganza.

—¿Vamos al encuentro de los guerrilleros? —dijo alguien, cerca.

—Vamos... —respondió el aludido, indeciso, pero rectificó—: Esperemos a ver en qué paran estas riñas.

Me señaló significativamente.

—... Van a ser más sensacionales que la entrada de Antonio Roble.

Nadie abandonaba la gallera. No sé qué más, fuera de mi lance, aguardaban los partidarios de los rebeldes.

Volví a pensar que Marta no podía ser la que se me entregó, ni yo el que la hizo gemir entre las cañas. Tal vez fuera una de esas mujeres de tranquila sensualidad, porque a primera vista exageraba su recato. Por un momento creí que ese recato era el deseo contenido que se desbordaba a un estímulo fuerte. Pensé que su generosidad la llevó a entregarse como si entregara algo de su propiedad pero ajeno a ella misma. O una manera de probar su afecto. No obstante, había amargura. Me recibió como si se vengara a su vez.

—“No tengo miedo a los hombres”, —dijo con desparpajo que le quedaba estrecho—. “He vivido entre ellos desde niña.”

Quería decir que les tenía asco. No entendí por qué me esperó en los cañaduzales. Ni por qué se empeñaba en desprenderse de su dignidad. Pues también le noté ese algo familiar en mí, ese “cualquier cosa da igual”, un aire distinto, el de quien nada le importa a no ser ese alguien a quien busca, invisible para los demás. No me entendía a mí mismo.

Las voces seguían llegando, lejanas.

—Hizo desocupar la plaza.

—Habría matado al que la mirara.

Desde mi sitio distinguiría al desconocido, entre mil pasos los pasos suyos, el color de sus botas, el sonar de sus espuelas.

—“¿No oyes, hijo? ¿No oyes?”, preguntaba mi madre incorporándose.

—“¿Qué cosa?”

—“¿No oyes pisadas de caballo junto a la puerta?”

—“Ningún caballo pisa el patio.”

—“¿No oíste ruido de espuelas en el corredor?”

—“No, madre.”

—“Pero, ¿pusiste cuidado? Asómate.”

—“¡Es el viento!”

Viento, lluvia, duendes caseros, relámpagos en noches de tempestad. Nunca el desconocido. Ni él ni su mirada. Quizá la sombra de las espuelas. Siempre las soñé. Espuelas de gallo rojo, espuelas con rodajas dentadas. De pequeño oía el brillo en la noche, firmes las patas niqueladas en las botas. Pasos sobre la tierra apisonada. Pasos sobre las piedras. Pasos sobre la madera del corredor. Pasos sobre los tablones de un cuarto con ventana al camino.

—“Madre, quiero medírmelas.”

—“Cuando crezcas, hijo”, respondía con ese dolor noble que tienen los ojos de los perros heridos.

Tal vez ella pensara que eran espuelas para andanzas sin retorno. Únicamente pude calzarlas cuando el tiempo de la venganza se hizo caminos. Uno de ellos me llevó a Tambo. En Tambo esperaba la hora que a todos nos llega esperémosla o no. Le llegó a mi madre, le llegó a Marta, a mí me llegaría.

—¡Vivan las Férias! —gritó un borrachín—. ¡Vivan las grandes riñas!

Cuatro bancas abajo el grupo de la fonda echaba puyas que yo desoía.

—Desnutrido, el gigantón.

—A lo mejor es un enano paliducho.

—Si se queda dormido, lo entierran.

Las puyas se interrumpieron al entrar un hombre alto y cojo.

Algo cojeó en mí al comprender que era el desconocido a quien busqué durante doce años, a quien aguardó mi madre desde una ventana más honda cada día contra el camino sin pasos de regreso.

Mis manos se volvían puños bajo el poncho. Todo en mí era venganza en acecho. Un sentimiento de odio total me sofocaba: odiaba al hombre, odiaba su voz, sus ademanes, su cojera, el zurriago nudoso, la atmósfera de que se rodeaba; oí las botas, el paso trunco, el pueblo que lo veía día y noche. Me oí a mí mismo por odiarlo, oí a mí madre por haber sido su víctima, y porque

nunca dejó de esperarlo. Cojo y alto. Para encontrarlo, una vida entera.

Al verlo no me dije: — “Tiene una pierna más corta que la otra”, sino: “Tiene una pierna más larga”. El defecto le infundía una insolente superioridad física, obligaba a pensar a quien lo viera: “Alguna cosa importante sucederá de un momento a otro”.

Los pandilleros abrieron paso porque veían un jefe en la presencia golpeante, en sus manazas terminadas en un zurriago de arriero.

El Cojo se quedó mirándome. Algo cojeó también con vigor en su mirada, pareció descubrir un recuerdo.

—Tiene un gallo —corroboraron en el grupo, dispuestos a entretenerse a costa mía.

—Le podríamos casar pelea con mi gallina —invitó el de bigotes con flexión presuntuosa de cuello, en voz alta porque la bulla impedía escuchar. Lo miré sin mover los párpados, hasta que metió las manos entre los botones de la camisa para ventear el sudor pegajoso.

Algo volvió a cojear en el recién llegado.

## TERCERA PARTE

### PRÓLOGO

DOS ojos asomaron por una hendidura horizontal del muro. El viento del Páramo los fue enrojeciendo, los hizo contraer hasta el dolor.

Nunca la vieja barraca del Páramo había sentido avidez igual en una mirada de niño. Ni tanto terror ante ese caballo de sombra y viento.

—¡Aquí no vive nadie! —dijo una voz de un hombre que salió del rancho. Le faltaba la mano al brazo izquierdo.

El jinete lo miró, vio al niño gimoteando, se terció el fusil y espoleó a su cabalgadura.

Ahora el niño miraba a nada con su mirada húmeda. Su perro se le acercó para lamerle las manos. El hombre dijo:

—¡Tierra maldita!

Atajó el sombrero que el viento arrancaba de la cabeza, y echó tres palabras más:

—¡Nos largamos, muchacho!

No quiso pensar si era real el jinete. Oyó simplemente el ruido de cascos al galope, oyó el chapotear de la capa de hule sacudida por el viento, creyó oír una voz que preguntaba no sabía qué. Por eso contestó, no al jinete de sombra sino a su propia desesperación:

—¡Aquí no vive nadie!

Y alzó los brazos. Por entre ellos le pareció ver el galope hacia la fría distancia. Se quedó mirando el muñón como si por primera vez lo descubriera, y lo blandió rabiosamente.

—¿Quién aguanta en el campo?

Clavaría ahora la tapa, y encerrado en el cajón quedaría un cuerpo, de donde por muchos años salieron voces resignadas:

—“Es difícil sembrar en este pegujal.”

—“Aquí está la comida, pues.”

—“¿Cuándo se acabarán las matazones?”

—“Cuando nos acabemos nosotros” —se había respondido la víspera.

Por entre el hueco-puerta de la tapia se diluyó en la oscuridad del tugurio. El niño se pegó a los costillares de cañabrava que dejó al descubierto la erosión de las paredes.

—¿Quieres verla por última vez? —le dijo la voz del hombre desde adentro. Las palabras dejaron huella en el rostro, como latigazos. El niño sacudió la cabeza negativamente, sin contestar. El perro se le arrimó.

—¡No tener cuatro velas! —dijo el hombre. Con ellas alumbraría la muerte de una mujer sin historia.

—“Hay sitio en las tierras altas del Páramo”, le habló él años atrás. Los cuatro ojos viraron hacia la cordillera, con tanta esperanza que parecía sostenida por ellos. La mujer comentó:

—“Entonces vamos a las tierras altas.”

Así llegaron al Páramo y construyeron casa de barro y cañas cruzadas y sembraron papas y hortalizas y encauzaron el agua para la poceta y organizaron su vivir entre los matorrales de viento y chamizas. Hoy bajarían de regreso a Tambo.

En la distancia otros ranchos ardían, el viento se cebaba en las llamas, las llamas crepitaban al contacto del frío. Disparos intermitentes espantaban la luz de los cocuyos, tres gritos se quebraron en la cuenca de las manos, ladridos solos se quemaban sobre el humo iluminado. El niño tiritaba viendo sobre la silueta de la cordillera, contra el cielo plomizo, los caballos de viento.

El hombre no habría podido expresar su tragedia. Sólo sabía que la tierra era suya y que lo sacaban contra todo derecho; sabía que esos pajonales eran él mismo; días antes, al caminar por las orillas del arroyo, sembradas de rastrojo y maíz, tuvo la sensación de ser un árbol que de pronto se desligaba de la tierra y empezaba a secarse mientras caminaba. Arrancó una varija y empezó a librarla de las hojas. Se dio con ella en las zamarras de cuero de cuzumbo y se dirigió a un montículo para ordenar sus bravos silencios.

—¡Cuatro velas siquiera!

Con las palabras, del cuartucho salió el golpe repetido de una piedra contra la tapa del cajón. Carreras de otros jinetes machacaron la tierra pedregosa, en el repecho de la colina. El niño

regó en la cara sus diez dedos. Los caballos de viento galopaban en el terror, con sus cascos, sus crines, sus colas esponjadas, sus brillos metálicos, y la oscuridad hacía proyectarlos sobre la hosquedad del paisaje.

Los jinetes de sombra le nombraban muerte. Como cuando semanas atrás cortaron de un machetazo la mano de su padre. Como cuando la víspera dispararon y cayó ella al suelo de tierra pisada: dijo dos o tres palabras, hasta que las palabras también se murieron en la boca, y la respiración dejó de mecer los pechos magros.

La piedra seguía clavando en la oscuridad de adentro. En ese cajón de tablones yacía una voz que días antes hablaba:

—“Daniel, traiga leña para este fogón.”

—“Daniel, no salga lejos del rancho, han matado mucha gente.”

Ahora lo aturdía el silencio y los clavos al hundirse en la madera tosca para clausurar definitivamente aquella voz.

El viento desfleaba la paja chorreada del techo a los bordes carcomidos. Lejos se vio otro fogonazo, y el eco de un disparo que se congeló en el aire.

El miedo del niño formaba parte del rancho. También el ruido de la piedra contra los clavos, y el aullido entrecortado, y el chiflón sobre la paja del techo.

Los diez dedos se apretaron más contra el rostro al oír que el hombre arrastraba el cajón hacia la puerta. Algo se arrastraba dentro de él mismo, muerto ya. Era duro imaginarse al hombre empujando con una sola mano y ayudándose con el muñón del otro brazo, aún dolorido.

De entre la sombra del cuarto fue asomando el cajón, y detrás el que lo arrastraba. El perro olisqueó los bordes, meneando la cola y con gruñidos entrecortados. El hombre lo espantó con el pie y se agachó para tratar de levantar el cajón hasta sus espaldas.

El muñón raspaba las paredes brutas. El niño se retorció por el dolor del muñón en el hombre, y sus movimientos imperceptibles eran los de quien ayuda a soliviar algo pesado. Pero seguía inmóvil, sus diez dedos en el rostro, la paleta fuertemente prensada contra la pared.

Al fin el cajón llegó al hombro. El perro estiraba el hocico y daba vueltas en derredor. Dentro había una voz muerta que días antes le daba pabilos de yuca, algún hueso, cualquier sobra:

—“Toma, *Guardián*.”

Esa voz de mujer se había apagado en el cuerpo rígido.

—Bajemos —dijo el hombre sin mirar, los pasos ya sobre el camino pedregoso. El niño seguía contra la pared, bregando por atajar el grito. Sus manos crispadas formaban también parte del rostro. El hombre volvió su cuerpo, tallando la nuca en los bordes del cajón, para llamar, definitivamente:

—Andemos, muchacho.

El niño se desprendió dolorosamente del rancho para seguir al hombre. Junto a él cojeaba el perro.

Tres disparos de fusil vinieron desde la colina.

22

-PADRE —dijo el Cojo al entrar—, ahora creo en la resurrección de los muertos.

En aquella risotada el sacerdote entrevió el contento por el equívoco del enterrador.

—Don Heraclio —dio las gracias en la inflexión—, usted fue en su caballo a ver qué podía hacer por mí.

Con el dorso de una mano el gamonal alejó la idea.

—Sólo quería atestiguar la muerte de un Santo.

Entre la maraña de sus voluntades y vicios le atraían las almas correctas, por una lejana nostalgia y porque en ellas veía un valor semejante al suyo aunque por distinto camino, interferencia para su libertad que no pasaba de “una real gana” jactanciosa, apoyada sobre su omnipotencia en Tambo.

En el fondo admiraba a los rebeldes, a los que luchaban contra el destino, propicio o adverso. El bueno que se rebela contra la bondad, para buscar su redención por el pecado; el malo que se rebela contra la maldad, para regenerarse. Quizás estuviera en lo cierto el curita: quien no busca a otros para encontrarse a sí mismo, está perdido.

—No sé qué interés tiene en avergonzarse de sus buenas obras —dijo el sacerdote seleccionando nuevas semillas—, en cultivar el papel de perverso.

—Padre Barrios —respondió el otro absolutamente serio—, quien durante su vida ha desempeñado el papel de malo, es porque es malo.

Su bastón hundió la punta en una rendija del piso.

—... Yo estoy corrompido, Tambo está corrompido, el tiempo que vivimos... —Señaló al Páramo—. Algo tremendo debió de ocurrir anoche.

—He pasado la noche en vela, don Heraclio. Hubiera querido ser yo la víctima.

—Unos, otros... ¿Y Dios qué hace a éstas, padre Barrios?

Se dirigió más a sus espectros, con esa mirada trágica que da la repentina inmersión en sí mismo. “¿Qué le importamos a Dios, el Gran Indiferente? Creó el universo y se cansó y echó a rodar el mundo como de un tremendo puntapié y se retiró a su infinita cura de reposo”.

El sacerdote entrecerró las manos. “Dios no tiene sexo, edad ni figura. ¿Cómo aprehenderlo en definiciones? Él no *hace*, Él no es acontecimiento: existe. Ley eterna, conciencia cósmica que a todos habita...”

—No conozco el solar vecino, don Heraclio; no conozco, para definirlos, la bondad ni la belleza, que son humanas si salen del hombre... No podría señalarle a Dios con el dedo, como a una cosa...

Las palabras murieron en el desaliento porque le había sido negada la ciencia infusa, porque las lenguas de fuego...

Rastrilló el fósforo para dar humo al cigarrillo. La llama tembló en sus dedos. En las yemas el calor, alma de ese fuego minúsculo. Humo, elación, impotencia de la acción ante el mundo que nos rodea...

—... No entiendo la muerte, algo que vive en mí y que tendré que afrontar completamente solo. No entiendo a Dios, que nos llena y aliviana...

—Y si Dios me llena a mí, padre Barrios, ¿no son divinos mis actos perversos?

Una mirada aislante del sacerdote rechazó los objetos, saltó sobre ellos hacia una amarga lejanía.

—Nos llenamos de Dios o nos vaciamos de Él. Sus actos perversos, don Heraclio, han nacido de la ausencia divina. Usted ha cerrado las puertas de su corazón, que son las puertas a donde Él llama.

Espontáneo frente a las circunstancias nacidas de su mandato, frente a sus incondicionales, don Heraclio se replegaba ante los caracteres cuya ecuanimidad resaltaba sus propios defectos. Entonces se volvía agresivo porque se sabía hurgado y juzgado sin concesiones a su dinero, a su condición de señor de horca y cuchillo.

Para no sentirse neutralizado trató de fustigar con un desplante:

—Podríamos llegar a conocer a Dios, pero Dios jamás llegará a conocernos. Menos aún a comprendernos.

Y trató de enojarse cuando el sacerdote no le concedió beligerancia. Y porque el perdón lo hacía sentirse culpable y pequeño.

—No se preocupe, don Heraclio, usted nunca será ante Dios un incomprendido...

Se iba habituando a esas puyas del gamonal. — “¿Dios es católico, es cristiano, es simplemente Dios?”. — “¡Valiente remedio el de la resignación cristiana!”. — “¿El amor de un cristiano puede llegar hasta condenarse en el infierno por otro? ¿Aceptaría Dios tal sacrificio?”. — “¿Y qué opina del aburrimiento de Dios antes de crear el mundo?”.

Entendió que don Heraclio en cierto modo estaba orgulloso de haber conseguido que Dios fracasara con su alma. — “¡No pudo conmigo!”, parecía decirse zumbonamente. — “Luego soy más fuerte que Él: por lo menos en el mal lo derrotó; y si no puede competir conmigo, ¿cómo se llama todopoderoso?”.

El sacerdote siguió escogiendo semillas para los penitentes:

—... De maíz, de frisol, de hortalizas, de chonta.

Tomaba en sus manos las semillas, las sobaba como algo prodigioso. En ellas creía advertir la idea de transformarse en árbol, de ir creciendo dentro, hasta sentir sus brazos como ramazones. Y

cuando cogía los bulbos de cabuya, parecía cerrarse una puerta delante de su rostro y abrirse otra a su pasado.

Don Heraclio perdió su física voluntad de mando.

—Mi padre sabía guardar hermosos silencios y tocar la guitarra —dijo el sacerdote—. Tres tonadas sabía. — “¿Para qué más? El mundo tiene la música del viento, de los ríos, de los pájaros”.

Y observando el hermetismo nostálgico, don Heraclio tomó uno de los bulbos.

—Dígame, padre Barrios, ¿tiene interés especial en la siembra de cabuya? Todas sus penitencias la ordenan.

—También ordenan sembrar algarrobos, almendros, plátano...

Las manos gruesas se replegaron, como lastimadas, como si tocaran las uñas de la penca. Sí, era verdad, porque la cabuya estaba ligada a su padre.

—Un día —empezó, fija en algo invisible esa mirada que arrimaba tarde a las cosas—, llegó mi padre de la aldea...

Y mientras movía inaudiblemente los labios buscando acomodar en palabras su recuerdo, lo vio como era, sin inútiles afanes, la mirada fija en lo que estaba pensando y que lo hacía aparecer como un ciego que anduviera un trecho conocido.

—“Hablé con el Agente”, dijo aquella tarde al ocupar su sillón de roble. — “¿Cuál Agente?” —preguntaron—. “El de la gran Fábrica de Tejidos de Fique; ningún negocio igual a la cabuya”. Mientras hablaba dirigía sus ojos al cerro cercano. — “Dentro de meses pagarán a veinte pesos arroba. Es una bonita planta la cabuya, ¿me van a decir que no? Pues sí, es la más hermosa hoja que he visto en mi vida, ¡y vaya si he vivido buenos almanaques!”. Porque sus sesenta años eran un argumento para todo. — “Sin contar el alto maguey, para que se mezan los turpiales”. Sacaba de su guarniel un tabaco. — “¿Y me dicen ustedes que no es buen negocio?” Como nada habían dicho, la madre susurraba: — “*El Hombre* quiere hablarles”. El hermano mayor soltó la guitarra y miró los cerros. — “No es mala la cabuya”, dijo. El padre señaló a otro. — “¡Y tú dices que es mala!”. — “A mí también me gusta la cabuya, sólo que no sabemos sembrarla”. — “¿Y para qué hablé con el Agente, pues? Se cogen los bulbos, se entierran y ya está”. — “Oí decir que los bulbos son mala semilla porque se florea la penca al primer corte, y

se muere; que es mejor utilizar los hijos de la mata”. — “¡Vamos a saber más que el Agente! Él tenía ojos de esos en que se puede confiar. Si conoceré a los hombres, ¡no me iba a poner a vivir sesenta años porque sí!”. — “Don Marcos, el maguey daña las tierras”, advirtieron los vecinos. — “Para cabras y ovejas está la falda”. Cuando se retiraron, él se desahogó en el círculo familiar: — “¡Y dicen estos vecinos que es mala la cabuya y daña la tierra! ¡Y dicen que esta tierra no es para su cultivo! ¿Cabras y ovejas? Son bonitas pero no vendo ese terreno. ¿No han visto cómo sopla el viento por las tardes? No, señor, yo no vendo ese terreno. ¿O van a decirme ustedes que...? ¡Vean, pues!”. —Y mirando el cerro—: “Cuando vine aquí, hace sus cuarenta almanaques, había un maguey en la loma, ¿la observan?, allá entre esas dos peñas...”

Y sembraron, y los bulbos hundieron raíces en la tierra pedriscosa, y retoños verdes brotaron al viento de los cerros, y las hileras de hojas cubrieron la superficie, y bajo la mirada alegre del hombre crecía el cabuyal. — “¡Dañar las tierras el maguey! No señor, el maguey las embellece. ¡Comparen este cerrito con aquellos desnucaderos de los vecinos!”. Parecía cumplir un compromiso de honor con la ruda penca, sentía obligación de quererla más cada día, de aferrarse a sus posibilidades en un futuro que no entreveían los demás. Y sea porque se sembraron los bulbos y no los hijuelos de la mata, o por causas desconocidas, advirtió el desastre cuando, poco después del primer corte, empezó a nacer el cogollo del maguey en mitad de las hojas. — “Le advertimos, don Marcos, esa penca es traicionera”. Él calló, enojado, pero a los días estaba repuesto. — “¿Y quién me dice que no son más bellas las matas con el cogollo en la mitad? No todo debe ser útil en la vida, lo importante es que sea hermoso. Verán cómo cien toches y turpiales y sinsontes vendrán a mecerse en los altos magueyes...” Sin embargo, su presencia ante la madre se hizo incómoda. Y no quedó tranquilo hasta que ella aprobó: — “De verdad son bonitos los pájaros en los magueyes”. Él la miró fijamente, con apretujones en la garganta, y sólo dijo paseándose por el corredor: — “De todas maneras fui un zoquete”. — “Los hijos comprenderán, son un poco locos también”, remató ella, hilando ahora en la aguja su propio silencio. Él detuvo sus pasos, encendió

el apagado tabaco y exclamó con palabras rociadas de humo: — “Claro que entenderán. ¿Acaso no les di la mejor madre que podían tener?”. Y contemplando el vástago florecido: — “Es una mata que se deja querer, de todas maneras. Sesenta años dura, al agua y al sol, como el hombre”. Porque para él era importante que la mata durara lo que el ser humano. Parecía extrañarse de no oírla hablar, de no ver correr sangre cuando el machete amputaba las hojas. — “Dicen que viene de la India. Para mí que nació aquí mismo; está hecha para estos cerros, para estos pájaros que sí saben cantar. ¡Y me van a decir ustedes que cantan mejor los pajarracos de la India! No, señor, por algo he vivido sesenta años...”

Desde entonces descendió a tercer plano la cuestión económica, y el afán se concretó en mirlas y turpiales. — “Hasta que se posen en aquel maguey florecido”. Se refería al que más se destacaba, junto a las cercas de antiguos palos. Mañanas y tardes oteaba la montaña. — “¿Qué les pasará que no llegan? Eh, Rodrigo, ¿ningún sinsonte se ha mecido en el maguey?”.

El sacerdote cogió unos bulbos y sacudió los párpados con temor de llorar. Sólo en ese momento advirtió que don Heraclio había salido. Entonces se levantó y llamó al hijo del enterrador, que jugaba con una quijada de res.

—Daniel, ayúdame a separar unas semillas para que vayamos a casa del Alfarero.

Cuando en su infancia escogía la semilla... — “Apenas llueva, sembraremos”, anunciaba *El Hombre*, en su acento ya la seguridad de la cosecha. Y llovía, y sembraban, y seguía lloviendo, y salían de nuevo y regresaban con un amable cansancio animal. Cuando el invierno arreciaba y los relámpagos azoraban las alturas, ella rezaba oraciones contra rayos y tempestades, por los extraviados y perseguidos y vagabundos. Si la estación continuaba amenazante, apelaba al Magnificat. Nunca vieron en su padre tanto respeto como cuando aquella voz mansa soltaba las palabras: “Glorifica mi alma el Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de Su esclava, por tanto, desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso, cuyo nombre es santo, y cuya misericordia se derrama de generación en generación

sobre los que lo temen...” Veían en ella una intérprete de la voluntad divina, sumiso el porte al caer sobre el recogimiento del campo las frases, como buena lluvia. “... Hizo alarde del poder de Su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios. Derribó el solio a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de Su misericordia, acogió a Israel su siervo, según la promesa que hizo a nuestros padres, a Abraham y a sus descendientes por los siglos de los siglos”. Eran ellos los hombres sencillos, y era bueno el Dios que los anunciaba. Creían entonces que las palabras eran hechos porque *El Hombre* y ella lo pregonaban en sus actos y en sus voces.

El sacerdote salió al balcón para mirar los arbustos. — “Un día de estos vendrán los pájaros a los árboles recién trasplantados”. Y situándose en la vieja emoción de su padre, quiso alzar los brazos entre un cabuyal para mimetizarse, para que un sinsonte llegara a la palma de sus manos abiertas.

\* \* \*

—Largo está el verano, padre.

—Largo...

Dos pañuelos llegaron a los dos rostros. El vaho caliente de la respiración se enredó en la tela húmeda.

Una cama grande; hamaca de flecos; un ventilador a manera de lámpara; muros revestidos de papel con la obsedante repetición de faisanes y árboles de otoño; tres bastones; espuelas y animales disecados; un cinturón con revólver en el estuche; un cuero de novillo en el suelo; al lado, patas arriba, tres cucarrones que habían chocado contra el único vidrio. La ausencia de una mujer se advertía en cada detalle.

Los rostros viraron al techo, contorsionados los cuellos, arrugadas las frentes. Una araña había enmallado los brazos del enorme ventilador que amenazaba caer al centro del cuarto.

—¿No funciona? —preguntó el sacerdote.

—Nada funciona en Tambo.

El sacerdote se detuvo ante un receptor de radio cubierto de polvo, antenas y enchufes arrollados como vísceras.

—Desde que perdió la voz... —empezó don Heraclio. Con un dedo escribió “voz” en la superficie, y lo contempló compasivamente al levantar con el pulgar la tapia de baquelita.

—La broma. El cáncer. —Lo volvió a ajustar—. Sus últimas palabras fueron: “La situación continuará grave por...”

Se carcajeó. Y señalando el reloj, la radio, el cuero de novillo, las cabezas disecadas, los cucarrones, dijo con inflexión mortuoria:

—Cadáveres dentro y fuera.

Se señaló a sí mismo, contraídas las cejas, y se sentó como obedeciendo al movimiento de su mano.

Uno de los pañuelos volvió al bolsillo de la sotana, el otro quedó desplegado sobre la rodilla tesa; una mano empuñada lo prensó. Cuatro ojos se detuvieron en ella, dos se retiraron para ver las espuelas del hombre y de gallos clavadas en el muro. La mano empuñada continuaba sobre la rodilla, los otros dos ojos clavados en ella.

... Años atrás. Cerca de la mano, las garras de un tigre. Mandíbulas de hermosos dientes ensangrentados. Ocho uñas férreas desgarrando un pecho... Los colmillos en la rodilla, dislocándola en el dolor con un hambriento rugido. Y una carcajada tras las zarzas, confundida con un chorro de agua...

—¡El hombre se reía, padre!

El sacerdote miró los dedos crispados contra la pierna, oyó tres golpes de bastón contra el entablado. Los dedos recuperaron el dominio, el paso cojo avanzó hacia una puerta. Ya en ella, el cuello de toro giró:

—Venga.

Sin mirar si lo seguían, el Cojo continuó por el corredor hasta un muro cubierto por la piel de un tigre.

—Aquí está.

El sacerdote llegó.

—Hermosa piel —dijo.

—Pero cuando el tigre está dentro de la piel y encima de uno, la cosa cambia.

Levantó una hoja de almanaque descolorido, donde se veían tres gatos jugando con un tambor de hilo.

—Estamos en julio. Por esta época...

—Es del año pasado ese almanaque —dijo el sacerdote.

—¿Qué importan los días de Tambo? Fue en julio, en la otra sequía.

Miraron otro reloj de muro con el péndulo quieto; los punteros se pararon en las tres y veinte minutos de cualquier día. El cuadrante hacía pensar en una lápida de las horas.

El Cojo alzó la rodilla, habló hacia un recuerdo de sangre.

—Aquí fue la peor dentellada.

Respiró fuertemente por la nariz.

—... Nadie subía como yo las rocas... —Palmoteó las compactas piernas—. El tigre le despedazaba los animales...

—¿A quién?

El envés de la mano del Cojo echó al aire el nombre de Juancho Lopera.

—Me dijo que lo matara, que ya le había descuartizado a un hombre. Nunca vi fieras más poderosas.

Con la misma lentitud de la voz el bastón señaló las garras. La punta herrada tamborileó en los colmillos.

—Estos, padre Barrios.

La punta pasó a las botas de triple tacón, el tamborileo se suavizó en ella. La mirada fija diluía su dureza en el recuerdo.

—“Eres el único que puede acorralarlo en su madriguera. Te acompañaré”, le había dicho Juancho Lopera aquella víspera. Buenas armas, buenos cartuchos. Acostumbrado al ataque y a la defensa como los gallos de raza... Entre las rocas corría un arroyo, donde el tigre arrojaba sus fauces... Había escogido la dirección contraria al viento para que no lo oliera. Desde los ramajes de parapeto lo veía imponente, las manchas de su piel confundidas con las del sol-y-sombra de las hojas. — “¡Allá está!”, le dijo Lopera devolviéndole el mejor rifle. — “Como lo haces siempre: esperas a que salte, disparas”.

Algo vio Heraclio Chútez en los ojos del hombre pero el minuto exigía acción. Los ojos amarillos, la garra poderosa, la cola elegante, los testículos de semental, los ijares, los músculos, el lomo arqueado cuando se agazapaba para el salto. Rugió sobre la roca, a un brinco de distancia. Abajo las piernas firmes del cazador-gallero, el dedo tenso en el gatillo para el segundo del ataque. No tuvo

tiempo de pensar Heraclio Chútez por qué no había municiones en las cápsulas. Fueron una sola sensación la del percutor contra el cartucho, la del silencio de la pólvora, la de los dientes hincándose en sus carnes y la de una risa que se alejaba entre los chamizales.

—Bien muerto está ahora —dijo el sacerdote—. Esto es lo que queda del poderío bruto.

Don Heraclio volvió a mirar el cuero distendido. Bien vivo estaba entonces. No supo cómo logró zafarse y asestar un culatazo en la testuz, y otro, y otro, hasta rendirlo. Quebró el rifle contra una roca, atravesó en las fauces el cañón y con su sogá le hizo un cabezal. — “Ahora te imposibilitaré las garras”, monologó cortando en dos la sogá y anudándola a las patas. “Así no podrás garrear a mi caballo”.

—Lo obligó a caminar por las calles de Tambo —dijo el sacerdote. Don Heraclio levantó de su bota los ojos. El y el tigre cojeaban entonces. Adelante el caballo. El tigre se resistía, la sogá que lo apresaba amarrada a la silla jineta. La sangre suya y la del animal dejaban un rastro común por las calles bajo aquel verano de cobre.

Entonces supieron que don Heraclio Chútez era el Jefe. Y cuando el cuerpo de Juancho Lopera colgó de la rama del tamarindo, al cuello el ojal de alambre de púas, ya nadie trató de taparle el camino...

Un crimen, quizá había cometido. Pero en él se había volcado su voluntad y su energía, y no iba, veinte años después, a contradecir su más profunda decisión: hacerlo por medio del remordimiento sería una feroz cobardía.

—No, padre, no me he arrepentido.

Empuñó los dedos, el bastón recorrió la piel.

—Ni la muerte de Juancho Lopera acabó mi odio. Después de veinte años de muerto sigo vengándome, todos los días lo *mato* frente al cuero de tigre.

Resolló el calor, resolló su recuerdo.

—... Esta es mi propia piel.

Como el calor, sofocó el silencio.

—Largo verano —comentó el sacerdote.

Don Heraclio sobó el cuero, de su retina desapareció la imagen de Juancho Lopera.

—Largo —dijo y volvió a resollar—. Uno de los más largos veranos de Tambo.

23

NO dejaba de fijarme en la chaqueta del Cojo, en sus mandíbulas, en sus ojos fuertes. Lo veía, veía las espuelas en la noche, veía a mi madre, veía el apego a su pobre historia, su dolor remendado una y cien veces en la mesa gris. “Hijo, ¿no oyes zumbiar la candela?”.

—El joven no nos quita la vista —dijo el Cojo silabeadamente, interesado en mi postura. Porque siempre fui de ojos y labios tranquilos, nunca las manos tuvieron afán; tampoco las piernas lo tuvieron,

—Si nos mostrara el pollo hasta le permitiríamos sacarlo al redondel —agregó, queriendo decir que había esperado mucho.

—¿Qué edad tiene tu gallina? —se dirigió al de bigotes, que se pavoneó porque el Jefe lo distinguía en público.

—Pues ya están canosas las plumas.

—Entonces puede que le aguante el pajarraco del amigo.

Las risas ocultaron otra expresión. Sonreí con la boca únicamente, como si mirara un recuerdo.

Mi seguridad hacía replegar a los de la pandilla en sí mismos, agazaparse para el salto que nunca se da. Estaban preocupados, pues forzaban un aire de excesiva tranquilidad: tal vez este aire de hombre en campo libre contribuyó a contenerlos. Sin embargo, el de bigotes acentuó el dejo compungido:

—A veces nos llega la de perder, amigo.

—A veces la de ganar.

—Eso es la vida.

¿Qué podía saber de tal cosa? Se lo pregunté.

—Esto —dijo sobando la empuñadura del revólver—. Hasta que llega la hora. Entonces...

Chasqueó la lengua contra el paladar y el pulgar contra los demás dedos batidos a lo alto. En la mandíbula se advertía el golpe

de mi puño en la Fonda.

El del potro emitió con los labios el ruido de los caballos cuando resoplan. En ese momento me gustó el brillo en el níquel del revólver porque recordé las estrellas que miraba en las noches para rastrillar como rodajas de espuela.

El Cojo miró impaciente al segundón y luego de desatar el nudo se puso a desenrollar el rejo del zurriago. Con la punta libre latigueó sus pantalones.

—¡Eh, usted, forastero! —gritó dando un bastonazo a la valla del redondel.

Seguramente para hacerse notar había herrado los tacones de sus botas y el extremo de su bastón. Los ojos giraron contra mí. Varios se carcajearon, para descansar, por cualquier exclamación chabacana.

El Cojo dirigió las risas de sus secuaces. Por un momento la gallera se carcajeó a una orden no impartida. Sonreí antes de remedar el vozarrón del hombre, todavía de espaldas:

—¡Eh, usted, Cojo!

Se le vio el aturdimiento. De un golpe se cerraron las bocas, menos la del jinete, que con la lengua abultó los carrillos y con el pico de la botella levantó el ala de su sombrero de vaquería. Quizá porque yo podía tener oculto un puñal, o una hachuela, o un revólver con el gatillo a punto, la reacción del Cojo se redujo a tres palabras escandalosas:

—¡Aquí lo espero!

—¿Por qué no sube usted? —rechacé burlón—. Tantos berridos asustarán a los gallos.

Afirmó en la mano el zurriago y saltó ágilmente la primera grada. Al entrar en un parche de sol, el polvo se convirtió en mil insectos espantados por la luz.

Nunca como entonces apreté en mi mano un cuchillo. Nunca se me hizo tan presente el pasado de mi madre.

—“Hijo, ya no zumban”.

—“¿Qué cosa?”

—“Los leños en el fogón. Ya no zumban”.

—“Algunas tardes chisporrotean” —decía yo, sombrío, con ganas de ser leño. Ella escarbaba con un tizón las cenizas. Después

apenas las miraba, porque dentro de ella todo se iba haciendo cenizas.

Se había vuelto gris su sonrisa triste. De tanto mirar por la ventana, de tanto mirar su recuerdo, la mirada cayó. Sus ojos inexpresivos ya, contra el suelo, parecían buscarla con desgano infinito.

Una araña tejió su tela entre la espuela plateada del hombre y las espuelas del primer *Aguilán*.

Nunca nadie apretó la empuñadura de un cuchillo como yo aquella tarde.

—¿Quiere verme cojear, forastero?

—No —contesté—. Ya lo vi cojeando, lo hace muy bien.

El del potro llevó a la boca el pico de la botella. El Cojo advirtió que echaba al suelo no su cojera sino su manera de explotarla, su agresividad respaldada en ella. Sus gestos calculados demostraban que le afectaba mi actitud. Quizás él pensara igual cosa pero estaba seguro de que yo me sostendría hasta lo último, y esto lo perturbaba, pues ya no podría anticipar el fin del espectáculo.

El público estrechaba más. Arreciaba el calor, arreciaban los golpes contra los cueros de res, arreciaba el bramido del volcán.

“Le salió respondón el muchacho”, comentaron. Ante la merma de su autoridad el Cojo se plantó, agresivo el tono por mi impasibilidad.

—Forastero, ¿va a sacar el gallo?

Algunos labios se arquearon para responder en mi lugar, pero ningún sonido salió por ellos.

—No —respondí—. No quiero mostrarle el gallo.

El silencio fue como si un gran peso estuviera por caer encima.

—¡Helados! —volvió el pregón del negro. La rueda metálica de su carretilla debería de sacar chispas al cascajo.

—¡La cavaré!

Sentí el sol en la pica, al sepulturero abrirse paso entre el tumulto.

—¡Eh, tú, enterrador! —remedé yo.

Nos miraron alternativamente desde todos los puntos, alternativamente dudó el sepulturero. En la duda bizqueaba el odio.

—Enterrador —volví, señalando al Cojo—, ¿cuánto quedará midiendo cuando se le acabe la gritadera?

No sé si fue el volcán el que retumbó, o si fueron los tambores.

El del potro cambió de posición en la silla, el muñón del sepulturero se apretó contra el mango de la pica. Nada respondió porque tenía un alegre miedo.

—¡A cavar el hoyo! —ordenó el Cojo.

Y señalándome:

—Para alguno tenía que ser.

Observé despaciosamente al de bigotes y dije al sepulturero que se había colocado cerca del jinete:

—Son dos los hoyos, enterrador.

—¿Usted cree? —preguntó el de bigotes con presuntuosa incredulidad.

Quietas seguían las alas de los pájaros, y la cinta de papel. El humo de verano seguía quieto. ¡Si hubiera soplado viento en las hojas de las plataneras!

24

YA hice mi casa —dijo el niño señalando tres leños cruzados con su teja encima.

—Es una hermosa casa, Daniel —habló el sacerdote.

—Mañana haré la casa para *Guardián*.

—A *Guardián* le gustaría tener casa.

Cuando entró en Tambo vio a Daniel tras la reja del cementerio, blancas las falanges de apretar los barrotes, los ojos brotados ante la amenaza que, después de la huida del Páramo, no era sólo jinetes en caballos de viento y ladridos quemados en la llamarada de las barracas, sino todo lo que pudiera salir del hombre, uniformado o no: la voz, la mirada, el menor movimiento: se acurrucaba para hacerse más pequeño, ocupar menos espacio y esconderse de esa manera de los que siempre querían interrogar.

Ahora también estaba tras la reja del jardín de la casa cural, pero las manos tomaban tranquilas los barrotes, los ojos parpadeaban sin necesidad de borrar imágenes. Porque la imagen

que tenía en frente le iba inspirando esa confianza que inspiran algunos santos y los animales domésticos.

—... A *Guardián* le va a gustar mi casa. El alfarero me dio tablitas. Me va a hacer un tazón para mi mamá.

El perro acribillado a la salida del Páramo necesitaba techo y abrigo en la memoria del niño sin perro. Su madre había muerto en el Páramo la noche de los caballos de viento. Y el padre Barrios amó en el niño esa persistencia de los seres. Él, en cierta forma, hacía igual con sus padres, con el sinsonte muerto en la cuenca de sus manos. Amó la pequeña eternidad que en el afecto adquieren seres y cosas en apariencia ajenos a la propia existencia, ese condicionamiento del alma a lo que un día nos rodeó y cuya vida se prolonga en actos, en palabras, en silencios a la hora de la soledad.

—Si quiere le hago una casa, padre.

La sonrisa vieja del niño iluminó los párpados cansados. Las manos de campesino dibujaron un techo en el aire.

—Necesito que me hagas una casa, Daniel.

Quiso intuir en el hombre el instinto creador, desviado más tarde hacia una vocación destructora. Pero en el niño estaban esa masa de alfarero, esa mirada limpia que interrogaba con inconsciente esperanza. Y aunque reticente a sensiblerías y pensamientos lastimeros, no podía eludir una conmoción íntima frente a los ojos infantiles, frente a ese vocabulario que mostraba un mundo en formación y donde cabía el buen futuro.

Y le parecieron injustas las respuestas que se le daban, los caminos que se le abrían, las sentencias que se le pronunciaban, la libertad a que tenía derecho, aquella horrorosa libertad que dan la carencia de responsabilidades, el ocio, el mando sin escrúpulos, la obediencia sin fe, el general sentido de fracaso: una libertad extenuada y cruel.

¿Qué otra cosa sino la violencia podría crecer en pueblos al estilo de Tambo? Pero todo se reducía a palabras sin efecto, a divagación sin correctivos, a fríos análisis ajenos a la tragedia con tantos nombres propios, con tantas vidas segadas, con el total desbarajuste en el transcurrir de aldeas y campos. Y la humanidad no iba a corregirse con sermones llenos de conclusiones obvias extrañas al problema vivido sobre la crisis misma.

—“Le haré una casa...”

Agradeció no ver aquellos ojos aterrados, aquellas manos de nudillos pálidos, aquellos labios que temblaban entre el llanto contenido y la palabra que nunca se dice. Por eso parpadeó para el sueño sin sobresaltos el niño larvado que jugueteaba en su recuerdo. Con sus mismas aparentes incoherencias:

—Entonces dijo mi padre: — “¡Aquí no vive nadie!”, y nos vinimos del Páramo. Mi madre estaba en el cajón y mi padre clavándola con un clavo y una piedra, y los jinetes volaban; yo los vi, y vi los gritos. Se llamaba *Guardián*.

—¿Qué cosa?

—El perro. Se mantenía cojo y andaba. Aquella noche sonaron tres disparos.

—¿Cuál noche?

—La noche de los disparos. Sonaron tres disparos en la colina y *Guardián* cayó al suelo y el charco de sangre era más grande que el cuerpo de *Guardián* y yo jugaba con *Guardián* todos los días y *Guardián* me quería y también éramos amigos *Guardián* y yo.

Puso a un lado la quijada de res y cambió de tema.

—¿Es que vamos a sembrar muchos árboles, padre?

—Nos ayudarás a hacer el parque.

—Hemos trabajado bueno estos días. Creo que a mi padre le gusta hacer hoyos para sembrar matas. Y a Cornelio y a Fernando y a Pomuceno. Qué nombre más feo, ¿eh? Somos amigos Pomuceno y yo y Fernando y Cornelio.

Y cuando el niño soltó las semillas para abstraerse en el vuelo de un moscardón, el sacerdote se oyó a sí mismo, cincuenta años atrás, en la voz de su padre. Y le volvió esa brisa que mecía los árboles de su infancia, y el silbo de los sinsontes en los magueyes que sembrara *El Hombre* en los distantes labrantíos.

—¿Vamos, padre?

El sacerdote regresó con una sonrisa que el niño tomó para él.

—Sí, vamos —respondió. Pero al no saber a qué se refería el pequeño—: ¿A dónde, Daniel?

—¿No íbamos donde el alfarero? Allí viene mi padre para ir con nosotros donde el alfarero.

—Sí, claro. Salgamos.

Al poner la mano en la cabeza del pequeño, creyó que estaba en poder de otra semilla. Y mientras bajaba las escalas, agradecido de que los niños existieran, creyó ser su mismo padre. Por eso al pisar la calle caminó como un ciego que recorriera un camino conocido.

Cuatro clientes de la banda del Cojo observaban burlones en la puerta de un cafetín.

—“Como que es de los contrarios” —dijo uno.

—“De los que visitan a los enemigos del Gobierno” —rió fastidiosamente otro.

—“De los guerrilleros ensotanados” —habló el tercero, raspando la rodaja de una espuela.

—Buenas tardes, señores —saludó el sacerdote.

—... tardes.

El enterrador aprovechó la dirección del sol para que el reflejo de su pica diera en los rostros.

—¡Quita eso! —regañó uno. El enterrador acentuó su sonrisa idiota. Y aparentando sorpresa:

—¡Este sol de Tambo, mis Coroneles!

—Algún día usaremos tu pica, ya sabes para qué —amenazó el de la rodaja. El sacerdote quiso seguir.

—Buenas tardes, señores —dijo apretando la mano del niño, que temblaba.

—Malas las van a tener los guerrilleros —habló el segundo de los matones.

—Buenas les prepara el Sargento.

Las voces iban quedando atrás pero se oían las puyas:

—No creo que éste dure mucho.

—¿Recuerdas al padre Rendón?

—No aguantó a Tambo.

—Le dio por decir que Dios era un pendejo.

—Eso dizque se llama locura mística...

Fue más cansado el paso del padre Barrios. — “¿Qué habremos hecho para que me traten de este modo?” —se dijo con vago sentimiento de culpabilidad— “Está bien que como sacerdote me juzguen entrometido; ¿pero no pueden pensar que como hombre sea normal? En ocasiones los sacerdotes no amamos al

prójimo: lo compadecemos con una compasión inflada. La animosidad de esta gente me ha herido, hiere mi vanidad de cura, hiere... Para comprender al ser humano debemos mirarlo desde arriba, desde el lado de Dios. Y si no para comprenderlo, siquiera para perdonarlo”.

Aunque por lo general le tranquilizaba una invocación a los poderes celestiales, a veces se sentía conturbado y apelaba a sencillas manifestaciones de esos poderes, a palabras mansas en la boca y en el recuerdo. Matandrea, romero, espliego, albahaca, eneldo, salvia, col, apio, mejorana... Decirlas —o pensarlas— era una manera de rezar.

Con el volcán retumbó el tambor. Entonces alzó la mirada como si buscara nubes. Y al ver en el firmamento una bandada de pájaros olvidó las puyas.

—¿Ves esos pájaros, Daniel?

—Son loros, padre.

—A lo mejor anuncien lluvias. Creo que tendremos pájaros y aguaceros. Allá vienen más... ¡Eh! —llamó al alfarero, que doblaba una esquina—. ¿Crees que estos pájaros anuncian lluvia?

—Pueden ser los primeros vientos.

—¡Es lo que digo! —se animó el sacerdote—. Vamos —y regresó con el niño y el alfarero. El enterrador se apostó contra la pica.

—¿Los ven? —preguntó el sacerdote deteniéndose, buscó los rejos de la campana y remató—: Alfarero, si aquel sinsonte se asienta en tus arbustos, tocaré a gloria.

El alfarero se recostó en el portal. Daniel se le acercó sobando contra las piedras las plantas de los pies.

—Anoche soñé con *Guardián*. Seguía vivo y boliaba la cola y ladraba en el monte.

—Te haré un perro de barro —dijo el alfarero, pendiente del sinsonte, que revoloteaba en la rama gruesa del tamarindo.

—¿Para mí? ¡Un perro de barro!

—Con cabeza alta y orejas paradas —siguió el alfarero sin parpadear.

—*Guardián* tenía las orejas caídas, era un perro más bien triste.

—Le haré orejas caídas.

—Alfarero, se acerca a tus arbustos el sinsonte —dijo el sacerdote.

—¿Y le pondremos *Guardián*? —preguntó el niño.

—*Guardián* se llamará tu perro de barro.

Daniel se movía de un lado a otro. El sacerdote agarraba nervioso los rejos de las campanas. El alfarero miraba el revuelo del sinsonte en el tamarindo.

—¿De qué color va a quedar mi perro, alfarero?

—Si te gusta, rojo.

—*Guardián* era amarillo con orejas caídas y sabía ladrar mejor que cualquier perro. Era el mejor ladrador del mundo.

—Será amarillo aunque no ladrará.

—Pero yo recuerdo cómo ladraba cuando estaba alegre y cuando estaba aburrido. Allá arriba, en el Páramo.

—Alfarero —volvió el sacerdote, en susurro, temeroso de espantar el sinsonte—, va para tus arbustos.

—Veremos...

El sacerdote agarró fuertemente el rejo de las campanas y volvió a entender la emoción de su padre cuando oteaba el firmamento en busca de pájaros para su cabuyal. Hasta que una tarde de sábado en que el viento arrastraba las palabras, *El Hombre* exclamó alborozado: — “¡Allá! ¡Véanlo!”. Y vieron a un sinsonte columpiarse en el maguey, cantando al viento que soplabo recio en la altura. La madre observaba al hombre, observaba al sinsonte, observaba a los hijos. “Vayan donde *El Hombre* antes de que se largue el chaparrón”. Y fueron hasta su padre, que les señalaba la espiga, en la cabeza una mano para evitar que el viento arrastrara el sombrero de caña. — “Éstos son pájaros de verdad, sin miedo al viento ni al agua. ¡Y me van a decir que esos pajarracos de la India...!”

Nunca volvió a ver en nadie más una alegría tan de su rostro. Hasta muchos días después de aquella tarde de sábado, *El Hombre* repetía con meneo de cabeza: — “¡Y no quería huir del chaparrón! Ya sabía yo que nada iguala a un maguey con espiga para las aves...”

—¿Cuándo me haces el perro, alfarero?

El alfarero tensó su cara, como el sacerdote, cuando el sinsonte voló del tamarindo y se posó en los cogollos de un arbusto recién trasplantado.

—¡Ya! —dijeron a una. Entonces las manos tiraron con fuerza de los rejos, y las campanas tocaron a gloria en la aldea de Tambo. Las gentes miraron al campanario, algunos salieron a enterarse.

—Enloqueció completamente el curita —se dijeron.

Y mientras los badajos bajaban y subían, el padre Barrios tuvo en su rostro una expresión de plenitud que nunca en los años que le quedaban volvería a iluminar de esa manera sus ojos, gastados de mirar recuerdos.

25

EL Cojo saboreaba la prolongación de la escena, jugaba con los nudos del zurriago asegurado a su muñeca por una trenza de cuero.

—¿Qué opinan? —se dirigió a sus guardaespaldas preparando un salto grande—. Dice que no muestra el gallo.

—Deberíamos averiguar por qué —intervino el de bigotes, provocador en el modo de arrastrar las letras y sobar la canana con la palma de sus manos. El Cojo lo señaló con un movimiento que pretendía ser despreocupado.

—¿Qué opinas?

El de bigotes aseguró los pulgares en la cana y tamborileó con sus ocho dedos libres. Me revisó desde la cabeza al suelo, descargó su cuerpo en una pierna y dijo:

—Se las quiere dar de hombre.

Cuando el Cojo aventó la cabeza con otra risotada, un rayo de sol chisporroteó en su muela de oro. La risa fue acabándose a bocanadas hasta convertirse en el ceño bronco y en la presión de sus sílabas.

—Pero esto de ser hombre no es cosa de niños.

Celebró con un golpe de tos. Pero yo no estaba para bromas y él lo sabía. Lo sabían todos, inclusive los mulatos y el enterrador y el del potro manchado. Seguía quieto el aire. ¡Si la cinta del techo se hubiera movido!

Como si rastrillara un fósforo en un reguero de pólvora, el Cojo formuló la pregunta:

—¿Y nos diría siquiera el nombre, para empezar?

Enrollaba el rejo en sus manos, lo volvía a desenrollar.

—... El nombre suyo, el del gallo...

Sonreí como si golpeara. Mis ojos rozaron aquel rostro, como espuelas. De un manotazo sacudió el raspón brincando una grada con ayuda del zurriago.

—Es una historia fea... —empecé con desaliento. Un cohete dibujó en el aire una alta palmera de humo. Si hubiera estallado el volcán, me habría importado poco. Recordé una mujer envejecida, acodada en una ventana. Todo se templó en mí.

El Cojo avanzó desenrollando el rejo. Era inaguantable la tensión. Yo calculaba el estilo de su ramalazo, la manera de esquivarlo y asegurar efectividad al cuchillo.

A una señal del jinete, el enterrador, los mulatos y dos más que entraban los últimos, fueron tomando posiciones cerca de los guardaespaldas. Algo tramaban para este día de Ferias.

El Cojo se convenció de que tendría que enfrentármeme sin ayuda.

—¡Déjenlos solos! —reclamaron voces dispersas cuando intentaron atacarme. Los secuaces advirtieron un atrevimiento no acostumbrado y se aquietaron después de consultarse.

—¡Eh! —le habló el Cojo al de bigotes en tono falsamente suave—. Contémosle cómo nos abandonó *El Bruto*.

Con un índice, el otro fue echando más atrás el sombrero hasta despejar la frente. El índice imitó un cañón de revólver.

—Pues cuando se dio cuenta de que no obedecía, él mismo se lo fue disparando...

—Pero —siguió el Cojo, marrullero—, ¿por qué se lo dispararía?

El de bigotes alzó un hombro, con la navaja rebanó un trozo de caña.

—Ya estaba en edad de morir.

Fingió expresiones de lástima, con las uñas sacudió un costado de la camisa como si rasgueara una guitarra.

—Feo se le veía el hueco en la frente...

Esperaron a que surtiera efecto la amenaza. Con un resoplido de burla dije al de bigotes ahumados:

—El hueco... ¿si sería en la frente?

Y al Cojo:

—¿Por qué no manda a *Bigotes* para casa? Se hace tarde...

Otro resoplido del del potro manchado y las risas todavía inseguras de algunos espectadores, desanimaron brevemente al bando. El Cojo y el de bigotes midieron el salto que podrían dar, pero ante mi seguridad todo se redujo a un emplazamiento en boca del segundón:

—¡Ya habrá tiempo! —e hizo a los pandilleros una señal convenida. Pero cuando éstos iban a actuar sintieron en sus costillas la presión de puñales y revólveres. Y advertencias que no admitían escape:

—Lo hundo si se mueve.

—Tiene montado el gatillo.

—Llegó la hora, matarifes.

El de bigotes intentó desenfundar su revólver pero con rapidez violenta el del potro lo imposibilitó con su soga vaquera. El enlazado miró en derredor tratando de recoger su reacción en el aire y en la expectativa de los otros.

—¿Qué diablos hace aquí? —preguntó.

—Vine por el caballo de José Miguel. Y por la guitarra.

—¡Porque estoy...!

—Quieto, niño —y jaló fuertemente. La cara del enlazado quedó junto a la cabeza del animal. Se cruzaron los ojos con odio.

—Quietecito, *Bigotes*.

La mitad de la gallera perdió el miedo. El Cojo miró al segundón con desprecio y se me enfrentó resueltamente porque de verdad la hora había llegado.

—Uno de los dos tenía que ser.

Pero siempre hay palabras para detener puñaladas o disparos. Yo tenía las mías:

—*Aguilán* se llama este gallo...

El impacto en el Cojo empujó mi voz lenta como su paso, ahora condescendiente:

—Yo quería ponerle *Gavilán*; mi madre quería ponerle *Águila*. Al fin lo pusimos *Aguilán*. Un viejo nombre, mezcla de gavilán y águila.

Se detuvo y con él los que estaban cerca. Envejeció dos años. O veinticuatro. Toda mi edad lo derrumbó. Mi edad, más nueve meses. Por un momento creí sorprenderle una buena mirada. Tal vez fuera posible...

El del potro detuvo en su boca el pico de la botella. En todos revivía la curiosidad.

Otro cohete sonó en la plaza. Hasta los matones acorralados extrañaron el aturdimiento del Cojo, las arrugas de su frente, el retorcimiento de las cejas que parecían aferrarse como gusanos. Y su grito que trataba de ahogar cualquier emoción que lo debilitara, mientras se enrollaba la cuerda en la muñeca.

—¡Tengo que ver ese gallo!

Había convertido ahora en látigo el rejo para castigar su pasajero temblor. Me lo disparó desde los tres metros. No fue difícil evitar la marca en el rostro y dar con el rejo una vuelta en mi mano contraída dejando libre el pulgar. Así tumbaba potros y toros en mi trabajo de vaquero y amansador. Lo mismo pasó con el Cojo: de un formidable jalón le hice saltar la grada restante. Los de su bando se removían como si tascaran frenos.

—¡No saldrá vivo, forastero! —exclamó hecho un nudo de músculos, y se irguió con su agilidad de puma. Junto a él se respiraba un vaho animal, de fiera recién bañada.

—... ¡No saldrá vivo!

Podía ser. Vivo. Muerto. Algunas tumbas habría cavado ya el enterrador.

26

EN su reclinatorio el padre Barrios rezaba por los soldados acribillados. — “Algo tiene que ver cada cual en cada muerte”. La víspera trabajaron la tierra antes de salir a cumplir el trágico deber al mando del Sargento Mataya. Los mataron cansados. Cansados por la penitencia que les impuso.

—“De alguna manera todos somos responsables, si no culpables. Pero, ¿si se extendiera el juicio más allá del hombre?”

Y le asustó recordar una réplica de don Heraclio Chútez: “Si Dios tuviera conciencia de culpa, lo estaría matando el remordimiento”.

El Cristo de bronce dejaba una marca en su frente, le maltrataban los relieves al exorcisar su pena. Le llegaba el ruido que con su pequeño tridente producía Daniel al escarbar una era, y cada movimiento entre la maleza trataba de despejar un tris de su propia infancia entre los cafetales.

—“Estoy viejo de verdad” —se dijo al darse cuenta de que deseaba evadir los problemas, de que la niñez era para él una especie de futuro. El único, en busca de los perdidos.

Y pasos fuertes oía en las calles de Tambo, pasos en su recuerdo. Los de su madre, débiles, ligeros en la mañana, cansados a la tarde: pasos por duplicado debido al golpeteo de las sandalias sin cordones. Y los de su padre, los de aquellos guayos de cuero crudo con suelas de taco y carramplones para los barrizales. Se estremecían los tablones del corredor con esos pasos tan familiares a la casa como el Cristo en la sala, el tic-tac del reloj, el silencio de la madre, la guitarra de Rodrigo. Desde niño se quedaba mirando aquellas botas, oyendo su taconeo, y los ojos las seguían como si fueran cosa viva e imponente. A veces, cuando las engrasaba sobre la piedra del patio, al sol de la mañana, se extrañaba de que no caminaran solas...

Cuando don Jacinto tocó a la puerta, se levantó dificultosamente y pensó en su propia muerte: ni dolor, ni remordimiento cuando ocurriera; sólo tristeza porque, con él completamente *El Hombre*, mataría lo que de él había sobrevivido en los simples actos de su vida cotidiana.

La silla, los trastos del alfarero, la mesa, el reclinatorio, la plaza, la puerta al abrirse, el tendero, aparecieron empañados, en desintegración de agonía.

—Padre... —Las manos se estregaban como animales desesperados, los ojos forzaban la mirada hacia la marcha de los soldados sobrevivientes.

—Me alegra su visita, don Jacinto.

—Algo malo pasará hoy —dijo el tendero sin dejar de mirar a los soldados—. En el desfiladero los mataron a casi todos. Allá

estaba mi hijo. Viene un destacamento.

El sacerdote vio una resolución nacida del terror. Tras ella se adivinaba un alma en heroica derrota.

—¡Si sólo se tratara de morir!

—Su hijo estará bien, don Jacinto.

—Hoy viene con los suyos, lo acribillarán los nuevos soldados. Don Heraclio en la gallera...

La frente sudaba. Recientes insomnios hacían curvas las miradas.

—Está ardiendo la escuela-cuartel. Nunca un hombre se vengará como el Sargento. Tendió una trampa que acabará con los guerrilleros, con mi hijo. ¿Cuál es nuestro deber? ¿Asesinar a los soldados o dejar que asesinen a los guerrilleros? Lo uno o lo otro, no hay escapatoria.

Las palabras se hundían en el sacerdote,

—Yo conozco a mi hijo. No estuve de acuerdo con él pero es un buen muchacho. Lo hicieron hombre antes de tiempo.

Miró el Páramo como si mirara a su hijo frente a frente.

—La última vez me dijo que sembraría árboles en Tambo, que el pueblo tendría fábricas de tejidos de cabuya, que harían caminos, que cultivarían hasta el último rincón. Es el más inteligente del pueblo, el más estudioso. —Y con indignación decorosa—: ¿Me van a decir que es un criminal?

Cada uno con el peso de sí mismo encima, con el de su pasado, con el incaminable peso de sus decisiones.

—No puede ser criminal un hombre que ame la tierra.

Don Jacinto no escuchó. No vio al Cristo estrujarse en la ancha mano. Sólo dijo:

—Es de hombres decidirse a la hora brava.

Imposible sufrir en carne propia la vida de cada feligrés. Maria, Otilia, el Sargento, don Jacinto, el enterrador y cien más que iban a buscar alivio a daños causados por sus propios actos, por los ajenos, por los actos de nadie. Esa cosa que llaman destino, y que es el designio de Dios...

—Marta quedará sola —dijo con aire de imbecilidad afectuosa—. Ojalá la anime cuando yo falte.

Volvió a mirar hacia fuera, habló en eco de otros recuerdos:

—Antes había palomas en las calles, se oía la guitarra de José Miguel.

—Volverán los buenos tiempos, don Jacinto —dijo el sacerdote sin convicción.

—Ya no hay buenos tiempos, padre. Tambo nunca ha sido gran cosa pero se vivía tranquilamente, las siestas no daban miedo.

Apretó el puño contra algo invisible.

—Cada rato vuelven los pandilleros a pedir cuotas.

—¿Cuotas para qué?

—Dizque para el mantenimiento del orden, para acabar con los enemigos del Gobierno, para... Si no les damos dinero y licor hacen las del Diablo.

—¿Y el Alcalde lo sigue permitiendo?

—Padre Barrios, ¿todavía no sabe qué cosa es *La Autoridad* en nuestros pueblitos?

La voz de don Jacinto se perdió en los pliegues húmedos del trapo.

—Van para *El Gallo Rojo* los sobrevivientes.

En la plaza, las botas herradas acompasaron el grito del Sargento Mataya:

—¡Aaaal-tó!

El pedrusquero se calcinó al bronco taconear. Los soldados brillaron de sudor pegajoso. Enmorenados de polvo y fatiga estiraron sus músculos a la voz de mando.

Otra vez llenarían de voces su establecimiento, de ellos se llenaría él mismo para que el terror creciera en la punta de las bayonetas, en el paso acompasado de la guardia, en el silencio de los rincones, en la respuesta imposible.

—Llegaron —dijo don Jacinto, levantándose. Al observar el sacerdote los restos de tropa, los uniformes rotos, la cara de fuga, se acentuó su idea de culpa. Ya no era sólo don Jacinto quien le infundía lástima sino el Sargento y sus soldados caídos. Los guerrilleros. La humanidad emplazada.

—Pasará la tormenta —dijo—. Dios no da al hombre penas superiores a sus fuerzas.

Don Jacinto se santiguó antes de salir. El sacerdote lo detuvo:

—Hablaré con el Sargento, rezaré...

Asomó a la ventana que daba a la huerta-jardín. En vez de confortarlo, lo desanimó la presencia de Daniel.

—¿Dónde está tu papá? —preguntó. Necesitaba la mula para ir al encuentro de los guerrilleros. Necesitaba moverse para no gritar.

—Fue al cementerio —dijo la voz entre la maleza.

Cuando el tendero salió, volvió a oírse en la plaza la voz de mando del Sargento y el taconeo de sus soldados. El Cura pensó en la vida apacible, en un Tambo donde los ruidos fueran los naturales de un pueblo con palomas callejeras. Ahora oía voces agrias, descargas de fusilería. Las palomas se amaban intranquilas en los tejados, volaban poco a las vías desiertas.

Cuando bajó, el Sargento cruzaba la calle. Al ver al sacerdote se caló un rostro feroz ayudado por una hinchazón en su pómulo derecho.

—Sargento... —empezó el sacerdote.

—Padre, usted ha traído mala suerte —cortó e intentó seguir.

—¿Por qué no retira a sus soldados? Lo acorralarán, lo...

El Sargento restregó de un manotazo la magulladura del pómulo. La sangre empezó a chorrear.

—No me han derrotado, padre Barrios. Pagarán caro la celada. Hoy los destruiré.

—¿En qué forma, Sargento?

—Venga usted.

Señaló la escuela-cuartel humeante.

—Eso nada significa —dijo. Indicó imprecisamente un camino opuesto al que deberían traer los guerrilleros.

—Ciento diez hombres apertrechados me llegan. Esperaré a los *chusmeros* donde debe ser; no quedará uno, se lo aseguro.

Templó un índice en dirección al sacerdote.

—Al menor movimiento sospechoso de usted, de cualquiera, hago las del diablo. Ley marcial, señor Cura.

Y con ira satisfecha de sí misma siguió sin quitarse la sangre del pómulo, que le manchaba el dril de su camisa de campaña.

—En el cementerio están los cadáveres de los soldados —agregó sin dar el rostro, ya caminando. El sacerdote lo siguió hasta la oficina.

—Hay que detener la matanza —dijo desde la puerta. Al Sargento se le atragantaban agrias palabras.

—¡Usted me lo dice!

—Lo manda Cristo.

—Sí —dijo irónico el Sargento—. Dar la mejilla izquierda cuando nos golpean la derecha... ¡Buena esa doctrina de la cobardía!

—Del verdadero valor.

—Si lo obedezco, ¿no sigo la doctrina de la derrota?

—La del amor.

—¿Sabe qué cosa es un Ejército, padre Barrios? ¿Sabe que si huyo sin motivo me seguirán consejo de guerra? ¿Sabe...?

Resolló porque eran vacuas las palabras. Pero su inquietud muscular requería desahogo.

—Aquello fue una carnicería atroz, a mansalva, a... — interrumpió un gesto del padre Barrios con mordacidad—. Sí, claro, todo lo que ocurre es un bien por ser obra de la voluntad divina...

—Dios...

—No me venga con sermones, padre Barrios. Soy soldado, no santo. ¿Quién vive bajo mi pellejo?

Y con amargura exaltada:

—¡Yo mismo, padre! Cuando vea en el cementerio lo que quedó de mis soldados podrá decirme qué sentiría usted en ese momento si fuera Dios.

Mermó el volumen, atemorizado de su fuerza, pero acabó como si estuviera al borde de la muerte total, en que cualquier cosa se arriesga.

—Padre, si yo hubiera creado el mundo, si hubiera formado al hombre, me habría suicidado de desesperación.

El sacerdote se santiguó, alzó los ojos para dar anchura a la mirada que dirigió al Sargento:

—Si yo fuera Dios trataría de perdonarle a usted. Pero la doctrina del perdón no debe prestarse al abuso del hombre.

—“Así como en el fondo todo niño odia a su padre en cuanto lo cree omnipotente, e implacable, así todo hombre odia a Dios en cuanto coarta sus libertades y le impone códigos de una estricta moral. Pero como sólo puede sentar su protesta a cambio de su

condenación, se doblega con amargura, tendido hacia la anulación como personalidad individual o hacia la superación de los verdaderos místicos. Si Él tuviera un punto débil, si tuviera nuestros dolores, tal vez —y aunque fuera por sublimado narcisismo de nuestra parte— nos inspiraría ternura. Pero Él no necesita de nosotros, y humanamente fastidia esa actitud de invisible perdonavidas y eterno fiscalizador de nuestros errores, de nuestros actos desprevenidos.”

Había en él a veces una generosa duda que hacía inusitada la natural expresión de sus ojos, y en que los párpados parecían sus pupilas: unas pupilas hondas, más allá de los ojos mismos, como oscuras y dañinas interrogaciones.

Tal vez tenía justificación —explicación al menos— el odio que a tantos inspiraba lo que él llamaba “su gremio”; tal vez la verdad que predicaba tuviera una honrada y poderosa contra-verdad, verdad en sí misma e igualmente respetable, viciada una y otra por el miedo pánico que infunden las ideas.

Aunque no era espíritu analítico —dejaba su arrugado corazón en las cosas— no podía escapar a esas preguntas sin palabras y que más eran un clamor, el esbozo de una oración desesperada. Quedaba la fe. Quedaba la esperanza. Y para él no había palabras más parecidas en su significado que fe y esperanza. Aunque todo se reducía a palabras: en las palabras todo quedaba arreglado. Las palabras se olvidan, quedan los hombres con su mala índole. Sin embargo, en la preocupación del Sargento adivinó afecto por sus soldados, respeto arrepentido en sus dudas.

—La desesperación y la ira son consejeros de Satanás, ponen un velo que rechaza la luz divina. Sargento, Dios está más allá de las cosas porque es la paz, es lo único puro que nos queda... Él es la madrugada para esta noche donde tropezamos a ciegas.

Sabía que el Sargento no podía rehuir su destino de soldado. Matar y morir era su profesión. La palabra de Dios es eterna pero hay que oírla desde antes; si no se la oye, las cosas andan mal. Entonces esa palabra —amor, paz, justicia—, llega tarde porque el hombre es el ser que anda rezagado...

—Sargento —volvió a recitar—, lo que usted afronta, lo que todos afrontamos en este momento no es por culpa de Dios sino por

haber seguido el camino torcido. Si usted saca la bayoneta y se arranca los ojos, sería injusto al gritar: — “Señor, ¿por qué me arrancaste los ojos?”

La sangre del pómulo se había coagulado, se calmaron los movimientos del Sargento Mataya.

—Padre —dijo casi en susurro—, si Dios me dijera qué debo hacer, lo obedecería.

Miró con una inquietud más allá de sí mismo.

—... Creo en Él. Pero, ¿por qué está escondido? Si Él no me dice ahora mismo qué cosa debo hacer, mi deber es liquidar a los guerrilleros.

Se levantó. En él vio el sacerdote al hombre perplejo, a solas frente a su destino. Trazado por él o por voluntad ajena, era indiferente en ese minuto.

—Padre —habló antes de salir—. Vaya al cementerio. Mis soldados muertos ya tomaron su camino. El mío tendré que decidirlo yo.

Al frente de la casa cural se congregaban grupos que callaban al paso del Sargento. En el fondo lo admiraban. Había un marcial orgullo en las ropas deshechas y en la sangre de los driles. Cuando pasó comentaron con voces de intimidación:

—En cinco minutos llegarán los soldados nuevos.

—En diez minutos llegarán los del Páramo.

—Tambo quedará en cenizas.

—El Sargento va a *El Gallo Rojo*. Como le incendiaron el cuartel, en la gallera concentrará los nuevos soldados. Son más de cien.

El sacerdote no sabía qué actitud tomar. No todas las circunstancias están contempladas en las Sagradas Escrituras. Sería testigo de otra matanza, de asesinatos, de abusos. ¿Qué podía hacer? El Ama, don Heraclio, Daniel, don Jacinto, el enterrador...

Salió más corvo de espaldas. De algún sitio llegaba, en el ritmo del tambor, un grito para anunciar la hora señalada. A su paso hablaban las mujeres temerosas, desorientadas.

Ya lo presentía: entre el barullo de las calles se acercaban las señoras notables, dos o tres soplones de la pandilla para abogar por

su inocencia de última hora.

—¿Qué será de nosotras?

—Yo sólo decía que...

—Nunca quise ofender a...

Tendría que afrontar, renovados, los problemas de Otilia, de don Jacinto, de quienes tocaban a su puerta e invadían el jardín porque era inminente la entrada de los guerrilleros al mando de Antonio Roble y Pedro Canales.

27

A un furioso redoble del tambor viraron las cabezas hacia la puerta de comunicación con *El Gallo Rojo*. Y cuando desde ella nos contempló el sacerdote, la expectativa fue la de quienes asoman a un riesgo imprevisto: hombres, gallos, almas, no importaba. El choque en sí era suficiente.

Algunos tomaron el respirar asmático del sacerdote como excitación de ira, o miedo al gamonal; otros como el coraje de un anciano sin armas que va a un ambiente hostil para enfrentar lo suyo contra todos los demás.

—Adelante, padre Barrios —dijo el Cojo. La inflexión de voz se debía a la impresión que quería dejar en los asistentes, no a un impulso desprevenido.

Con paso lento el sacerdote llegó al redondel. Miró los chisquetes de sangre en la arena, con la suela borró los que estaban cerca, un pañuelo enjugó el rostro. —“Sangre, lo único que los anima. A lo mejor, ya ni sangre” —quería decir su desánimo.

—Tú, forastero —dijo de pronto, señalándome—. ¿A qué has venido?

Miré al Cojo. Dije apaciblemente:

—Al desafío.

De gallos, de hombres contra hombres. Adiviné la pregunta que no formuló.

—Sí —la contesté—. A los desafíos.

El Cojo sonrió.

—Busca a un hombre, padre. Desde hace dos años busca a un hombre.

—Para matarlo —rematé.

El Cojo se carcajeó. Pero los labios temblaron al final de la carcajada.

—¿Es cierto, muchacho? —preguntó el sacerdote, más viejo todavía.

—Es cierto.

Hubiera querido que la gente desapareciera, pues ni mi vida ni mi venganza tenían por qué ser espectáculo. Hubiera querido no ser motivo de las contracciones en el rostro de aquel anciano. ¿Cómo podría él evitar el destino marcado, corregir los instintos cultivados desde que nacimos, impedir el encuentro inevitable? Gallos, hombres, almas...

—Padre —volvió el Cojo enviando el puño con índice templado—. Enfrentará su gallo a cualquiera de los míos. Llegó al pueblo como si fuera el dueño. ¿No cree que necesita una lección?

El sacerdote movió cansadamente la cabeza.

—¿Todos han perdido la dignidad?

Se sacudió algo invisible, como si le molestara lo que acababa de decir. En los bancos algunos rehuían su mirada, otros la sostenían con desparpajo.

—¿A nadie le importa la muerte de los demás?

Alzó el brazo para señalar el Páramo.

—¿Saben cuántos soldados cayeron en los desfiladeros? ¿Saben cuántos guerrilleros murieron anoche? ¿Saben cuántos cadáveres hay en el cementerio? ¡Y ustedes pendientes de dos hombres que quieren morir, de unos gallos, de...!

Levantó un Cristo de bronce, le tembló la voz. El Cristo tembló en el extremo, como otro índice.

—Estarían felices si se repitiera el espectáculo, si lo crucificaran de nuevo.

Se dirigió al Cojo, apartó las manos con las palmas adelante, en entrega.

—¿No basta con lo malo que se ha hecho en Tambo? ¿Hacen falta más ramas de tamarindo?

Debió referirse a lo que me habían contado sobre el brazo del tamarindo y un tal Juancho Lopera que amaneció colgando, al cuello

un ojal de alambre de púas. El Cojo se encabritó como a un espolazo en los ijares.

—Padre Barrios —recalcó en un formidable tono bajo—, nadie me dice a mí qué cosa debo hacer ni qué cosa hice o no hice.

La tensión cedió al latiguar el triple entaconado.

—¿Y tú, muchacho? —me preguntó el sacerdote.

—El día estaba señalado —dije.

—¿Por quién?

Me referí al Cojo.

—Cada uno se señala su día.

El del potro manchado fijaba sus ojos en la nuca del sacerdote, en el Cristo empuñado. A veces el Cristo se confundía con un revólver o con un tremendo puñal.

—Él señaló el día —dijo el Cojo, burlón. Y por decir al sacerdote que debería dejar a las cosas el ritmo que les imprimíamos:

—Ésta no es casa de oración sino cueva de galleros.

—En todas partes está Dios.

—Pues aquí se le adelantó Satanás.

La manera como se quedó mirando el sacerdote al Cojo, impresionó a los espectadores. Ese silencio fue una acusación violenta; fue, quizá, la visión de una derrota.

Cuando el sacerdote apartó la mirada se corvaron más sus espaldas, como si en la mirada misma hubiera estado apoyando el cuerpo. No sé qué había en él, porque cuando volvió a mí su cara con un oscuro movimiento sonámbulo, tuve ganas de bajar la mía. No sé por qué me hacía aparecer culpable, no sé qué tenía que ver yo en su destino, pero algo mío sufría dentro de él, algo mío le dolía.

Su expresión cuando volvió a mirar en derredor fue la de un hombre en fuga.

—Necesito que me ayuden a enterrar a los muertos.

Algunos bajaron la cabeza para no sentirse aludidos.

—... A los soldados muertos, a los guerrilleros muertos...

Nadie obedeció. El Cristo se desgonzó en los dedos, los pasos emprendieron el camino de salida. Al traspasar la puerta volvió la cabeza lentamente. Lo último en desaparecer fue la espalda.

Al verlo al borde de la derrota pensé en cosas más duraderas que yo mismo, que mis nervios educados para dar muerte. Me hizo

sentir pequeño y pasajero, desvinculado de eso que lo rodeaba y que sólo he visto en quienes nacieron para ser caudillos de pelea grande, *enviados* por fuerzas superiores a las que movían mi vida.

Cuando salió, recrudeció el run-run en la gallería. Yo sentí náuseas. El del potro miró a los mulatos, que salieron. Seguramente ayudarían a enterrar las víctimas del Páramo.

El zurriago aflojó en el puño del Cojo al contemplarse las manos después de salir el sacerdote. Pero en los nudillos volvieron a blanquearse cuando se enfrentó a mi terquedad.

—Ahora sí, forastero, le llegó la hora.

Todos olvidaron al sacerdote. Respondí, pensando en él:

—Nadie escapa a ella.

—Nadie, joven.

—Ni Juancho Lopera pudo escapar.

Fue doble su contorsión, escandaloso el salto sobre una banca, estremecida la voz.

—¿Qué sabe de Juancho Lopera?

Yo seguía pensando en el sacerdote. Estaría en el cementerio entre el silencio del enterrador, de los mulatos. Dije con el desgano que deja la rabia repartida en muchos puntos:

—De Juancho Lopera sé lo que todos saben.

—¿Qué saben todos? —alzó la voz.

—Lo que sucedió y que por miedo se callan.

—¿Y usted lo diría, forastero?

—Sí.

Su risa no pasó de una mueca. Los segundones se removieron, el jinete empuñó la botella a la altura de sus ojos.

Miré hacia una rama imaginaria.

—Usted asesinó a Juancho Lopera.

Su tensa inmovilidad era la misma del hombre que colgara del tamarindo, a medio tronchar el cuello por el alambre de púas. No sé qué cosas callaba en ese momento, pero callaba lo más importante de su vida.

—Si Juancho Lopera siguiera viviendo —dijo—, lo volvería a matar.

-¡YA los bajaron! —exclamó el enterrador—. ¡Dije que cavaría buenos hoyos para estos desalmados!

Andaba agitado entre los cadáveres de lo que fuera tropa del Sargento Mataya.

—Aquí están, José Miguel —se dirigió a la cruz de palo—. Ya dije que te los pondría al pie. Ellos te mataron, José Miguel. ¡Fueron ellos!

Del pueblo llegaban ecos de cohetería y gritos enfiestados.

—Entrarán los guerrilleros, José Miguel. En los desfiladeros aniquilaron a éstos. Ellos te mataron, ¡ellos, José Miguel!

El sacerdote abrió el portón de rejas y entró con su acólito. Sobre cada ataúd rociaba agua bendita. Algo suyo, también, yacía en los soldados.

—*De profundis clamavi ad te, Domine; Domine, exaudi vocem meam.*

—¡Ni se lo merecen! —renegó el sepulturero—. En el muladar enterraron a José Miguel. ¡En el muladar!

El hisopo seguía rociando los ataúdes color de la madera aserrada. Los rezos caían con el agua bendita.

—*Asperges me hissopo, et mundabor: lavabis me, et super nivem dealbabor... Auditui meo dabis gaudium et laetitia et exultabunt ossa humiliata...*

Allí acababa el hombre. Los huesos humillados. En vida. En muerte. Ante los años. Ante Dios. Ante las cosas. Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y quedaré más blanco que la nieve.

—*Si iniquitates observaveris, Domine: Domine, quis sustinebit?...*

El hombre. La única cosa imperfecta de Dios. No, no el hombre sino su pensamiento, su... Perdona, Señor, que trate... Da a mis oídos gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados. Pesa el dolor de quienes no tienen ojos que los lloren ni oídos para oírse el rumor de la muerte en sus venas... Si mirases, Señor, nuestras iniquidades, Señor, ¿quién podría subsistir?...

—*Ecce nunc in pulvere dormiam, et si mane me quaesieris non subsistam...*

Éstos han caído, aquellos niños caerán. Desde antes de su voz ya traen los huesos humillados. Sólo por el orgullo. El justo hace entrega amable de su armazón, reintegra la cal a la buena tierra porque vivió con los huesos iluminados. Porque la vida de comunión con las cosas...

—Ahora dormiré en el polvo, y si me buscares mañana, ya no existiré... *Requiem aeternam dona ei, Domine. Et luz perpetua luceat eis...*

Los mulatos esperaban el momento de ayudar a cubrirlos. En alguna forma eran carne de esos mismos soldados.

—Recibe el alma de Tus criaturas. Júzgalos con Tu misericordia. Al polvo regresa el hombre, Señor. El hombre, Tu criatura.

Solos esos cadáveres sin llanto amigo en derredor, sin duelo familiar. La muerte en tales circunstancias era doble muerte.

Se arrodilló frente a ellos, extendió los brazos, los juntó en el pecho, sus ojos con lento observar las cosas más allá de ellas mismas, como si le doliera o le pesara la mirada. Las manos formaban un segundo rostro agobiado.

Como el búho a la penumbra, su alma estaba acostumbrada a la soledad, pero se sintió más solo que nunca. Y la pausa en el rezo era la sombra de su padre...

... La primera punzada le vino entre los cabuyales. Se agarró de un tronco, pero otra punzada lo tumbó contra una penca. Los hijos llegaron a su lado. Él se contorsionó con valerosa fatiga. — “Nada pasará” —dijo, pero de verdad estaba enfermo. Mucho les dolió ayudarlo a subir al caballo y seguir el paso de regreso; más todavía cuando dijo a la madre, tiñendo con una sonrisa la aceptación de su derrota—: “*El Hombre* está de viaje...” Le vieron a ella la tristeza en el peinado liso, en el recogimiento de sus pasos, en ese quieto enfrentarse a los cerros. Más que otros días, ese día los conmovió ella porque su silencio era un silencio en fuga.

Arrebujado en su ruana, el hermano mayor pulsaba inquieto los brazos del sillón; colgada de un clavo, la guitarra apretaba su boca contra la pared. Vino luego el cansancio de las palabras, las preguntas fatigadas contra una respuesta ineluctable, la mirada sobre los cabuyales que erizaban sus hojas.

Y al escuchar la oración de los agonizantes, salió corriendo hacia los cabuyales con el machete en la mano trémula. Recordaba cómo los vecinos se inclinaban al peso de su enorme ausencia, cómo se calló la guitarra del hermano, cómo apretaban los labios y los ojos y los puños, cómo dijo la madre con su voz parecida al silencio de las eternidades: — “Se fue *El Hombre*”.

*El Hombre* se había ido irremediablemente. Tendido en la cama de roble que él hiciera cuarenta años atrás, tenía mucho de tronco vencido, de tierra agostada por el cavar de los hierros y los días. Los campesinos desfilaban frente a su cuerpo, arrinconadas las palabras en la inútil protesta...

Después, nuevos días se detuvieron en aquella hora, inolvidable la figura de *El Hombre* contra los cerros, sus anchos ademanes, su gruesa voz de profeta, sus ojos pardos bajo unas cejas alborotadas como crin al viento.

Parecía que todos los hombres como él habían desaparecido y que nunca volverían a poblar las lomas donde soplaba inútilmente el viento. Sin él quedaba mutilado el áspero paisaje de las serranías... Desde entonces aprendió a mirar en sus ojos los cabuyales en crecimiento, más fuerte el agua que la mirada. Por allí recorría la sombra de *El Hombre*, ambulaba su voz para apaciguar los veranos y los inviernos, se tendían sus manos invisibles para dejar la semilla entre la tierra húmeda. Y en todas las losas del mundo un letrero simple como la vida de *El Hombre*: “*Aquí yace un cultivador de cabuya*”.

Los mulatos se acercaron para tomar por los extremos el primer ataúd. El sepulturero con la pica arrastraba uno y lo arrojaba al primer hoyo. Con la pala, con las manos, con los pies echó tierra encima y brincó sobre la tumba para apisonarla.

—¡Que no retoñen los soldados! ¡Que no retoñen!

Los mulatos miraron extraviados. La ira contenida durante años se revolvía en todo el cuerpo del sepulturero.

—En el Páramo enterré a mi mujer, enterré a mi hija, enterré mi mano. ¡Allá!

Con un muñón se ayudó para arrastrar el ataúd siguiente. La tapa se desajustó, él tomó una piedra para clavarla.

—¡No te saldrás, soldado!

Pero al golpe de la piedra contra la tabla, al roce del muñón contra la madera creyó ver un par de ojos llenos de pánico tras las rendijas transversales del bahareque. Creyó oír una voz:

—“¿Cuándo se acabarán las matazones?”

Y otra que respondía:

—“Cuando nos acabemos nosotros”.

El sudor corría hasta el cuello.

—Te ayudaremos —dijo uno de los mulatos. El enterrador jadeó la agonía de su venganza:

—¡Estos muertos son míos!

Se aferró al ataúd, contorsionado brutalmente. No escuchó la voz del sacerdote sino la suya propia:

—“¡Cuatro velas siquiera!”

—Nos dañaron la vida, mujer —dijo—. Se acabaron las guitarras, José Miguel Pérez.

Tiró la pica en la tumba y la enterró con la pala. En ella parecía ponerse el duro sol de Tambo.

Sobre un tronco de lava, una iguana inflaba y desinflaba su papada al sol.

\* \* \*

—Hay que decidirse —dijo don Jacinto, cansado—. Antonio se decidió.

Marta continuó en su absorto silencio. Por su hermano guerrillero, por el desconocido, por el recuerdo de la retama y de unas hojas de caña dobladas al sol. Sus dedos magullaban un mango verde.

El viejo clavó la mirada en un cajón de papas. Dos días atrás apareció la bomba. — “¿Quién la traería?”, se había preguntado. Podría matar con ella un pelotón. — “La envió mi hijo porque la revolución se extiende. Ha esperado que yo me decida”.

Creía equivocado a su hijo. No puso el denunciado, tampoco dejó usar la bomba: la ocultó sin propósito en el cajón de papas.

Ahora le estallaba en una dura obligación ante el Sargento Mataya y sus soldados. Y al pensar en el posible atentado, palideció; sus movimientos se hicieron torpes.

¿Qué esperaba? Lo aterraba la tropa. — “Antes por lo menos oíamos la radio, leíamos periódicos, nos juntábamos los amigos viejos para hablar de otros días. O callábamos, sin mayores inquietudes”.

—Son los nuevos soldados —dijo la muchacha mecánicamente. Las aletas de su nariz aspiraron el recuerdo de la retama. El hombre restregó una tabla con el trapo.

—Reemplazarán a los muertos. No sé cómo hemos aguantado.

Entre los gritos que llegaban de la gallera, Marta entrevió unos ojos de bravo sufrimiento.

—Ojalá no sean peores.

No creían mala gente a los soldados. Había órdenes. Pero órdenes y soldados formaban ya una misma cosa para Tambo. Soldado era algo que llevaba pistola y fusil y bayoneta, que ensangrentaba las botas en la carne abierta de los guerrilleros.

El ruido de los tacones cambió de la piedra de la calle al ladrillo de la acera, del ladrillo a los tablones. Botas herradas, acre vaho de exudación, chaquetas de dril, armas de gris hiriente, ojos estriados, abruptos ademanes. Trombas con respiración animal.

—Estamos cansados. Lo mismo —dijo el Sargento. Quiso pedir aguardiente y decir que había fracasado. ¡Y venirle el curita con eso de perdonar y detener las matanzas! — “Padre, ¿no le molesta su conciencia?”. El sepulturero había sido el de la emboscada, pero el Sargento veía sotanas en sus sentimientos vengativos. El idiota ese de la pica, y Pedro Canales... Si en vez de Sargento fuera Capitán... Y Antonio Roble... Y él mismo, destruido la víspera. Mala la hubo en los desfiladeros...

... En las rocas rebotaban las municiones, el viento helado silbaba en las rocas. ¡Y tanta noche para los fogonazos! Pedro Canales... ¡Maldito por siempre el Capitán! Las rocas devolvían sus risotadas.

“¿En la trampa, Sargentico?” “Por seguir a un cura viejo”. — “Te dejaré ir para que digas a Otilia que llegaré mañana”. Noche, rocas, frío paramuno, quejas, gritos, la inevitable derrota...

El látigo acompasó los pensamientos. Miró a don Jacinto como si mirara al hijo guerrillero.

—¡Todos caerán!

El viejo retorció la toalla cuando los uniformes contra la puerta oscurecieron el interior. Las sombras se revolcaron en el piso.

El Sargento se miró las botas cubiertas de pantano seco, raspó los carramplones en el tablado.

—Es un condenado ese hijo suyo.

—Casi un niño...

Lo dijo como quien se solidariza. El pánico empezaba a anularle el instinto de conservación. Todo llegaría a ser indiferente.

Podría liquidarlos con la bomba. Un pequeño Dios. Tenía que decidir su destino, el de su circunstancia, el de lo que pudiera sentirse afectado por su acto. Se anonadó al verse dueño de tantas posibilidades que antes le eran ajenas.

—¿Nervioso, don Jacinto?

Cada vez aborrecía más las preguntas del Sargento.

—¿Por qué suda tanto?

—Hace calor.

El Sargento llevó un pañuelo a la nuca.

—Hace calor.

En el ambiente flotaba la idea: cuando se está bajo ese clima se piensa que todo debe terminar en exterminio, que se vive una muerte sudorosa adherida a la piel como el calor a la llama.

Seguía denso el olor de ceniza y humo. — “Candelas de verano”, pensó. Alguien, lejos, tocaba el tambor: de ahí venía el reverberar al pueblo. Y del algarrobo, y del volcán, y del barullo en la gallera, y de las piedras con matas de humo.

—... Los pueblos se vuelven inaguantables. Tal vez por eso la gente se va yendo a los páramos.

—¡Todos caerán!

Don Jacinto se arrimó a su hija que desde la puerta interior trataba de ver qué sucedía en la gallera.

—Dile al padre Barrios que te mando yo.

Ella dudó, quiso estar cerca de la gallera, del viejo. Aquella mirada la entibiaba, como si le rociara suavemente un pasado de tranquilidad hogareña, de pequeños sueños realizados.

—No hay tiempo que perder —apremió el tendero. Se miraron con tristeza. Ella se quitó el delantal sin apartar la vista, debilitada al dividirse entre su padre y la figura ausente del desconocido. Tuvo la

sensación de que su cuerpo olía al del hombre del gallo bajo el poncho.

Cuando salió de la fonda creyó que el desconocido andaría con sus propios pasos.

Los ojos del de vestido blanco la siguieron.

La punta del látigo del Sargento dio en las costillas de un soldado. Una mirada furtiva señaló la nerviosidad de don Jacinto.

—No lo descuide.

Se respiraba en toda parte un aire de conspiración. El trapo se estrujaba inquieto en las manos de don Jacinto. Revoloteaba su mirada de los estantes a los soldados, de los soldados al cajón, del cajón a la puerta, de la puerta al cajón.

El hijo luchaba en los montes, al margen de la ley. Querían sus restos. “Como si matando a un hombre se matara el miedo”.

—Viejo, venga con nosotros a la mesa.

De soslayo miró el cajón de papas mientras obedecía al Sargento. En la sonrisa se convulsionó el miedo a la decisión. Tenía que descubrir por sí mismo su universo, vivir sus agonías. Nadie podría ayudarlo porque frente a sí estaría completamente solo.

El dilema se le iba haciendo inevitable: su hijo estaba por entrar con los amotinados de la cordillera, los soldados de relevo los eliminarían. Él era el único dueño de las circunstancias inmediatas. ¡Si morir sólo consistiera en dejar de respirar! ¡Si matar no pasara de arrojar una bomba o apretar un gatillo!

Ocupó el asiento que desocupó el soldado. Su vista se pegó a los pies del otro. Con precaución felina el soldado ojeó las mercancías, los anaqueles, los clavijeros que servían de colganderos para jícaras y talegas. El Sargento y el viejo miraron la lentitud del soldado en la inspección. El trapo gimió entre los dedos.

—¡Algo trama esta maldita gente! —rugió el Sargento asomándose al portón. Los techos de cinc devolvían el reflejo del sol.

—Viejo, ¿qué traman? ¿Están con Antonio Roble? ¿Están con el Capitán Canales, eh?

Silencio en el aire calcinado. Silencio en los tejados sin palomas. Silencio en las puertas cerradas. Y en las calles solas, y en las guitarras, y en la gallera, y en los ojos de los niños.

Silencio.

—La pagarán, viejo. Pagarán la que nos hicieron anoche. Usted sabe más de lo que parece.

Y al llegarle otra bocanada de gritos:

—... *Ellos* también saben.

—*¡Ellos!* —repitió impersonalmente cuando las exclamaciones en la gallera se sucedían. La gente suya se mataba, se mataban centenares en aldeas y montes y caminos, y el pueblo embebido en una riña de gallos. ¿Qué otra cosa les importaba? Pendían de unas garras y unas alas y unos picos, ¡y que el mundo se derrumbara! Si entraran los guerrilleros, estarían con ellos, y pedirían perdón, y formarían otras pandillas que protagonizarían idénticos desmanes.

—¡Maldito pueblo! —renegó.

—Mi Sargento —dijo el soldado con alegre servilismo—. La encontré en el cajón de papas.

La calma simulada fue la espera de cualquier estallido.

—¿De dónde vino esta bomba, don Jacinto?

Le agarró la camisa y lo zarandó contra la pared.

—Si no habla, lo mato. ¿Qué traman estos desgraciados?

El puño que agarraba la camisa hizo volar los botones. Una andanada de gritos salió de la gallera.

—Son gente acosada, Sargento. Tienen que vivir.

—¿Para qué?

De un envión lo arrojó contra la tarima. Don Jacinto fue de lado hacia el portón del establecimiento. Un soldado lo detuvo.

—Tráigame una botella —dijo el Sargento con azarosa calma, arqueando el latiguillo—. Tenemos que hablar.

Dudó la mirada. Golpearon contra el suelo las patas de los taburetes. Chirrió uno, insistentemente.

—¡Helados! —gritó el negro desde la calle, con voz de estreno. El grito refrescó el aire.

—¿Qué sabe de Pedro Canales? ¿Qué sabe de su hijo?

Se fue aquietando la mirada elusiva. Vibró menos la garganta.

—Nunca estuve de acuerdo con Antonio, pero es de hombres decidirse a la hora brava.

Decidirse, he ahí el problema. El eterno problema que se repite en cada ser. Él, y sólo él, debe afrontarlo. Nadie solucionará sus

angustias porque la experiencia histórica es nula en el avatar de cada individuo. Él tiene que vivir una vida y dentro de ella actuar, decidirse.

El Sargento sacó un fajo de papeles sucios.

—Vea los recortes. Criminales todos los guerrilleros.

—Sí —aprobó el viejo—. Nada queda sino la venganza de un lado y del otro, hasta el fin. Los resortes morales se han reventado.

Su hijo luchaba en los montes; por lo menos tenía un trecho por abrir. Él, en cambio, veía sus puertas clausuradas. Convencerse le daba una asustada ira.

—¿No saben lo que puede un pueblo con miedo? —dijo, ahora con descarada timidez de perro sin amo.

—Viejo, ¿qué le pasa? —acosó el Sargento. Arrastró la botella, la descorchó—. Tómese un trago con nosotros.

Retorció los dedos al vaciar.

—Podría ser el último.

—Con ustedes cualquier cosa puede ser la última.

—¿Se le subió el olor del aguardiente, viejo?

Rieron con impaciencia. El viejo desgonzó la boca.

—¿No han sentido miedo, lo que se llama miedo? Yo sí: cuando los oigo, cuando están dentro, cuando se van...

El Sargento dio un manotazo en la mesa. La botella perdió el equilibrio. El tendero se apresuró a recogerla viendo con ojos ensanchados el resbalar del líquido de las tablas al suelo. Su temblor llenó las copas, más transparentes ya con el licor.

—Salud, viejo.

—Salud, Sargento.

—Salud —dijeron los demás y empujaron el brazo, y tras el brazo la copa, y tras la copa el limón, y tras el limón la acidez de los gestos en los rostros quemados.

—Arde en el gaznate.

—Arde.

El chasquear de lenguas saboreó la tensión.

—Acabe su copa, Sargento.

El Sargento lo miró insistentemente. La copa parecía quebrarse en sus dedos. Don Jacinto retiró los ojos hacia la parte del Páramo que se veía por la puerta. “Es fresca la palabra *Páramo*”.

—¿Han sabido de Antonio Roble?

Pronunció con orgullo el nombre de su hijo. Por primera vez no sintió miedo al nombrarlo. Un desgarrado afecto le traía el recuerdo de aquella negrura precoz en la barba la última vez que lo vio. Cuatro años atrás. Hoy sería un hombre completo.

—Ya caerán —dijo el Sargento—. ¡Todos esos bandidos caerán!

Los ojos regresaron del Páramo a las copas.

—... ¡Y cuando los tenga conmigo...!

Estranguló el cuello de la botella.

—¡Así! No quedará una sola gota de vida.

Vació el contenido en las copas, menos en la suya a medio llenar. El dueño se levantó.

—¿Por qué atranca la puerta, don Jacinto?

—Por si los bandidos vienen.

Se burlaba de ellos. Renacía una fuerza moral en sus movimientos, la sentían, sabían que era menos difícil ser valientes que tener miedo varonil, que el miedo puede ser un resorte del valor animal, muro de contención para la audacia bruta. Para decidirse a la hora señalada.

—Yo estaba contra los guerrilleros, contra la violencia, contra Antonio.

Volvió a pronunciar el nombre como una rectificación.

—Me contaban muchas cosas. Castraciones, degollamientos, mutilaciones. No las creía. —Bebió un sorbo—. ¿Recuerda, Sargento? Uno de sus soldados mató con el fusil una paloma. Entonces comprendimos que la muerte había llegado a Tambo.

Los miró borrosamente y sonrió con dolor en las palabras.

—Mi hijo se fue a los montes; algún día lo matarán. Yo estaré orgulloso de su cadáver. Cuando José Miguel...

Recordó a Marta, creyó oír una guitarra y el galope de un caballo alazán. Recordó el muñón del sepulturero, el bastón del Cojo Chútez, los trastos del alfarero, las palabras del padre Barrios.

—¡Se emborrachó el viejo! —habló un soldado con torsión de vientre.

Una risotada azarosa llegó desde la gallera.

—¿Nunca se han dicho: “Dentro de poco estaré muerto”? Uno se va muriendo a trocitos cuando tiene miedo, hasta que se dice: — “Ahora voy a morir completamente”, y ya no siente miedo, y le parece bien que todo termine.

El Sargento sacudió su latiguillo.

—De tanto enfrentarnos a la muerte nos acostumbramos a ella.

—Porque somos tahúres y creemos que los demás morirán, menos “yo”. Espantamos el miedo por el azar de la jugada en que la suerte tiene que ser nuestra. Pero ¿y si hay certeza absoluta de que vamos a morir?

—Somos soldados.

—Sí, soldados...

—Sabemos morir.

—Nadie sabrá morir porque nunca lo quiere, porque...

Se quedó viendo al Sargento. Su hijo podría estar en lugar suyo. Se quedó viendo a los soldados. Carne de pueblo, con sus problemas: hijos, madres, urgencias cotidianas. Para morir en tierra enemiga. Sintió ganas de llorar.

—Salud, Sargento Mataya.

Con la copa junto a los labios se le empañaron los ojos. Pero la crueldad de hombre acorralado se impuso, y repitió:

—Yo estaba contra mi hijo.

—Por eso puede contar el cuento.

—Creía que el Gobierno deseaba la paz. Colaboré con ustedes pero comprendí lo que es terror al verlos actuar. Todo nos ha salido mal bajo sus botas. Los hombres rehúyen la mirada, las mujeres no salen, los niños se pegan a las faldas de sus madres, de sus hermanas mayores.

Dejó caer de la mesa una mano.

—Antes había esperanza, oíamos reír a las muchachas. Ahora con ustedes todo ha cambiado.

Los soldados miraron con mirada enferma. Esperaban algo del Sargento Mataya.

Una pausa de sorpresa se llenó de detonaciones. Un grito de júbilo recorrió la gallera. El tambor aceleró su ritmo.

—¿Oye los disparos en las afueras, Sargento? Es mi hijo, Antonio Roble, es Pedro Canales con sus guerrilleros. Mi hijo se

decidió. Es de hombres decidirse a la hora brava...

Tomaron actitud de alerta para el encuentro en las afueras de Tambo.

—¡Viejo majadero! Nos ha entretenido mientras yo debería estar a la ofensiva. Ya me las pagarán. Los guerrilleros caerán en la trampa y no quedará ni el bagaso. Así los exprimiré.

Y con los puños retorció la gorra de uno de sus soldados, que había doblado la cabeza.

—¡Vamos! —agregó rampante asegurándose el cinturón-cartuchera. Ellos se convulsionaron con gestos de fuga definitiva. Señalando, el viejo dijo:

—Será el primero, luego él, y él, y yo. Y los que acaban de llegar. Y usted, Sargento, ¿no será demasiado tarde? Falló su plan. Dentro de unos minutos estaremos muertos.

Manos, copas, ojos, se inmovilizaron.

—¿Saben ya lo que es miedo? Envenené el licor. No hay escapatoria, se lo juro. Yo, y en los demás sitios se hizo lo mismo con la nueva tropa. Más de cien soldados mueren en estos momentos. Estamos acorralados sin remedio. ¿Ven? Me tiembla la mano, veo muy poco.

No oyeron las últimas palabras. Sólo el viejo conservó una agria languidez. Los demás se retorcieron buscando la puerta, el estante, agua. Sacaron sus armas, las arrojaron brutalmente. No sobraba odio para el viejo, sólo sus rostros crispados sin defensa ante la muerte.

Dentro les taladraba, ocupándolos. Se iban llenando de ella, como una copa que deja de ser copa al rebosar. Era la muerte en distorsiones de lucha estéril, sin tiempo para resignarse, chapoteante el instinto de conservación pero hundidos en el abismo sin fondo que saca los ojos de las órbitas y hace garfios los dedos para aferrarse a un retazo de vida que se les fugaba en la desesperación.

—Oiga la fusilería, Sargento. Oiga los gritos. Antonio llega al pueblo que ustedes nos dañaron. ¿Sabe cuántos son?

El Sargento oyó ¡Vivas! entre el retumbar de los cohetes, bulla de pasos que corrían, voces para la entrada de los guerrilleros.

—¡Pueblo inmundo!

Los que ayer lo adulaban “Sargento Mataya, hombre para cada hora”, se apuntaban a la otra cara de la moneda. La inminencia de un caudillo los enceguecía, pero si al caudillo a su turno le fallaba la suerte, vivirían al otro porque los entusiasmaba la fuerza por la fuerza en sí, no por el ideal que dejara entrever.

El Sargento forcejeaba con la tranca, una de las manos prensada contra el estómago para cortar el dolor del veneno en sus vísceras, en la sangre galopante.

Cuando logró abrir un ala de la puerta alcanzó a ver cómo el gordo de vestido blanco se desplomaba, se llevaba una mano al vientre y con la otra, ensangrentada, trataba de alcanzar el sombrero tejido. Hasta quedar sobre el cordón de la acera, los ojos abiertos hacia la puerta de *El Gallo Rojo*.

Al abrir con el hombro la otra puerta, el Sargento cayó, rabioso. Los pasos de los guerrilleros se aproximaban, y los vivas en las calles.

Doblando ya una esquina, un grupo castigaba a tres clientes de la pandilla. Dos de ellos iban amarrados con sogas, el otro se defendía pasivamente hundiendo la cabeza en los hombros, al rostro los brazos aporreados.

—¡Pueblo cochino! —dijo el Sargento al doblarse definitivamente. Lo último que oyó fue un creciente retumbar de tambores, los pasos cada vez más cercanos de los guerrilleros y el cloqueo de un gallo en derrota.

De la mano tendida contra el empedrado se zafó su pistola. En la otra se inmovilizó el latiguillo.

Don Jacinto quiso ver a su hijo pero los ojos no obedecieron. Sabía que iba a entrar por encima del cuerpo del Sargento. Quisiera decirle:

“Me decidí, muchacho”.

Y que él lo oyera.

—Me decidí, Antonio —dijo tartajosamente, nublada ya la vista. Pensó en Marta, en José Miguel.

—Me tiembla un poco la mano... —concluyó resignado a morir, a que todas las cosas y todos los seres murieran con él, en su agonía.

-¡TENGO que ver ese gallo! —repitió creciendo más al acercármeme, replegados sus puños como gatos para el ataque. Pero cuando intentó levantar mi poncho, con la hoja del puñal le hice un chisquete en el cinturón. Paró en seco, arqueando el vientre para evitar que le hundiera el cuchillo.

—Así son las espuelas de *Aguilán* —dije pendiente de su bastón y señalando con la barba el cuchillo.

—Aceros afilados... —pareció recordar, esquivándolo.

Dos o tres clientes sacaron sus armas, pero el Cojo movió imperceptiblemente los dedos para que llenaran de nuevos sus estuches. El del potro los reconoció e hizo señas a sus amigos.

—Quieto, niño... —le habló al de bigotes cuando trató de zafarse, y le anudó otra vuelta con la soga.

El público dejó de vociferar, apretujado contra nosotros. Algunos cargaban todavía sus gallos. El sudor salpicaba la frente del Cojo y la mía.

—Está jugando con ventaja, forastero.

Solamente él y yo sabíamos qué quería decir: al insinuarle que él era mi padre, neutralizaba su poder, lo ponía en ridículo delante de un pueblo sometido a su voluntad.

—¿Quién no ha jugado con ventaja?

Señalé a los matones.

—¿Usted?

Le inquietaba mi mano serena, el apresamiento de los pandilleros, su limitación para arrastrarme, estas burlas salpicadas desde el público:

—Perdió los estribos.

—Adiós, *Bigotes*.

—Se le cuajó la sangre.

—Le quitaron el corcoveo.

—Morderán el polvo.

—¡Y con una sola mano!

—Ni soltó el gallo tapado.

—El fin del Gran Cojo.

Comprendí hasta qué punto lo odiaban, pero aquella solidaridad conmigo me pareció cobarde.

El Cojo viró con desprecio en redondo, volvió a enfrentárame y ordenó para dejar la decisión a los gallos:

—¡Traigan a *Buena vida*!

Dos hombres salieron por una puerta falsa. Con mi cuchillo corté el rejo tenso entre mi puño y su muñeca. Mi vida se había hecho para este momento.

No advertí la orden silenciosa dada a uno de sus incondicionales, que le trajo una jarra de peltre con agua. Al beber regó parte del líquido. Con el dorso de un brazo restregó la barba mojada y vació el resto en la cara y en la muñeca sangrante.

—¿Cómo quiere la apuesta? —preguntó resollando y lanzó la jarra al redondel. En el aire fue soltando agua a cada voltereta. Nadie la perdió de vista hasta que golpeó contra la arena. El Cojo terminó:

—Por algo trajo su gallo tapado.

—Para destaparlo al mejor apostador y al mejor gallo.

El jinete bebió el último trago de la botella.

Al levantarme palmoteé mis pantalones. El polvo se regó como al golpe de los aletazos en el ruedo, y siguió regándose a medida que bajábamos grada por grada, frente a frente, con lentitud, dueño cada cual de los movimientos acompasados del otro, de sus intenciones más ocultas. El Cojo se fijó en mis espuelas como si le trajeran un timbre conocido o andanzas olvidadas.

El descenso fue un espectáculo para los galleros que hacían comentarios exagerados, casaban apuestas, abrían camino para que el Cojo y yo entráramos en el ruedo.

Su gallo vino en manos de los dos hombres. Lo recibió sin acreditar su hermosa pinta ni apartarme su atención. Podría jurar que no me veía a mí sino lo que detrás de mí pudiera referirse a él. Tal vez una escena de muchos años atrás, cuando entregó un gallo a una mujer y le dijo: — “Es de la mejor cuerda. Volveré por él”.

Gallos, pueblos, mujeres... Un rancho en las afueras, un par de espuelas plateadas, vagabundaje sin regreso...

Yo saqué lo que llevaba para apostar. Muchos ojos brotaron, se acabaron los silencios que aún quedaban. El jinete echó un

silbido de buen asombro.

—¡Es un dineral! —exclamaron al ver en el suelo el producto de mis años de preparación.

—¡Se sacó un entierro!

—Nunca vimos una apuesta igual por estos rumbos.

—Ni la volveremos a ver.

—Ahora que se acabe Tambo.

Crecían las suposiciones sobre el porte del gallo, sobre mi procedencia.

—En algún sitio lo he visto.

—Al Diablo se le parece.

Y refiriéndose al Cojo:

—¿Qué le pasará?

Él clavó a un lado el zurriago y habló sin importarle el dinero:

—Destápelo, joven.

Otro brinco lo colocó en mejor posición. Tres cohetes reventaron simultáneamente en la plaza.

—... Le enseñaré de gallos y de hombres.

Nada respondí. Pero sus palabras me hicieron cantear el poncho y sacar el gallo.

—¡Aguilán! —exclamó al verlo, y desde ese momento no dejó de mirarme. Era como si ante un espejo empañado tratara de reconocer un rostro que pudo ser el suyo.

Sus movimientos empezaron a ser mecánicos, tenían un extraño agotamiento. Recordé los gallos perdidosos, recordé un viejo gavilán que de pronto cayó muerto, de sus alas a unas pencas de cabuya.

—¡Igual al *Buenavida*! —cuchicheaban intrigados.

—¿No era única la cría de don Heraclio?

—Nos engañó.

—Fíjense en las espuelas del forastero.

—¡Las mismas del Cojo!

—¿No eran únicas sus espuelas?

El hombrón también oía desconcertado.

No supe entonces si mi afán de venganza estaba originado en la conducta de mi padre o si era acumulación de golpes íntimos, de sensaciones que alimentaba, pues ya no podría saber si ciertas

cosas habían ocurrido de verdad, sí eran imaginaciones acomodadas a mi intención y cultivadas por mi ánima herida. Sólo podía entender que la vida era esta cosa que nos habían endilgado, que todo se había hecho turbio pero con la vigorosa turbiedad de ríos en creciente.

—Cola roja, cuatro plumas negras... —recité masajeando los muslos del animal, fija la mirada en el Cojo—. Corto el pico, largas las espuelas... Hay que saber de gallos y de hombres.

Nuevas cabezas asomaron por sobre otros espectadores, más voces acabaron de embrutecer la gallera. El volcán, los cueros de res, la absurda canción... El Cojo y yo callábamos frente a frente, separadas las piernas, arqueados hacia adelante, en las manos los gallos listos para el careo.

—... Le enseñaré de gallos y de hombres...

30

-¡TENGO miedo, alfarero!

Otilia estaba en su rincón habitual, sin movimientos que demostraran el temor. El alfarero parecía más de barro que siempre. En la seguridad forzada de su refugio pesaban los soldados muertos, los desafueros de la tarde.

—Están encima los días duros.

—¿Qué día no es duro, alfarero?

Llegaba el tronar de los cohetes que celebraban la entrada de los guerrilleros. ¿Serían ya los rebeldes? El tambor no dejaba de resonar. En las calles cascoteaban caballos desbocados. La música de las cantinas estaba al máximo volumen. Otilia llevó a las sienas sus manos.

—¡Pedro Canales me buscará!

De un lado Pedro Canales, del otro un Cristo que formó con la greda, sin proponérselo. De un lado el demonio, del otro la figura del padre Barrios... Esa bondad la hacía sentir remordimientos; y no odió el pecado sino aquella bondad que la tragaba, que la hacía ser a cada momento menos de lo que antes era.

—¡Tengo miedo!

“La vida de un lado, la paz del otro. ¿O la muerte?”

Sus manos se negaban a manejar la arcilla, a transferir sus movimientos a los del alfarero. Buscaban la forma de la cabeza de Pedro Canales, tocaban sus músculos, sentían la temperatura del Capitán. “Pobre Cristo sufriente, pobre carne inútil”.

—... Al largarme con él hace años, yo sabía que me estaba perdiendo, pero no quise detenerme. Es el hombre que siempre se va, que puede morir de un momento a otro. Bravo y bueno y malo, algo que arrastra y ríe de todo, algo que jamás volveré a ver.

Se estremeció, contenida.

—Alfarero, ¿qué es un hombre?

El alfarero inmovilizó los ojos.

—No sé.

—¿Qué es un hombre, alfarero? —recalcó ella. El alfarero seguía con los ojos inmóviles.

—El que se mete en su pellejo —habló.

Otilia ensanchó la mirada, empezó a formar una cabeza de niño con la greda, olvidó un minuto a Pedro Canales.

—Con todos he estado, alfarero, menos contigo.

—Hay cosas más importantes que acostarse con una persona.

Uno se acuesta para descansar, para amar, para morir. Ella lo hacía también para mancharse.

—Cuando hay por qué vivir. Pero yo, ¿por qué vivo?

Corrigió la vaga cabeza de arcilla.

—“Habría nacido un niño de barro”.

El alfarero oyó.

—Quemado en buen horno —dijo. Y en la humedad de la retina de Otilia volvió a reflejarse la estampa de Pedro Canales.

En esa ausencia amaban su carne y su llanto en la soledad. Un llanto que purificaba sus ojos y lavaba el alma turbia de pecado. La sal del recuerdo, la sal del goce en la pena, en ese sentirse incompleta a toda hora y a toda hora con algo más que ella misma bajo su piel. Era entonces honda la huella en la almohada, húmedo el rastro de sus ojos en la inútil vigilia, tibio el aliento contra el percal, eco del nombre susurrado. La suave fatiga del pensamiento en una sola dirección, la fatiga horizontal para el estremecimiento vendido.

En él amaba su propio pasado, lo amaba con sobresalto, por eso permanecía vivo. Amaba el azar que corrieron, la aventura, lo que arriesgó y perdió y ganó.

Estaba bien querer un hecho muerto, para darle su propia vida. En Canales la seducía no tanto él cuanto lo que ella se jugó a su lado; fue la azarosa boca de túnel por donde respiró a la vida aunque el túnel, de verdad, hubiese empezado después: fue alarido, goce con vocación de padecimiento. Las palabras vanas que pronunciaba, las hondas palabras que tenía que callar, excepto en el refugio de un recuerdo que cuidaba como a un niño.

—Alfarero, un día le vi la mirada triste. ¿Sabes cómo desgarrar una mirada triste?

El alfarero aquietó los ojos.

“... A pesar de todo, fue una maravillosa aventura”, pensó ella, y creyó haber quemado una etapa. Pero el rescoldo se proyectaba en la voz.

—¿Puede una saber cuándo se equivocó de camino?

Las manos continuaron amasando la arcilla, como si amasaran palabras.

—Uno mismo es el camino —dijo, a sabiendas de que nada decía. Otilia tampoco esperaba la respuesta, que nunca hallaría en labios ajenos. Ni en sí misma, tal vez.

Pero en la casa de barro se mimetizaba con el silencio, con la paz que rodeaba los objetos, y en ellos recuperaba lo mejor de sí, aquello que logró retener intacto a lo largo de una vida pecadora. Tal vez porque el silencio circundante en cierto modo era un perdón, un refugio que le proporcionaba aquella plenitud física no experimentada antes.

—Has sufrido, también.

Por primera vez se dio cuenta de que existía porque estaba sufriendo.

—Pero, ¿con qué clase de sufrimiento?

Para nada le había servido el suyo porque no la purificaba; sencillamente la amargaba más, en una a modo de expiación rencorosa.

Las vasijas regadas por el suelo eran como palabras de un sermón del padre Barrios, eran en realidad las frases que

pronunciaba el alfarero, llenas de temperatura, de bondadoso ejercicio, de amor sin escándalo. El suyo, en cambio, fue bulloso, hacia afuera, sin humedecerse en la propia sangre, sin el sabor de divina saliva propicia para la creación. Una parásita enferma que se gozaba en su veneno.

—¿Te gustan las matas que sembré?

El alfarero nada dijo.

—... Esas matas las sembré una tarde de pascua, ¿recuerdas? Esa flor. Algunas cosas buenas pueden salir de mis actos. ¿O no?

Ahora necesitaba respuesta. La respuesta no llegó.

Alcanzó una tinaja. Tocó la superficie húmeda; oyó el agua al sacudirla, oyó el ruido al vaciarse en dos tazones. Extendió uno al alfarero, en el agua del otro vio su rostro. Y el rostro apareció limpio en su tazón. Empezó a beber. El alfarero la miraba sin suspender el trabajo.

Cuando volvió el tazón a su sitio tenían los ojos una transparencia de agua, una mirada de lejanía que parecía lavarlos. Sonreía. Y las frases fueron parte de su sonrisa:

—A los quince años bajaba al arroyo y hundía un pie en el agua. Tiraba piedrecitas a la corriente, y ramas y hojas. Me parece que en todas las ramas cantaban pájaros.

Se recostó en la pared del horno, aquietó la mirada en su pasado, aquietó la sonrisa.

—Una vez se enamoró de mí un muchacho bueno. Quería casarse.

Pero el matrimonio le olía a sudor y jabonaduras, a ropa escurrida y humo de chimenea, a trapos que remendar y órdenes que obedecer, a pañales y orines y escoba y familiares políticos...

—Creo que maté los pájaros que cantaban.

Aleteó una ceja para alejar las horas menguadas. Pero estaban ligadas a su sangre, a los actos vanos en que distrajo su vida.

—Soy mala, alfarero.

—Escogiste un mal oficio. Nada más.

¡Un mal oficio! Reducía las cosas a su mínima expresión. ¿O a sus expresiones exactas? Tal vez mucha importancia se le había dado al oficio de la carne.

—No sé si me pesa lo que hice. No sé nada.

Los dedos siguieron sobando la greda.

—¡Di algo, hombre!

Él enfocó el trasto, corrigió un borde.

—Esta es buena arcilla —dijo.

Otilia apretó los labios.

—¡Alfarero! —casi gritó, pero volvió a una docilidad de barro húmedo. ¿Cuántas veces podía nacer una persona? Porque moría demasiado en cada hora, porque...

—La infancia mía no fue triste, no fueron malos mis padres. La vida no me obligaba a nada distinto de lo común. Yo escogí voluntariamente mi oficio.

Bebió otra vez agua, apoyó contra la pared la cabeza.

—... Detestaba la rutina.

La rutina era una especie de muerte acostumbrada a sí misma, y creyó que la exterminaría lanzándose a la aventura. Había salido de su infancia como de un cuarto oscuro; todavía se advertía en sus ojos un extraño deslumbramiento. Había salido de su juventud como de otro cuarto oscuro, con golpeteo de puerta, y tranca encima para hacer gráfica la pérdida del contacto. Ahora quería anudar los rotos hilos.

—... No sé si fue Pedro Canales mi enemigo...

El alfarero puso el trasto a la altura de los ojos.

—¿Tendrán cuerpo y nombre los enemigos del alma? Quizás no. Nunca han tenido presencia física los verdaderos enemigos del alma, puesto que...

—Ayúdame —dijo el alfarero tomando un extremo del tablón donde estaban las vasijas. Otilia cogió el otro extremo y caminaron al horno. Ella lo veía hacer.

—Me gusta tu manera de poner en el horno las cosas. Tu manera de callar, de trabajar.

—Ya está —dijo él.

Tomó el tazón y bebió lentamente agua de la tinaja. Ella lo miró con serena intensidad, como si fueran sus propios labios los que se humedecían con el agua de beber.

—Alfarero, si el simple barro se convierte en...

No acabó. Las palabras sobraban. El hombre se sentó con tranquila actitud. Ella lo miró largamente y adivinó una frescura de

sombra de monte, sintió deseos de tenderse en la hojarasca. Los pájaros que mató empezaron a cantar en su recuerdo, y las ramas a flotar y los pedruscos a sonar en el agua. Y ya no necesitó palabras para la comunicación suprema. Sólo quedaba la prueba de...

—Llegó el Capitán —habló el alfarero sin separar las manos de su arcilla.

—¡No lo dejes entrar! —dijo la mujer arrinconándose contra un costado del horno. Estaba caliente la superficie.

—Mi casa no tiene puertas.

El caballo se detuvo a la entrada. Sintió la respiración, oyó una bota al pisar el suelo, oyó las dos botas y las espuelas y los pasos del Capitán. Oyó la voz:

—¡Llegó Pedro Canales!

La exclamación que antes la resucitaba y que ahora le preparaba otra agonía. ¿U otra resurrección?

El de siempre. Su chaqueta abierta, sus botas guerrilleras, su risa bestial. Ahí estaba, mirándola. Otilia no bajó los ojos. Era imposible.

... Galope de caballo nocturno. Viento en el rostro y los cabellos. Brazos apretados contra la cintura hebillada. Espumarajos en el belfo y los ijares. Olor de bestia en celo. Estrellas en la noche fría...

—No lo creí cuando me lo contaron, mujer.

Ella abandonó el rincón. El alfarero salió con unas vasijas. —“Mientras el mundo se derrumba, yo acariciando barro...”

—Está es su casa, Capitán —dijo al abandonarlos.

—¿Es cierto, Otilia? —preguntó Canales. Ella asintió, sin voz, Él exigió de nuevo:

—¿Es cierto, Otilia?

—¿Qué cosa?

—Que dejas la Casa de los Faroles.

—Es cierto.

—Nadie deja su vida, porque se muere.

La sacudió con sus manos peludas.

—¿Y aquellas noches?

—Se acabaron.

Las manos presionaron más. Las garras del macho en bruto. La medida de su terror y su deseo.

—Suéltame, Pedro Canales.

—¿Lo dice tu cuerpo?

—La fiesta se acabó, Capitán.

Antes había vivido sólo para los encuentros con Pedro Canales. Aguantaba el prostíbulo porque algún día aparecerían sus manos sin escrúpulos, su vozarrón, su alegría animal derrochada generosamente. El pueblo sin Canales era muerte; la vida junto a él era una maravillosa amenaza, una entrega absoluta, como suicidarse.

Quería no escucharlo, confundirlo con el Sargento Mataya, con el Cojo Chútez, con el negro de los helados. Él lo advirtió.

—¡Conque piensas dejar tu casa!

—Es la casa pública.

—La de los amigos.

—La de la peor gente.

—¡Lo dices, Sor Otilia!

—Dejaré eso, de todos modos.

—¿Por el curita?

—Él me ha enseñado dignidad.

—¿Milagros caseros?

—Por primera vez he sentido vergüenza.

—Si yo estuviera aquí, estaría raptando una de las jovencitas de Tambo. ¿Ves? Tu apostolado de la prostitución.

Otilia no supo enojarse en nombre suyo ni en nombre de nadie. Se esforzó por verlo más vulgar. Lo amaba en el arrebató de la espera, porque allí, presente y definitivo, lo odió un poco.

—¿Qué sabes, Pedro Canales? —y con voz grave—: ¿Qué ves en mí?

Él rió hacia arriba. Sus magníficos dientes relumbraron, poderosos. De lobo, pues.

—Aquí estoy, es lo que cuenta.

—¿Por qué me buscaste, Pedro Canales?

Ella siguió mirándolo fijamente. Creyó que en ese momento lo dominaba.

—Perdí la juventud.

—¿Lo crees?

—Mi belleza es un rastro de los veinte años.

—Vine a buscarte, ¿no basta eso?

Ella siguió sosteniendo la mirada, fuerte su respiración. El seno desnudo bajo la tela se levantaba, potente.

—Me entregué al Cojo Chútez.

—¡Tipo de Cojo!

—Me entregué al Sargento Mataya.

—Buena la tuvo anoche.

—Me entregué al negro de los helados.

—¿...?

—¡Me entregué a todo el pueblo!

Él tuvo una sonrisa cruel.

—El pueblo soy yo, mujer.

—Debería agradecer que vinieras —dijo ella—. Pero pienso si no has venido porque me dominas, porque gozas con los espectáculos de mi rebaja.

... Viento nocturno en el rostro, espuma en los ijares, manos violentas en su carne estremecida bajo la noche de altas estrellas...

—¿No sabes lo que es miedo, Pedro Canales?

—No.

—Miedo de la vejez, de la muerte, de la vida que nos queda.

—No lo sé.

—¿No sabes el terror de la conciencia?

—Cuando la conciencia interviene, la vida se nos desbarata.

—¿No sabes el horror del vicio? ¿No sabes qué cosa es degeneración?

—Soy hombre.

—¿No sabes lo corrompidos que somos?

—Soy hombre.

—¿Qué cosa crees que es ser hombre?

—¡Esto! —sacudió los puños vigorosamente—. Saber que debo vivir porque sé que voy a morir.

“Cada sesenta años muere la humanidad entera. ¿Qué cosa tiene que quedar de toda esa *humanidad* después de su desaparición? Queda lo que seguirá viviendo, la *humanidad* siguiente, que hereda la misma angustia de la extinguida. Los hijos

revivirán a los padres, así hasta lo infinito, hasta que todo se derrumbe.”

Se rió. Otilia pensó que él no tenía conciencia de la muerte, ni de nada. Morir era un salto más, como quien gana una valla para otra aventura. Sin pensar en el vallado ni en la aventura. La aterró esa simplicidad. La aterró tenerlo en su piel como una marca.

—¿Y Dios? ¿No crees en Él, Pedro Canales?

Se puso hosco.

—Desconfío de quienes tienen interés personal en la existencia de Dios.

Otilia retrocedió hasta el horno.

—Te tengo miedo, Pedro Canales. ¡Eres el Diablo!

Él volvió a reír. Sobre las botas guerrilleras aparecía macizo con la chaqueta entreabierta.

—Empieza la fiesta, mujer.

—¿Qué fiesta, Pedro Canales? Hay más de cien muertos...

—Nosotros estamos vivos.

—Te repito, Pedro Canales. Esos días se acabaron.

Él se puso serio.

—Meses enteros combatiendo, llego a Tambo y me digo: —“Otilia es a quien busco”.

—No te cuadra el tono suplicante.

—Nunca suplico.

—Aunque lo suplicaras, no te acompañaría.

El caballo relinchó en la puerta. Canales estrechó el cierre de la chaqueta. Ese andar siempre a caballo lo animalizaba y hermoseaba más. Al olor de semental, Otilia cerró los ojos.

—Me largo —dijo él.

—Sí, Capitán.

—Me largo definitivamente.

—Sí, Capitán.

—No me olvidarás.

Sin un movimiento, Otilia lloraba. Seguían cerrados sus ojos.

—Ojalá te olvidara, Pedro Canales.

Apretó más los párpados.

—... Es duro castigo no poder olvidar.

Una flexión del cuello resaltó los tendones.

—¿Vienes conmigo?

—No.

Canales resopló. Tenía ira.

—Siempre que oigas relinchar un caballo, mujer. Siempre que oigas cascos al galope. Siempre que recuerdes que los hombres existen. Siempre que...

—¡Siempre, Capitán!

El hombre salió. Botas. Espuelas. Chaqueta de cuero, entreabierta. Olor de bestia en celo. — “Hasta hoy he sufrido por él”, pensó Otilia. — “De hoy en adelante sufriré por mí misma. Doloroso egoísmo...”

Continuó con los ojos cerrados, y sollozó al oír el cascoteo en las piedras y el grito fiestero de Pedro Canales:

—¡Empezó la Feria, Tambo!

En los nervios de Otilia estallaron los cohetes.

31

-DOBLE contra sencillo a *Buenavida* —borbotó el de los Bigotes forcejeando contra la soga que lo aprisionaba. Quería en realidad apostar a su dueño.

—Quieto, niño... —aconsejó el del potro empujándole el sombrero sobre los ojos.

La gente volvió a pensar en desafíos.

—¡Cinco a uno!

—¿También le llegaría la hora?

—Está ganosito el *Cuatropumas*.

El Cojo les tiró una mirada con el grito:

—¡Aparo todas las apuestas!

El Amo de Tambo recuperaba energías, levantaba su vigorosa cojera. Era digno de un odio grande, y reforcé la justificación de mi venganza: levanté la cabeza para ver en el lejano rancho las espuelas del hombre y del gallo que mi madre clavara en el muro; pensé en sus ojos fatigados, en sus sienes, en su frente de una edad sin medida. La veía en las tareas humildes: cuando amasaba puños de cacao; cuando tendía ropa en la cerca del corral; cuando asaba tortillas al zumbir de la leña verde; cuando echaba maíz a los

gallos, como si se desgranara. Y un pañuelo doblado nerviosamente, y tres fotografías borrosas, y un olor de cebollas y humo, y una funda gris, y un mantel a cuadros, y otros olores inocentes, con bondad temerosa.

Tal vez mi madre no lo esperara propiamente a él sino a la otra parte de su soledad, pero me atragantaban sus comentarios:

“Si la candela zumba llegará la persona que esperamos. Hijo, ¿no oyes zumar la candela?”

Mi cuchillo buscaba dirección. Al frente estaba el culpable. ¿Culpable de qué? —llegué a preguntarme—. ¿De ser hombre?

La agresividad de *Aguilán* también fue rápida. Apenas si nos dimos cuenta de cuando los gallos levantaron humazos de polvo y se arrancaron plumas en los revuelos iniciales. Sin embargo yo sentía en mí los picotazos de *Buena vida*, en el Cojo los espolones de *Aguilán*.

Sólo una vez el hombre se fijó en mi cuchillo. Sólo una vez observé cómo los nudos de sus dedos se blanquearon en el zurriago. Continuaba llegándonos el barullo que nos rodeaba, los tropezones de los gallos sobre la arena chisgueteada de sangre.

El Cojo no hizo caso al anuncio de la llegada de los soldados ni escuchó los comentarios. Sólo se inquietaron los presos. El de bigotes ahumados sacudió la cabeza para liberarse del sombrero.

—El fin de ustedes —dijo el del potro.

Nadie quitaba los ojos de los gallos, ni de nosotros dos. Los picos entreabiertos decían de la fatiga en la pelea. A cada segundo las espuelas eran más lentas en el ataque, más apretados el bastón y el cuchillo. Los ojos saltaban de la arena a nosotros, de nosotros a las espuelas. Puñal, zurriago, picos. Yo miraba los gallos, veía al Cojo. En un minuto debería tomar la decisión más importante de mi vida.

Pero es difícil volcarse en un acto, así sea el más importante. Y no podía retardar la decisión, aunque forzarla sería desmentirla.

—Todas las mañanas ella le echaba maíz —dije con voz que apenas se oía, ronca.

—¿Quién es *ella*?

Le contestó mi silencio, le contestó el suyo. Nos llegaban, lejanos, los aletazos en el aire. Con el puño de una mano restregué

la palma de la otra.

—Ella esperaba. Ella rezaba.

Contrajo sus cejas peludas. Las levantó.

—¿Rezaba?

—Era su manera de no gritar.

Hizo amargos signos de aceptación. Yo seguí:

—Desde cuando estaba niño ella me decía: — “Algún día volverá”. Pero él nos torció el camino, el rancho estuvo sin hombre. Hasta que juré vengarme.

—El odio nos vuelve hombres —dijo sin convicción. La punta del zurriago trazó rayas en la arena. No quise decirle que ella había muerto. De todas maneras para él nunca existió. Excepto ahora, cuando la vida la había matado.

—Los caminos nos pierden —añadió.

Su voz se diluía entre los últimos aletazos. La punta de su lengua asomó entre los dientes, allí se quedó esperando las palabras, que salieron al fin, solas, duras:

—Son torcidos todos los caminos que andamos.

No sé qué quiso decir. Era como si le clavarán cien espuelas. El bordón se aflojó en sus manos, el cuchillo se desgonzó en las mías. Sus párpados se despabilaron con miedo de que le cayera encima la tristeza. Yo también tenía miedo al imaginar que dentro de segundos él yacería entre los brincos finales de los gallos, que mi mano limpiaría la sangre del cuchillo en las plumas rojas de *Aguilán*, en sus cuatro plumas negras.

Pero de pronto en el Cojo no vi más que un hombre, sólo un hombre, también desamparado, sin más camino que la muerte. Cuando muriera le quebrarían la pierna mala a la altura de la rodilla para acomodarla en el ataúd. No sé por qué me detuve en su camiseta sudada, en las tres arrugas del cuello, en la derrota que la vida le asestaba contra la voluntad de la carne. Por eso me dolieron sus canas, su pierna contraída, sus arrugas, el zurriago nudoso, la bota de cuero crudo; lo supuse cercano a mí, con sus angustias. También él vivió trago a trago la vida, resistió el contragolpe de las propias acciones, el sabor a ceniza de cada jornada. También a él le gustaría el olor de la madera, el canto de los sinsontes, los campos sembrados después de la lluvia.

Y también él tendría que morir... ¿Debería yo matarlo? A veces me he preguntado si la crueldad se mantiene en mí, pero creo que jamás he abusado de mi fuerza y hasta sonrío con tristeza si me siento fatigado y contemplo los brazos fuertes. Entonces descanso cuando algún niño encuentra mis ojos, cuando se cuelga de mi brazo y pregunta, seguro de la respuesta: — “¿Serías capaz de matar al Diablo? ¿Serías capaz de pelear con catorce tigres a un tiempo?”

Yo sé que mis manos están contentas cuando se hunden en los arroyos, cuando soban la piel de los caballos. Me estragaba tanta crueldad. Revólveres, puñales, espuelas... ¡Maldita la gracia de vivir! Pensé que para no tener piedad es necesario ver de lejos al hombre, verlo en la masa. Por eso sentí una rabiosa compasión por los seres caídos. Y el Cojo era uno de ellos.

—¡Lo mató, lo mató! —gritaron en la gallera cuando *Aguilán* se empinaba sobre *Buena vida* y cantaba despiadadamente.

Me levanté, cogí mi animal que me dejó en la palma de las manos sangre a medio coagular, y al salir clavé en el polvo mi cuchillo. El Cojo se quedó inmóvil, mirando, sin ver, la hoja que brillaba junto a las espuelas de su gallo muerto.

Cuando salí a la calle el sol comenzaba a clavarse tras la cordillera. Unos gallinazos que planeaban sobre ella parecían pavesas de incendio.

Arriba, hacia la plaza, estallaron más cohetes. Creí que estallaban en mi cabeza. Dentro de la gallera se quedaban los últimos gritos, los últimos silencios. Pero cuando anunciaron la entrada de los guerrilleros, se sucedieron los disparos y las trifulcas.

Debí de tener un aire sonámbulo, porque sólo vagamente recuerdo el cuerpo de un sargento tendido sobre la acera de *El Gallo Rojo*, y el instante en que el gordo de vestido blanco se doblaba sobre sí mismo, herido por una bala.

Y mientras arreciaban los disparos, el tambor y los cueros de res, yo seguía por media calle sin esquivar las carreras ni los estrujones.

Algo de mi padre se estremeció en mí cuando vi a Marta a la entrada del cañaduzal. Me quedé mirándola con tristeza, con la vieja tristeza de mi madre. Únicamente dije:

—Estoy cansado.

Creo que le dolió mi fatiga.

—Aquí dejo este gallo en prueba de que volveré. Es de la mejor raza.

Y salí pisando la sombra por el camino seco y solo. Me parece que iba llorando.

ESTE LIBRO FUE IMPRESO EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS  
ARIEL, S. A., BERLÍN, 46-50, BARCELONA, EN FEBRERO 1964